

ANTOLOGÍA

# MATE

**Premio Itaú de Cuento Digital 2013**

*organizado por Grupo Alejandría*

MATE

Premio Itaú de Cuento Digital 2013

organizado por Grupo Alejandría

**Itaú**  
cultural

Fundación **Itaú**

Grupo Alejandría

Itaú Cultural

Facebook: Itaú Cultural

Twitter: Itaú Cultural

[elgrupoalejandria.blogspot.com](http://elgrupoalejandria.blogspot.com)

Facebook: Grupo Alejandría

#### **Autores**

Analía Medina, Mariana Komiseroff, Flavia Pelizardi, Lucía Bracelis, Pablo Yoiris, Ángel Perez, Damián F. Lamberta, Mauro De Angelis, Francisco Moulia, Carolina Berdini, Mia Castagnino, Marcos Trinidad, Karen Fogelström, Pilar Villarmarzo, Victoria Ferrero, Juan Agustín Otero, Camila Razetto, Leslie Landsberg, Angie Lorena González Vázquez, Juan Cortázar, Fernanda Castell, Magdalena Miller.

#### **Staff**

Fundación Itaú Argentina

Fundación Itaú Uruguay

Fundación Itaú Paraguay

Grupo Alejandría

#### **Coordinadores**

Nicolás Hochman, Edgardo Scott.

#### **Jurado**

Gustavo Espinosa, Silvia Hopenhayn, Andrés Neuman, José Pérez Reyes, Claudia Piñeiro.

#### **Comité de lectura**

Clara Anich, Mónica Bustos, Guido Carelli Lynch, Sebastián Chilano, Oliverio Coelho, Alejandro Ferreiro, Juan Guinot, Fernando Kosiak, Yair Magrino, Ana Prieto, Ricardo Romero, Hernán Ronsino, Diego Vigna, Javier Viveros, Eugenia Zicavo, Natalia Zito.

#### **Arte de tapa, diseño e ilustraciones**

Estudio Controlzeta

[www.controlzeta.ws](http://www.controlzeta.ws)

# ÍNDICE

4  
DICTAMEN

5  
PRÓLOGO  
DE GRUPO  
ALEJANDRÍA

6  
ESCRITORES

7  
DESORDEN  
ALIMENTICIO.COM  
Analía Medina

10  
GOLPES ACOLCHADOS  
Marian Komiseroff

12  
HIPERACUSIA  
Flavia Pelizardi

15  
CARRETERA  
ENCONTRADA  
Lucía Bracelis

18  
UTILIDAD DE LOS  
LABERINTOS  
Pablo Yoiris

21  
EL CRUCE  
Ángel Perez

24  
ESTRELLA FUGAZ  
Damián F. Lamberta

27  
GUAPO  
Mauro De Angelis

30  
EL GERMEN DE OTRA  
REVOLUCIÓN  
Francisco Moulia

34  
EXTERMINADO POR  
COMPLETO  
Carolina Berdini

37  
MAMÁ MUERTA  
Mía Castagnino

40  
LA ABUELA CAMINA  
MUY RÁPIDO  
Mauro Roldán

44  
TWEETS DESDE ISLA  
DESOLACIÓN  
Karen Fogelström

45  
SUB 17

46  
ENTRE SOMBRAS  
Pilar Villarmarzo

48  
LA INMORTAL  
Victoria Ferrero

50  
LO ETERNO DE FUST  
Juan Agustín Otero

52  
ADVENIMIENTOS  
Camila Razetto

55  
ESO QUE PASA DESPUÉS  
DE 22 AÑOS DE NO VERSE  
Leslie Landsberg

59  
LOS DANKWORTH  
Angie Lorena González  
Vázquez

63  
CLIENTES

64  
ERA EL PISTACO  
Juan Cortázar

67  
HIPERMETROPÍA  
Fernanda Castell

70  
LA QUEBRADA  
Magdalena Miller

73  
SOBRE  
LAS OBRAS  
GANADORAS

75  
COMENTARIOS  
DEL COMITÉ DE  
LECTURA

78  
EPÍLOGO

## DICTAMEN

Un jurado compuesto por Gustavo Espinosa (Uruguay), Silvia Hopenhayn (Argentina), Andrés Neuman (Argentina), José Pérez Reyes (Paraguay) y Claudia Piñeiro (Argentina) resolvió premiar, durante el mes de septiembre de 2013, las siguientes obras:

### CATEGORÍA ESCRITORES

**Primer premio:** “Desorden alimenticio.com”, de Analía Medina

**Segundo premio:** “Golpes acolchados”, de Mariana Komiseroff

**Tercer premio:** “Hiperacusia”, de Flavia Pelizardi

**Menciones especiales:**

Mención Diversidad de recursos: “Carretera encontrada”, Lucía Bracelis

Mención Segunda vuelta: “Utilidad de los laberintos”, de Pablo Yoiris

**Otros antologados:**

“El cruce”, de Ángel Perez

“Estrella fugaz”, de Damián F. Lamberta

“Guapo”, de Mauro De Angelis

“El germen de otra revolución”, de Francisco Moulia

“Exterminado por completo”, de Carolina Berdini

“Mamá Muerta”, de Mia Castagnino

“La abuela camina muy rápido”, de Marcos Trinidad

“Tweets desde Isla Desolación”, Karen Fogelström

### CATEGORÍA CLIENTES

“Era el pistaco”, de Juan Cortázar

“Hipermetropía”, de Fernanda Castell

“La quebrada”, de Magdalena Miller

A su vez el comité de lectura, compuesto por Clara Anich, Mónica Bustos (Paraguay), Guido Carelli Lynch, Sebastián Chilano, Oliverio Coelho, Alejandro Ferreiro (Uruguay), Juan Guinot, Fernando Kosiak, Yair Magrino, Ana Prieto, Ricardo Romero, Hernán Ron-sino, Diego Vigna, Javier Viveros (Paraguay), Eugenia Zicavo y Natalia Zito decidió pre-miar, durante el mes de septiembre de 2013, las siguientes obras de:

### CATEGORÍA SUB 17

“Entre sombras”, de Pilar Villarmarzo

“La inmortal”, de Victoria Ferrero

“Lo eterno de Fust”, de Juan Agustín Otero

“Advenimientos”, de Camila Razetto

“Eso que pasa después de 22 años de no verse”, de Leslie Landsberg

“Los Dankworth”, de Angie Lorena González Vázquez

## PRÓLOGO DE GRUPO ALEJANDRÍA

Toda antología posee un carácter social inevitable y feliz. Este libro es entonces como una gran reunión; la posibilidad de un encuentro entre varios autores y textos que no sólo han sido premiados y seleccionados por un jurado notable, sino que han coincidido este año en el deseo de participar, mostrar y compartir su escritura; y a su vez, de acercarse a otras.

Esta tercera edición del Premio Itaú de Cuento Digital organizado por Grupo Alejandría (ahora coordinado desde Argentina, Uruguay y Paraguay) creció en todas sus dimensiones; hubo muchos más cuentos (llegaron 1100), provenientes de los tres países organizadores: Argentina, Paraguay y Uruguay, pero también de Chile, Brasil, Perú, Bolivia, Ecuador, Venezuela, Colombia, Panamá, Costa Rica, Honduras, República Dominicana, Cuba, México, España, Italia, Francia, Alemania, Bélgica, Inglaterra. En total, veintidós países participantes. El jurado estuvo compuesto por cinco miembros (por Paraguay: José Pérez Reyes; por Uruguay: Gustavo Espinosa; por Argentina: Silvia Hopenhayn, Andrés Neuman y Claudia Piñeiro) y el comité de lectura debió extenderse a dieciséis integrantes por el caudal de cuentos recibidos (Clara Anich, Mónica Bustos, Guido Carelli Lynch, Sebastián Chilano, Oliverio Coelho, Alejandro Ferreiro, Juan Guinot, Fernando Kosiak, Yair Magrino, Ana Prieto, Ricardo Romero, Hernán Ronsino, Diego Vigna, Javier Viveros, Eugenia Zicavo y Natalia Zito). Este crecimiento no sólo nos enorgullece y estimula sino que da cuenta de la vigencia de un género tan clásico como flexible; un género que les permite a los autores emergentes, en esta era digital, reinventarlo una vez más.

Es justamente de esa aleación de la que está hecha esta antología. La libertad de tema hace que el centro de gravedad de la escritura se deslice al estilo. Se nota una convivencia armónica, variada y tensa a la vez, de lecturas cruzadas: Ballard y Rulfo, Borges y Celine, Bolaño y Lispector. Y en todos los autores se percibe el afán del cuentista: su amor por narrar, el rigor que exige que no haya frases de más ni palabras inocentes. Los cuentos, como es debido, reflejan y critican nuestra época, pero también acercan otras, futuras o pasadas, con ecuanimidad, casi sin nostalgia.

No queremos demorar la lectura, pero tampoco dejar de agradecer, por último, la confianza de la Fundación Itaú Argentina y también a los amigos de Itaú Uruguay y Paraguay; la confianza tanto en Alejandría como en la realización de este premio, que es una apuesta y una oportunidad para los jóvenes escritores. Queremos agradecer asimismo la participación de todos los autores, en todas las categorías, los que finalmente llegaron a esta publicación y los que, de seguro, lo harán en la próxima edición del premio que estará abierta en mayo/junio del 2014 en [www.premioitau.org](http://www.premioitau.org).

Si como dijimos al comienzo este libro es en verdad una curiosa, atípica y atractiva reunión, este prólogo es una suerte de vestíbulo o antesala. Somos entonces los anfitriones, los que los recibimos y conducimos hasta el umbral desde donde llega ese rumor de voces extrañas. “Pasen y lean, por favor”, les decimos, antes de despedirnos y descorrer un telón. O de abrirles una hermosa puerta.

**Grupo Alejandría**

(Anich, Hochman, Magrino, Scott),  
*octubre de 2013.*

*Cuentos Categoría*  
**ESCRITORES**

7 - 44

---

ANALÍA MEDINA

PRIMER  
PREMIO

# DESORDEN ALIMENTICIO.COM

---

Miro mi celular inteligente que ya no sirve más que para hablar, como esos modelos de hace poco menos de un siglo.

La enfermera me lo saca de la mano y la miro con cara de “Si ya no sirve”, pero no me da bola; me escanea.

—Está todo igual—dice—seguimos con dieta líquida.

El blanco se impone en la sala. Hay camas hasta el fondo. Todos nos miramos, todos estamos por lo mismo.

Hace un año y pico se vino la revolución, como dijeron algunos medios. Nutricionistas y técnicos crearon una aplicación para celulares por la cual podías bajarte la comida que quisieras e ingerirlas lamiendo el teléfono. El rechazo, por lo asqueroso y antihigiénico duró nada. A la semana millones habíamos bajado la aplicación *para ver qué onda*.

Nunca leo los términos y condiciones, esa vez no fue la excepción pero vi, porque estaba en colores y negrita: *Los productos virtuales no son alimenticios, solo generan saciedad. No reemplazan al alimento concreto*.

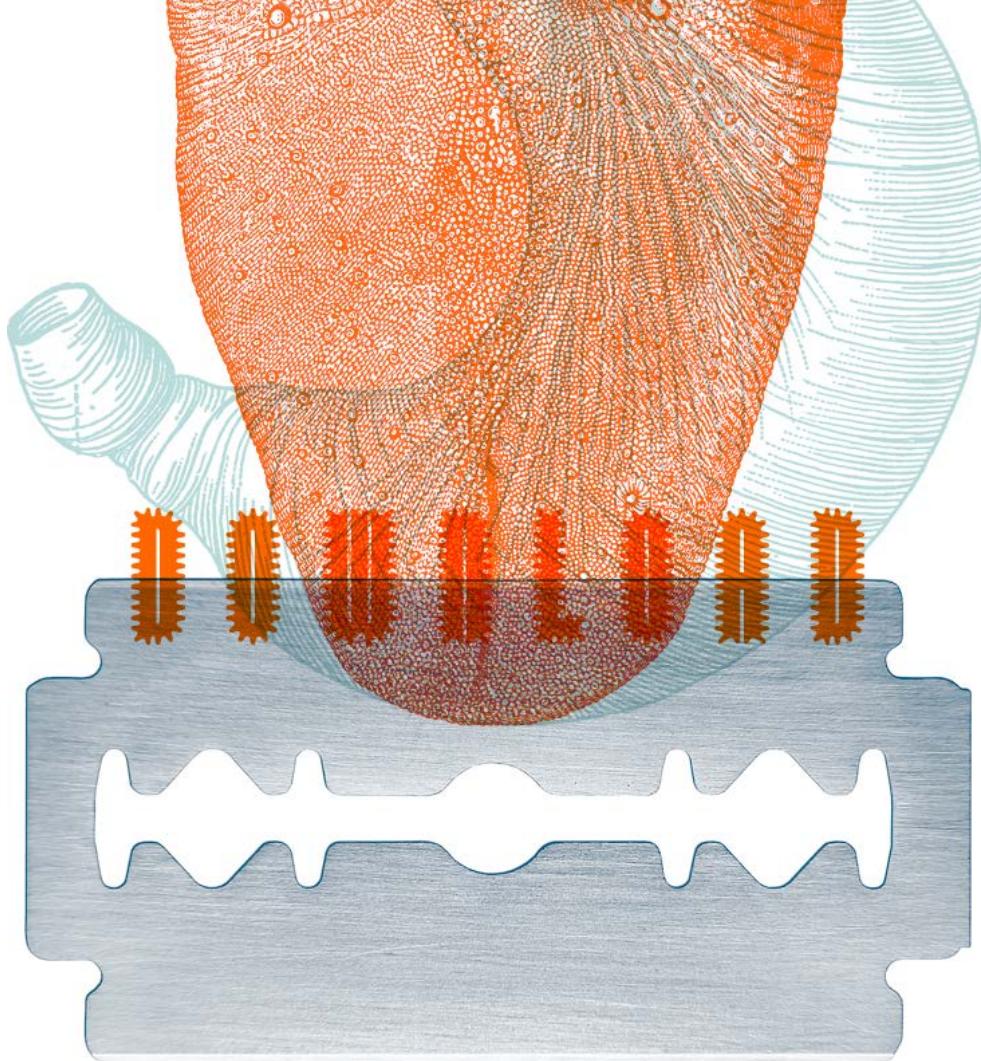
La palabra saciedad me gustaba y siempre me había resultado inalcanzable. Los médicos a los que había ido toda la vida por mi obesidad me la mencionaban relacionándola con sopitas horribles o barritas que parecían de telgopor.

Era de noche, antes de la cena me fui al balcón oscuro. Estaba sola pero me sentía avergonzada. Cerré los ojos, apreté “descarga” y apareció la hamburguesa completa que había seleccionado. La vi, pude olerla. Con timidez pasé la lengua por la pantalla, una, dos, quince veces. La sensación fue de placer absoluto, la fidelidad era impresionante; recuerdo que era tan real que te avisaba si dejabas miguitas para que siguieras lamiendo.

Entré a casa y me prendí un pucho, feliz: ya no iba a cenar.

La cuenta de teléfono subía y las ofertas de comida se ampliaban como un gran tenedor libre virtual. Me alimentaba con lo mínimo concreto necesario como para no desmayarme: cubitos de queso; algún yogurt y agua.

Poco a poco la gente se soltó y se hizo habitual verla en el transporte público pasando la lengua por la pantalla de su celular; eso sí: la mezcla de aromas, a veces se tornaba insoportable. El choripán ganaba el subte al mediodía. Algunos preferían sushi o ensaladas como si tuvieran que cuidarse. El extremo eran grupos de gente con problemas alimenticios; me acuerdo de una chica del trabajo que padecía anorexia: aseguraba que la aplicación engordaba, que las industrias estaban confabuladas porque a todos les convenía un mundo de obesos. Ayer me bajé dos fetas de blanco de pavita y mirá—me decía—, mirá este rollo, antes no lo tenía. El rollo era inexistente, ahí no había más que hueso.



En los comienzos del boom, el noventa por ciento de la información hablaba de la comida virtual: de los nuevos ricos, de las modificaciones que tuvieron que hacer muchos restaurantes para ofrecer comida real y virtual.

Pero a mí no me importaba nada: bajé treinta kilos en tiempo record. No había secretos, la cosa era no comer, siempre lo había sido, pero ahora era fácil. Podía comprarme la ropa en esos locales que antes pasaba de largo. Sabía que el cierre iba a subir sin tirarme en la cama, que los botones no quedarían ahorcados por el ojal y que en el verano, el mundo conocería mi ombligo.

Entre la ropa nueva y las descargas quedé en rojo, me había gastado los ahorros, el sueldo del mes y tenía que pagar el alquiler. Fui a pedir un adelanto. No sólo me lo negaron, sino que Stefy de recursos humanos me dijo que mi desempeño había bajado, que me dormía en horas laborables y decía incoherencias en las reuniones. Stefy siempre fue flaca y con buen culo. No soportaba la competencia. Debía creer que me cogía a Pardo, porque siempre nos había gustado; pero no. Me sentía bien con mi cuerpo pero no tenía ganas de cogerme a nadie. Solo quería mirarme al espejo y dormir.

Para paliar mi déficit financiero agarré toda mi ropa vieja y fui a venderla a alguna feria americana; no me la aceptaban: quedaban pocos gordos. Mientras caminaba por Once vi a una mujer humilde con un vestido enorme que les hacía pasar el celular a sus hijos, eran muchos, lo lamían y se lo daban al siguiente en la fila. La pantalla era un pegote, pero reconocí la descarga, era pan, la más barata y la que más llenaba. Los hermanitos también llevaban buzos que les llegaban a las pantorrillas y chancletaban los zapatos. Sus caras eran huesudas y los ojos parecían más redondos, como a punto de salirse de su cuenco. Recordé que mis viejos me habían dicho algo parecido sobre mi mirada. Volví con todos los bártulos a mi casa y frente al espejo, por primera vez en mucho tiempo, me vi envejecida.

Agregué un poco más de queso a mi dieta y cien gramos de carne por semana, algo que abandoné enseguida porque apareció de la nada una redondez en mi panza que no podía tolerar.



Mis ganas de dormir se acrecentaron con los días y faltaba mucho al trabajo. Desde la cama veía tele. Las ficciones se habían suspendido, los noticieros coparon las veinticuatro horas. En el ángulo inferior derecho de todos los canales se veía un contador con los números de muertos por desnutrición, los primeros fueron los más pobres, que descargaban pan por muy poco y vivían de eso, sin concreto. La imagen de la mujer con sus hijos volvía a mi mente una y otra vez.

Por esos días, como muchos, nuestro presidente era una piltrafa al igual que su ministro de Seguridad, pero igualmente formaron una Policía Alimentaria con voluntarios y médicos, que podía caer en tu casa, pararte por la calle para escanearte y verificar que hubieras comido.

Los vi patrullando, poniendo gente contra la pared obligándolos a comer pucheros hipercalóricos que preparaban en las esquinas. A los más duros directamente les enchufaban suero.

Cuando me despidieron del trabajo decidí no salir más de casa, no quería que me agarraran. Con el diez por ciento de la indemnización compré latas de arvejas que racioné para que me duraran meses y con el resto me bajaría todo lo que necesitaba para estar satisfecha, pero una ley del Congreso obligó a las compañías de celulares a bajar estrepitosamente sus ventas de comida. Fueron días terribles, a veces tenía que esperar horas por un paquete de papafritas, y ya no se conseguía pan. No sin bronca aumenté el número de arvejas diario y con cada arveja sentía expandirse mi estómago.

Un día me levanté de la cama y no podía mantenerme en pie; me apoyé en la ventana. Era de noche y se veían muchos puntos amarillos en la calle. Eran los fogones de la policía, en cada esquina había uno. Por acá pasaron una vez, pero me escondí en el cuartito de la basura y no me agarraron. Quise bajarme una sopa y me salió ese cartel horrible: *No tiene crédito para esta aplicación*. Empecé a temblar, primero poco y después fue como un parkinson. Intenté acceder a la sopa varias veces en vano. Miré la alacena, tenía una lata de arvejas pero ya había comido las cinco unidades de ese día. Lloré y creo que grité, porque sentí las botas subiendo por las escaleras. No presté atención a los golpes en mi puerta, apreté todos los botones del celular hasta que en la desesperación lo estrellé contra el piso. La habitación daba vueltas: la ventana, el chip en el piso, la policía, la ventana, los fuegos. Mi última reacción, instinto de supervivencia, quizás, fue tragarme el chip, algo debía quedar ahí. Alguna miga de esa primera hamburguesa.

Desperté en el hospital, me dijeron que el chip contenía sustancias venenosas y eso agravaba mi cuadro de desnutrición.

Tengo dos sueros conectados en los brazos, como mis compañeros de sala que están acá por lo mismo, por ese último manotazo de ahogado.

Estoy gorda de nuevo, la gente y el lugar son horribles. Sé que voy a morirme y espero que sea pronto. Quiero dormir ✕



#### **Analía Medina**

Nació en 1976. Sus primeros pasos en la escritura fueron en edad escolar alternando entre poemas para fechas patrias, cuentos de misterio y aventuras de un detective privado en forma de historietas. Estudió Historia y Artes Combinadas en la UBA y desde 2009 es alumna del taller literario de Juan Diego Incardona. Tiene cuentos publicados en las antologías *Escritores* (ed. La Cultura-2006) y *Antología de cuento y poesía /5* (Municipalidad de Morón-2007). En la actualidad es colaboradora de la revista digital "*Nadie Quiere Morir- Revista de Arte*" y trabaja en su primer libro de cuentos, que saldrá por Editorial "Chuquisaca Talleres". Esta casada con Julito y tiene un hijo rockero y escritor: Franco.

# GOLPES ACOLCHADOS

Cena. Amigos y familia de él. Mi hijo y yo. Miramos la pelea en un LCD de 42 pulgadas. En casa no tenemos. Empanadas, pizza y cerveza que me traba la mandíbula. Maravilla Martínez tiene sangre en la ceja, tiro. Se nota que estamos reconciliándonos. Todos saben. Disimulo. El Murray es un paquete. ¿Qué es un paquete?, pregunto. Respuesta: un boxeador malo. Golpeador flojo, traduzco. Lo ponen para que el campeón no pierda, me explican. ¿Quién es el paquete y quién el campeón en esta pareja? Él está sentado en frente mío. Acabamos de reconciliarnos. Quince días separados. Vine para hacer buena letra. Ni me mira. Los demás hacen como si no pasara nada. La separación ya no se nota. Me duele la cabeza. La presión, dijo el médico de guardia. Murray está todo tatuado. Cómo me calientan los tatuajes. Él no tiene tatuajes. Sin sexo no hay reconciliación efectiva. Hoy vamos a tener. La cerveza siempre nos da ganas. Maravilla, Martínez, Martín y Murray todos los nombres empiezan con M. Impresionante, digo. Mis intervenciones son estúpidas. (Llega la propaganda y me levanto para ir al baño con la cartera y qué lindo baño blanco y sobre la mesada que bordea la piletta hay piedritas color miel y agarro un puñado y me las guardo y saco una pastilla del blíster y me la tomo.) Estas papas tienen mucha sal. Se viene el ACV. Tiro frases boludas para encajar dentro del molde. Soy como todas las minas. Pero vegetariana y la pizza tiene jamón. Pido un par de cubiertos. Siempre sobresaliendo. Mi hijo también. Salió a la madre, mastica mi suegra. Deberíamos comer con la mano. Desarmo la porción de pizza. No se juega con la comida. Pega mi suegra otra vez. (Pincho con el tenedor la feta de jamón cocido que saqué entera y la mastico mirándolo a él que mira el LCD 42 pulgadas y el jugo del cerdo muerto me inunda la boca y debajo de la lengua y trago y en las muelas me quedan algunos pedazos de cadáver.) Maravilla acerca la cabeza. No se cubre. Se hace el poronga, digo. Es su técnica, me corrigen. Mi suegra me dice que doy lástima para que su hijo me mantenga. Yo tampoco me cubro. Gano lo mismo que él, pero ella no sabe. Es mi técnica, le digo. El Murray le pega en la cadera. Falta. Maravilla hace teatro. Me duele la cabeza, digo. Mi suegra dice que hago teatro. Tomo clases, le respondo. El Murray lo arrinconó y le mete una mano enguantada en el pecho. Un golpe que no suena. Él ni me mira. Sabe que gano más, pero nunca dice nada. Falta. Le hago una seña para que se siente al lado. Golpes acolchados a lo loco. Estiro la mano para tocarlo. Algo desconocido en la piel. A ustedes les hace falta un bebé. La idea genial es de mi suegra. Golpe bajo. Falta. El árbitro no lo nota. Publicidad de la tv pública. Voto a los 16. No pueden ir presos pero pueden votar, escucho. (Tengo gusto a muerte en la garganta y voy al baño y me inclino y vomito y me enjuago la boca con pasta de dientes y me doy cuenta de que con el cerdo muerto a medio digerir se fue el ansiolítico y los dejé en la cartera y me llevo una piedrita color miel a la boca y la trago con abundante



agua.) Vuelvo. Me siento. Sonrío. El golpe ya no duele. No hagas comentarios que caen mal. Estás reconciliándote. Con su familia. Con sus amigos. La reconciliación es masiva. Como el abucheo al Murray. Propaganda oficialista. En esta mesa son todos burgueses, les digo. Quiero ser graciosa. La piedrita color miel me está haciendo efecto. Nadie se ríe. Otro round me salva. Estoy aburrido, dice mi hijo. Yo también. Pero no digo nada. Con un hermanito no te aburrís nunca más, le dice mi suegra. El árbitro está arreglado. Él me mira. Maravilla se sube a uno de los elásticos del ring. No sabe si festejar o poner cara de derrota. Nosotros tampoco.

 [www.youtube.com/watch?v=aBWHqZgKGUg](https://www.youtube.com/watch?v=aBWHqZgKGUg) ✕



**Mariana Komiseroff**

Estudió dirección y crítica de teatro, y actualmente cursa la Licenciatura en Artes Audiovisuales en el IUNA. Asiste a talleres de creación literaria. Se encuentra trabajando en la asistencia de dirección de *Sanguijuelas* y en la corrección desahogada de su novela. Escribe para varios sitios culturales.

TERCER  
PREMIO

FLAVIA PELIZARDI

---

# HIPERACUSIA

---

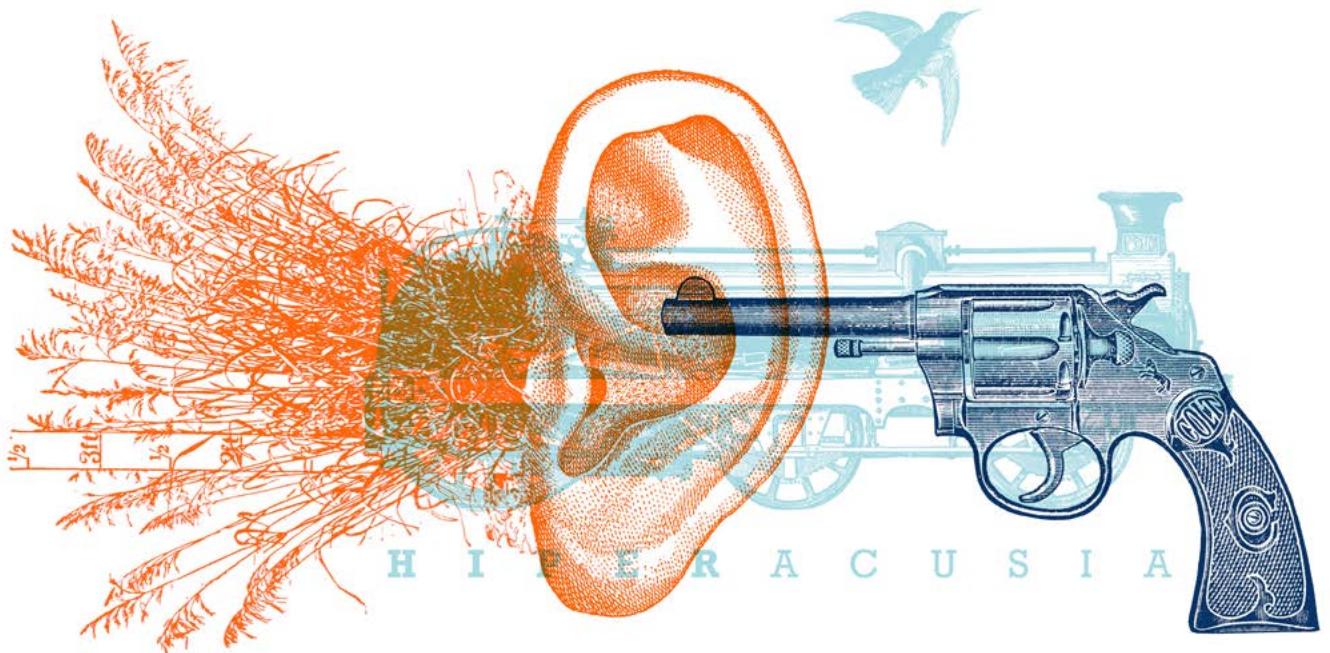
Hiperacusia. Podría haber adivinado el diagnóstico. ¿Cuántos profesionales habían llegado al mismo? ¿Diez? ¿Quince? No lo recordaba. La palabra alcanzó como un látigo sus tímpanos, aunque el doctor tuvo la delicadeza de bajar la voz al hablarle desde que le describió sus síntomas. El murmullo era inútil, no toleraba el quejido del cuero de la silla, la lapicera rasgando el papel del recetario, el segundero del reloj de pared, el chillido de la inspiración profunda que tomó el doctor antes de dar la sentencia, pero no se sentía con fuerzas como para dar explicaciones, así que dejó que siguiera susurrando, tomó la receta, le dio las gracias y se retiró del consultorio.

Durante los dos últimos meses había recurrido a diferentes especialistas, que habían llegado al mismo diagnóstico. Lo malo era que ninguno de los tratamientos indicados lo había ayudado. Habían analizado diferentes causas: stress, traumatismos de cráneo, problemas neurológicos, daños auditivos, migrañas, depresión y una larga lista de enfermedades asociadas a este trastorno, pero el origen de la enfermedad seguía siendo un misterio.

Lo único que sabía Juan, es que una noche lo despertó el sonido de la llama del calefactor, el gorgoteo del gas que salía del mechero y de la emanación caliente moviéndose entre el metal. Se sobresaltó al pensar que había dejado el aparato al máximo, pero cuando quiso girar la perilla hacia el piloto vio que ya estaba en esta posición, y que la pequeña llama era la responsable de haberlo despertado. Pensó que el calefactor estaría roto, y lo apagó. La explosión de la llama al esfumarse lo sobresaltó y confirmó su teoría de que el artefacto estaba dañado. Pero la misma no se sostuvo por mucho tiempo.

Al acostarse diferentes sonidos le impidieron conciliar el sueño: el estampido del motor de la heladera que desde entonces no volvió a enchufar, el aullido lejano de un perro, el roce de las sábanas, el bramido de algún auto que circulaba en la madrugada, el repiqueteo de pasos en la vereda. Intentó calmarse, leer para distraerse de los sonidos, pero cada vez los percibía con mayor nitidez, algunos eran murmullos o ecos que podía tolerar, pero otros rechinaban con tal estridencia que supo que tendría que ver a un especialista inmediatamente.

Y así lo hizo, y no una sino tantas veces que no era extraño que a esta altura estuviera perdiendo las esperanzas. Doctores de renombre, jóvenes y arriesgados otorrinolaringólogos no podían hacer nada con su caso. El diagnóstico era siempre el mismo, el tratamiento oscilaba en un arco que iba desde los más sencillos como diferentes combinaciones de fármacos, hasta los que incluían una dieta estricta, ejercicios y visitas a especialistas en disciplinas tan dispares como psicología, traumatología, yoga, psiquiatría, masoterapia, aromaterapia, reiki y otras que ni siquiera se había molestado en conocer.



Ningún tratamiento lo había ayudado, sólo las pastillas le permitían dormir, sin embargo, una vez que despertaba los sonidos se abalanzaban sobre él, lo envolvían y asediaban. Lo que antes escuchaba únicamente si prestaba especial atención, ahora eran chirridos estridentes, aullidos, estruendos, zumbidos, crujidos y tamborileos que conformaban su agobiante universo auditivo. Como ahora, mientras bajaba las escaleras del consultorio percibía sus pasos con la insistencia del martillo sobre el yunque, primero el golpe seco de las zapatillas sobre el escalón, seguido por la fricción de la goma sobre el mármol.

Su hermano lo esperaba en el auto, desde que comenzó su enfermedad no podía conducir. A decir verdad, no podía hacer casi nada de lo que conformaba su antigua rutina: en el banco le habían concedido licencia médica, sus amigos comprendieron que las visitas no ayudaban, y mucho menos las llamadas telefónicas, por lo que se distanciaron respetuosamente. Por suerte no tenía novia, ni perro, porque no hubiera tenido otra alternativa que abandonarlos.

Se sentó en el asiento de acompañante, y se puso los protectores auditivos que algunos doctores desaconsejaban, pero que lo ayudaban a soportar el irritante sonido de la calle.

En el camino de regreso se resignó a seguir el consejo de su familia, la casita del campo estaba abandonada desde hacía años, pero con un poco de trabajo la dejaría en condiciones. Si no podía curarse, escapar de la ciudad haría su vida un poco más llevadera. Y si el origen de su enfermedad era el stress que seguramente había aumentado después de tantos médicos, tratamientos y decepciones, no le vendrían mal unos días en el campo. Se lo contó a su hermano que pareció alegrarse con la noticia, porque pensaba que esto lo ayudaría, porque se deshacía del enfermo por unos días o por ambas razones. En su departamento prepararon lo necesario para una estadía de un par de semanas, pasaron por un supermercado, donde su hermano se encargó de las compras y salieron rumbo a la casa de campo.

Por suerte la casa se encontraba a varios kilómetros de la ruta, siguiendo un camino de tierra, que casi nadie usaba, esto le ahorraría el ruido de los autos. Pensar en eso lo alivió un poco.

Llegaron. La casa estaba perdida al final de un camino delimitado por dos hileras de eucaliptus. La tranquera se abrió con un chirrido insoportable. Su hermano la aseguró al alambrado con el candado para evitar que esto volviera a ocurrir.

Avanzaron en auto por el sendero que conducía a la vivienda. Abrieron las puertas y ventanas de la casa con exagerada suavidad, como si cada abertura estuviera a punto de desprenderse de sus bisagras. Dejaron el bolso y las provisiones sobre la mesa. Juan acompañó a su hermano al auto, le dijo que por lo menos allí no sufriría los sonidos de la ciudad, que los del campo, hasta ese momento, le parecían bastante inofensivos, tenía las pastillas para dormir y cuando necesitara regresar lo llamaría por teléfono. Éste levantó la mano para saludarlo, se había acostumbrado a hablar sólo cuando fuera absolutamente necesario.

Juan esperó a que el auto se alejara, se sentó debajo de la morera que estaba junto a la casa y se quitó los protectores auditivos. Escuchó el viento entre las hojas, los pájaros, y lo soportaba, aunque hubiera preferido que los sonidos se extinguieran completamente. Se echó sobre el pasto para adaptar sus sentidos a las nuevas percepciones. Sintió su cuerpo, y sobre todo su cabeza más livianos, como si flotara, respiró profundamente y se entregó a la serenidad del campo, al tacto de la hierba húmeda, el aroma de los eucaliptos en primavera y el arrullo de las palomas.

Estaba a punto de atravesar la delgadísima frontera que lo separaba del mundo de los sueños cuando un sonido inverosímil lo alertó. Era un sonido de rozamiento, como si una lámina de hule o resinosa se deslizara sobre otra. Aguzó el oído y notó que el sonido se repetía como un eco infinito, en todas las direcciones y con diferente intensidad, se multiplicaba como las primeras gotas de lluvia que dan paso al aguacero. Instintivamente se levantó, no tenía dudas, el sonido provenía del suelo. Con terror advirtió que el pasto estaba creciendo ✕

### **Flavia Pelizardi**

Es Ingeniera Agrónoma por la Facultad de Agronomía de Azul (UNCPBA), donde también estudió Profesorado en Ciencias Biológicas. Trabaja principalmente como docente universitaria (Jefa de Trabajos Prácticos de las cátedras de Estadística y Diseño Experimental) y como docente en nivel terciario. Asiste a un taller literario a cargo de Patricia Ratto, en la ciudad de Tandil. Forma parte de una banda (bajo y coros) de covers de *The Beatles*, *Fab Five*, en la ciudad de Azul.



LUCÍA BRACELIS

MENCIÓN  
DIVERSIDAD  
DE RECURSOS

# CARRETERA ENCONTRADA

Voy por la mitad del camino a **Minas** ¿donde me sentiré, extrañamente, a salvo? ¿A salvo de qué? ¿Cómo estar a salvo si el peligro soy yo misma? Me desconozco, pude pensar muchas veces qué sería de mí y sin embargo ésta nunca fue una opción, nunca pensé que sería una prófuga, que mi destino sería escapar, pude pensar muchas opciones pero no, nunca preví que podía tener este destino. Tampoco entiendo si verdaderamente es un escape o una simulación de escape.

*Cuando salimos de trabajar se fue, camino a su casa supongo, vive cerca y siempre salía en esa dirección, mucho más no puedo decirle, no hablábamos mucho.*

Eso diría Julia, pero ¿por qué hablaría de mí en pasado?, o ¿por qué yo misma la supongo hablando de mí en pasado? Me parece que nunca me quiso mucho.

*Si es por mí mejor que no vuelva, es un salario menos, no, yo nunca la veía bien y siempre que le preguntaba me contestaba con un "normal", eso no es normal...*

Claro que Paula siempre fue más directa, sentenciosa, y creo que si Julia no me quería, Paula mucho menos.

He atravesado dos controles policiales sin que me detengan. Tener un auto que parece de un hijo de político poderoso es una ventaja, y ser rubia es otra. Nadie debe saber aún.

*¡¡Policía, llamen a la policía!!*

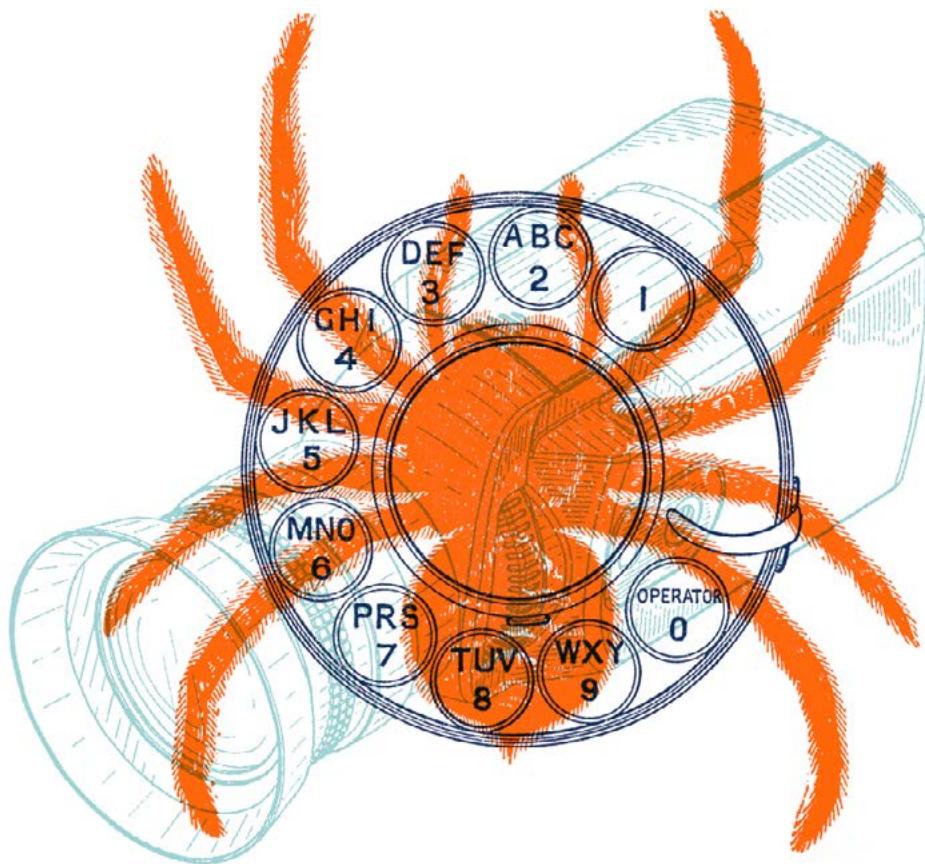
*Eran una parejita, un chico y una chica de unos 25 o 30 años, lo vi a él pero a la chica no, no sé, no escuché nada, ni disparos ni nada, qué horror, lo encontramos recién no sabemos qué paso, el auto salió hace como tres horas, debo tener los videos, sí, grabamos cuando entran, hay que mirarlos, pero a veces los vidrios polarizados no dejan ver nada...*

Nunca íbamos a ese motel, aunque no estuvo previsto, como nada de lo que pasó hoy, fue una buena idea cambiar, pero fue idea de él, eso es lo extraño, predispuesto. Debe haberlo sabido, de una forma u otra uno descubre el final, de modo inconsciente.

*Mi nena, tienen que buscarla cómo puede haber desaparecido así y que nadie haga nada, no pueden dejarme así, sin noticias y sin hacer nada.*

Antes de ese dramatismo, van a pasar unas cuantas horas, el optimismo patológico de mi madre no le da tiempo a la sospecha. Tendría que haber llegado hace cuatro horas del trabajo a mi casa, pero eso ella no lo sabe, no hablamos todos los días, incluso a veces no la atiendo, va a tardar en darse cuenta que no estoy, que me he ido y que probablemente no vuelva nunca o si vuelvo será para vivir encerrada en un hospital, con suerte, o en la cárcel.

Cómo es posible que piense en los demás, en qué están diciendo o qué dirán o cómo queda todo. No tengo nada, estoy sola, desposeída, ya no me tengo a mí mis-



ma. ¿Cómo pensaba antes de hacer esto? ¿Qué hace que no sea yo misma? ¿Soy otra después de lo que hice? No puedo manejar más...

No puede ser verdad, no puedo, no puedo, necesito volver el tiempo... no puedo llorar más, me quiero morir... ¿Qué hice? ¿Qué hice? ¿Qué?

Tengo que seguir manejando, tengo que volver, necesito combustible, tomar un poco de agua, pero tengo los ojos destrozados, hinchados.

*¿Hola, me cargás ciento cincuenta pesos?*

¿Por qué no puedo elegir en qué pensar? No quiero pensar, no sé qué voy a hacer. Llegar a Minas. ¿Cuánto tiempo tendré? Me entrego, a los próximos policías, pero ¿si me hacen algo? Si les digo cómo fueron las cosas, seguro que van a hacerme daño, porque ¿qué les importa hacerle algo a una mujer que hizo lo que yo hice? ¿Quién me defendería? Ni mamá, ni papá, ni Julia, ni Paula, quizás Claudia, Santiago no. Todos pensarán que merezco lo que me pase de ahora en más.

Necesito dejar de pensar, o pensar en qué hago, qué hago, qué hago, necesito ayuda, necesito que alguien me diga qué hacer, cómo sigo, me entrego, me vuelvo, me paro, sigo, me vuelvo, me voy a volver loca.

Me entiero en medio de la naturaleza, busco una casa abandonada en el medio de la nada o a una gran ciudad llena de personas, pero también de computadoras con base de datos e información, no, esa no es una opción, me vuelvo sin decir nada.

Como si hablara de otra persona o de una película, ¿por un caso así harían investigación, pinchar el teléfono, buscar pistas, huellas, el móvil del crimen? Harían todo eso para encontrarme, a mí que no soy nadie, nadie que pueda haber hecho lo que hizo, pero sin embargo lo hice y si investigan mínimamente me descubren, o pueden no descubrirlo nunca. ¿Cuántas personas sabían que estábamos juntos? Casi nadie, una sola, Claudia, y estoy segura de que vos no dirías nada, nunca, quizás seas la única que podría unir los hechos, por lo demás, nadie sabe nada, si siempre fue todo escondido, siempre nos vimos de noche en mi casa, los vecinos debían saber que tenía un amante, pero ninguno sabe de él precisamente, el auto siempre quedaba lejos o venía caminando a horas que los vecinos no están, o eso creo yo, uno siempre está más expuesto de lo que cree.

Y si nadie se da cuenta y yo no lo digo nunca, en voz alta, es casi como si no hubiera pasado, las cosas se materializan en el discurso, cuando uno las dice, si nadie se pronuncia sobre un hecho, es casi como si no hubiera ocurrido, pero pasó o no hice nada, no hice nada, no fui yo.



¿Destino?

Minas.

Que tenga un buen viaje.

Nadie sabe nada, nadie supone nada, nadie me busca, nadie me persigue, tengo mucho tiempo o ¿cuánto tiempo?, suponiendo que toman las huellas en el lugar, no puedo saber cómo es el proceso, las películas son películas, y es otra policía y es otro método, seguro que más ineficaz. ¿Cómo saber cuánto me queda?

Si llamo a madre y le digo que me fui de viaje y si la policía no puede hacer coincidir las huellas con las mías, eso puede pasar, ¿puede pasar eso? Puede ser que nadie nunca sepa la verdad, lo que pasó y nunca entonces sea del todo real, porque no lo es, no lo es para mí, la conciencia, pero mi conciencia existe...

No puedo más.

Tengo que respirar hondo, tranquila, ya pasa, pero no pasa porque lo hice, no va a pasar nunca porque pasó, ya pasó y se queda ahí en los ojos, los ojos cerrados, lo veo de nuevo todos, no no no puedo haber hecho eso, no puedo ser yo, esto no me está pasando a mí, no era yo, no soy yo.

*Mi mamis, bien... te iba a llamar, en mi casa. Bah, llegando a mi casa, ¿vos? No, estoy un poco cansada, pero quizás mañana, bueno, te aviso mañana qué hago, dale, sí, fui esta mañana a pagarle, besos, besos, chau...*

Si supiera que estoy tan lejos, que no le pagué al abogado y estoy gastando su dinero en combustible, que no soy lo que cree, que no está todo bien, que me arruiné la vida para siempre, ¿cómo se le dice eso a una madre? Arruiné la vida que me diste y a vos también porque creías que iban a pasar otras cosas, porque no creías que iba a pasarme algo así, porque se supone que yo no puedo hacer lo que hice, porque fui educada, terminé la universidad, porque soy de clase media acomodada, porque soy una chica bien que nunca dio problemas, yo también creí que nunca podía pasarme esto, yo también me sorprendí a mí misma.

Porque no pude detenerme porque, porque no me fui antes de que las cosas llegaran a ese extremo.

Me siento desprotegida, aunque me cubra, aunque mi cuerpo esté a salvo, mi mente está atrapada, aun viendo flores a la entrada del hotel, en este momento, en este lugar, en lo que vendrá, en lo desconocido, me duelen los ojos, la cabeza, me siento tan vulnerable, pueden hacer lo que quieran conmigo, no valgo nada, soy una persona horrible, capaz de cualquier cosa, ya no sé lo que puedo hacer, o ahora sé lo que puedo hacer.

Sólo un monstruo puede ver las cosas como son, nunca antes vi la realidad tan claramente despreciable. Tal como es. Hacer morir es vivir realmente, el cuerpo se me estrema cuando lo pienso, pero es cierto.

Ahora soy totalmente libre porque ya hice lo peor que pude imaginar: asesiné a un hombre, asesiné a una persona, lo maté, asesiné al hombre que más quería en el mundo, lo maté, lo maté, lo maté.

Me voy a quedar esperando aquí ✕



#### Lucía Bracelis

Guionista y escritora. Ganadora del premio Novela 2010 de la Municipalidad de ciudad de Mendoza, con la novela *Las Habilidades inútiles*. Escribió guiones para productoras locales y nacionales, ficción (*Las viajadas*) para la TDA y documentales (*Relatos de Mendoza*, para canal Encuentro). Actualmente escribe en un diario local crítica de cine y trabaja como programadora en Señal U, el canal de la Universidad Nacional de Cuyo.

.....

# UTILIDAD DE LOS LABERINTOS

---

No quiero decir su nombre, no puedo. Pero sí contar que nos reunió una noche con la promesa de una gran revelación. *Tiene que ver con Borges, esto no lo sabe nadie*, adelantó por teléfono.

Lo esperamos un buen rato, supongo que un tiempo calculado por él a la medida de nuestras expectativas. Llegó con la solemne actitud de siempre. La habitual en ese gris y confundible sujeto que tenía como meta de vida pasar desapercibido. Saludó, tomó asiento, sacó unas hojas, y antes de leer lo que traía nos miró fijamente como queriendo asegurarse de haber cautivado nuestra atención.

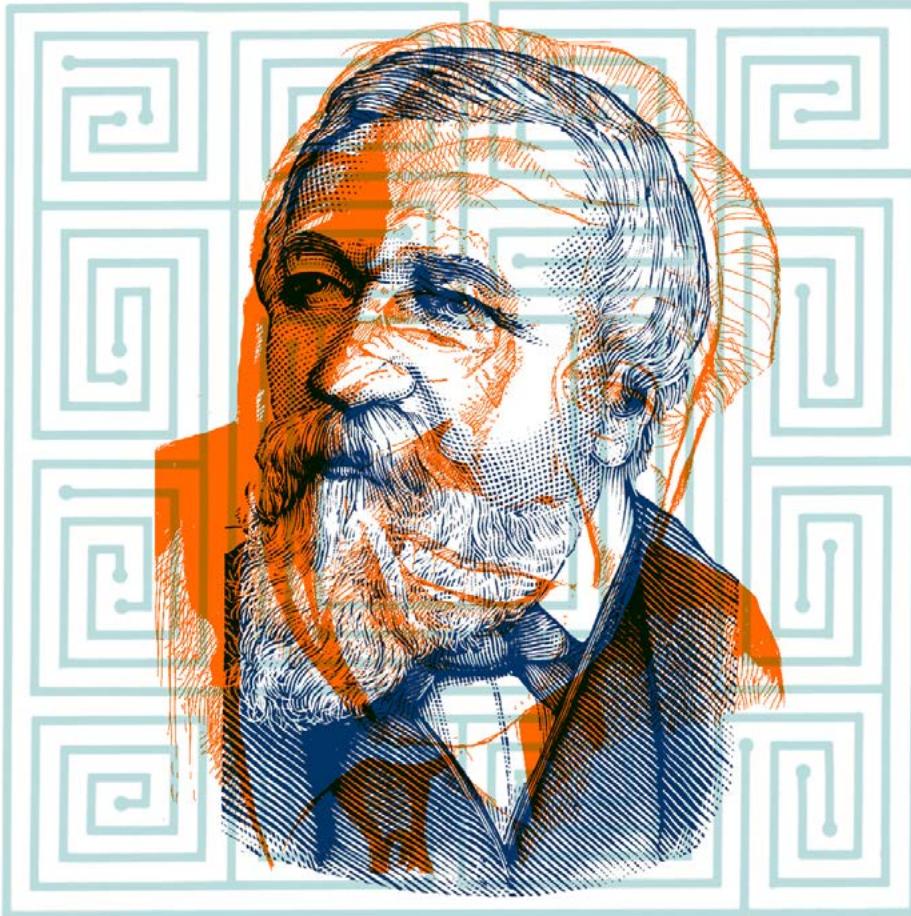
—Lo que Borges no imaginaba al reinventar la ficción es que años más tarde se iba a inventar Internet, y con ella las páginas de búsqueda. Ahora podemos estar seguros de que la literatura volverá a sus cauces normales, o de otro modo, de que el permiso para mentir llegó a su fin. Ya no hará falta que nadie se esfuerce por imitarlo o se acompleje por no poder hacerlo. Algo importante quedó al descubierto hace poco gracias a las gestiones del señor Google y a la colaboración de ciertas personas cercanas a su entorno.

Después de la introducción y sin que ningún gesto de nuestra parte lo hubiese perturbado, nuestro confidente acomodó de nuevo las hojas sobre sus pantalones, reiteró su actitud dubitativa, y continuó.

—En uno de sus textos, *Kafka y sus precursores*, incluido en el libro *Otras inquisiciones*, se encierra lo que podríamos llamar su golpe maestro. Este ensayo de Borges propone rastrear las influencias de Kafka y limita el análisis a cuatro nombres, tres conocidos y uno no tanto, ya comprenderán por qué. Los ordena cronológicamente. Primero Zenón y su paradoja contra el movimiento; le sigue un apólogo de Han Yu, prosista del siglo IX, del cual no da el nombre pero lo menciona como integrante de una antología de la literatura china editada en 1948, al cuidado de un tal Margouliès. El tercero, un poco más actual, previsible en palabras de Borges, es Kierkegaard. Éste, al igual que Kafka, abunda en parábolas religiosas de tema contemporáneo y burgués. El cuarto es Browning, Robert Browning. Un poeta inglés nacido en el siglo XIX al que supuestamente Chesterton le dedica una biografía en 1903.

Retengo en la memoria la imagen de nuestro colega, cruzándose y descruzándose de piernas, haciendo una pausa llena de gloria antes de seguir con su primicia. Yo había leído ese texto de Borges y lo único que recordaba de él era la tesis enunciada sobre el final, en la cual sugería que el escritor creaba a sus precursores.

—Ante la referencia borgeana, las capillas literarias argentinas de la década del cincuenta se desesperaron por hallar algo de este Browning, en especial su poema “Fears and scruples”, mencionado en la citada obra. Lo peor es que consiguieron algo, pero a medias, porque lo único que pudieron encontrar, en una librería de Bue-



nos Aires, fue un tímido ejemplar de un libro titulado *Soliloquy of the English Cloister*. Autor: Robert Browning. Y aunque ese librito no contenía el poema “*Fears and scruples*” y Borges sabía perfectamente que ese poema no había sido editado en lengua española), con eso se consideró saldada la cuota de desconfianza y recelo hacia su erudición, y de paso los argentinos tuvimos la oportunidad de conocer a un nuevo poeta, ya que fue traducido de inmediato al castellano por orden expresa de *Victoria Ocampo*. Ahora bien, alguien, muy malintencionado, se puso a hurgar hace poco en esta historia aprovechándose de las facilidades que ofrece la tecnología. Esa persona también llevó a cabo entrevistas a editores e incluso pudo cruzar unas palabras con escritores que supieron disfrutar de las picardías y trasgresiones de las vanguardias. Lo que obtuvo como revelación fue lo siguiente: en España, y con la complicidad de un editor mallorquí con quien compartía la afición por el ultraísmo, Borges, orientado por el paradigma de su Pierre Menard, escribió y editó ese libro, *Soliloquy of the English Cloister*, en una tirada muy modesta y usando el heterónimo de Robert Browning. Tal vez contaba con que nadie en el mundo de habla hispana lo conociera y eso le permitía bromear un poco y tensar los límites entre lo real y lo inventado, como a él le gustaba. Cuando llegó a Buenos Aires en 1921 todavía le quedaban algunos ejemplares que quiso distribuir en algunas librerías de la calle Corrientes para que pasaran definitivamente al olvido. También está documentado que para llevar a cabo este escondite de pruebas contó con la ayuda de un gran amigo suyo, nada menos que *Manuel Mujica Lainez*, quien se prestó entusiasmado para secundarlo. Todo esto fue pocos meses después de que Borges le prologara la novela *Los ídolos*. Esos libritos naufragaron en los estantes de las viejas librerías del centro porteño, pero años después Borges se acordó de ellos. Justo en el momento en que estaba escribiendo *Kafka* y sus precursores. Cuando *Otras inquisiciones* se editó, la única obra de Browning que existía en las librerías argentinas, al alcance de los fatigados lectores borgesianos, no

era otra que *Soliloquy of the English Cloister*; traducida al español y escrita por el mismísimo Borges. Cada uno sacará sus conclusiones, pero mientras yo no haga pública esta información –nos miró por encima del marco de sus anteojos– algo de nuestro inolvidable Borges seguirá oculto detrás de ese olvidado poeta inglés.

Hasta aquí su relato. Juntó escrupulosamente sus cosas, alegó que lo estaban esperando en otra parte y se escapó sin darnos chances de hacer ninguna pregunta. No sé si estaba en nuestros deseos hacérsela.

Él es periodista. Optó por la forma más estrepitosa de conjurar la sobriedad y el perfil bajo usando aquella información en un trasgresor ensayo que le permitió conseguir renombre en su medio. A raíz de sus averiguaciones, la anécdota de Borges se convirtió en una historia conocida por todos, y los versos de *Soliloquy of the English Cloister* pasaron a formar parte de las últimas ediciones de su antología poética. La condición de sublime burlador de lectores no hizo otra cosa que alimentar el mito: la obra de Borges sigue escribiéndose a medida que es leída.

Debo decir ahora que hay un aspecto de esta investigación que todavía permanece velado. Esta persona, a la que todavía no voy a nombrar en público, me llamó días después de la reunión para confesarme lo que tenía planeado hacer. Necesitaba un testigo, un punto de fuga de la información. No buscaba el crimen perfecto, todo lo contrario. Tal como supuestamente lo había hecho Borges, ayudado por un editor amigo, publicó en absoluto secreto un libro con sus propios poemas y lo tituló *Soliloquy of the English Cloister*. Adulteró la fecha de edición, inventó un número de seriación internacional e imprimió en la tapa el nombre de Robert Browning. Fueron pocos ejemplares así que lograr imitar un proceso de envejecimiento de esos libros no fue una tarea imposible.

En definitiva, los textos de nuestro colega, hasta que yo no termine de escribir esto, serán leídos como si fuesen obra de Borges. Veré qué hacer. Quizás lo deje gozar del solitario placer de ser él por un tiempo más. Creo que se lo merece ✕

### **Pablo Yoiris**

Está finalizando el Profesorado de Letras en la Universidad Nacional del Comahue y ejerciendo la docencia en Lengua y Literatura dentro de una cárcel de máxima seguridad. Recibió el primer premio del Concurso de Novela Breve organizado por el Fondo Editorial Neuquino, editada por el mismo y reeditada por Editorial Tela de Rayón. Obtuvo el segundo lugar en el premio Planeta de Cuento Digital con el relato *Lamm*, publicado en el sello Booket. Tiene escritas algunas novelas y varios cuentos que permanecen inéditos. [www.pyoiris.blogspot.com.ar/](http://www.pyoiris.blogspot.com.ar/)



ÁNGEL PEREZ

.....

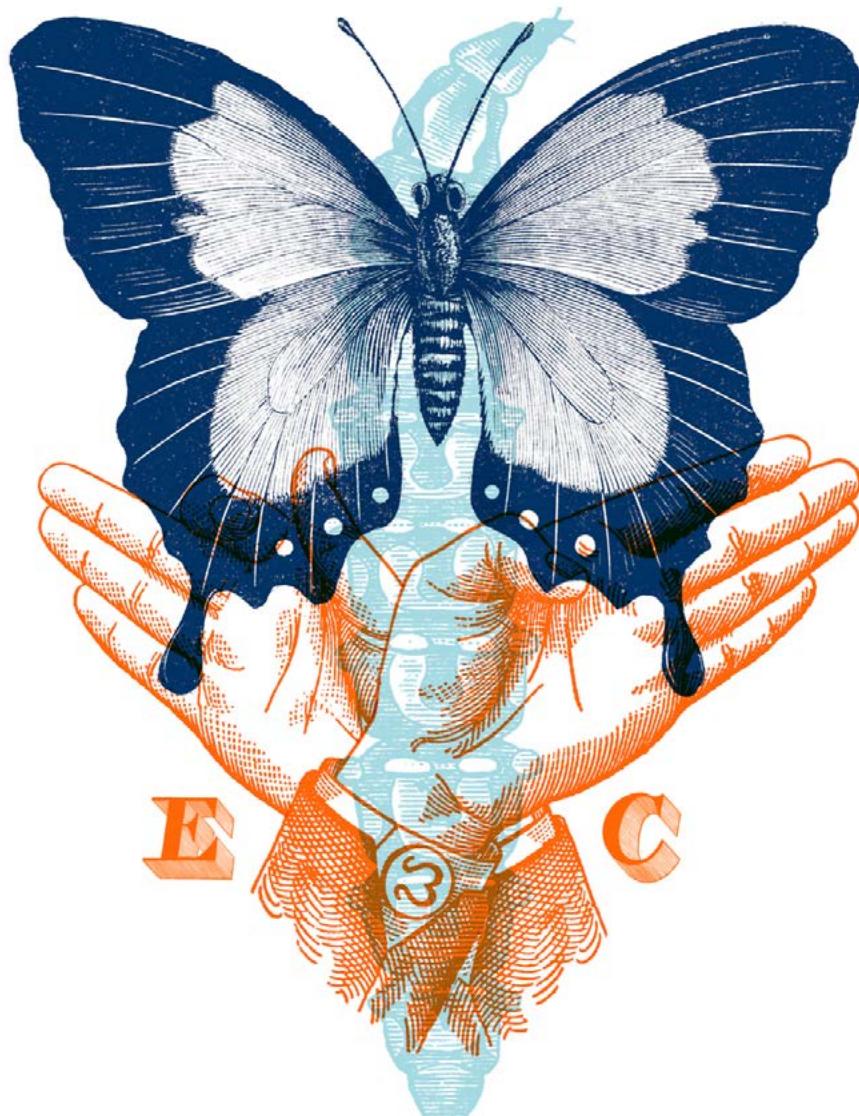
## EL CRUCE

---

Bueno, ahora se explica todo un poco mejor, la primera fila en mis clases y tantas veces levantar la mano, tantas intervenciones lúcidas y las consultas después de hora, las persecuciones por los pasillos de la facultad pero sólo hasta la puerta del foyer, que un poco es mi lugar y tal vez aquí esté expresada la diferencia sin palabras ni silencios de más, esa incomodidad con mirada cáustica al culpable de cada interrupción. Pero claro, ya no podría ser Tabárez, cómo serlo si a esta altura ya es tan Patricia, con grado de colega y las conversaciones respetuosas que se estiran y van perdiendo rigor científico, aromadas de café y coloreadas las tazas de rouge. Pasé de “profesor” a “licenciado”, luego a un tuteo socarrón (“dale, Martínez”, decía Patricia y a mí ni un infarto me cambiaba de color), hasta este “Rubén” al que se le acepta una acobardada invitación.

A fin de cuentas, justificaré frente al espejo mis respuestas evasivas cuando alguno de mis pares me señale este desliz juvenil, este raptó de estudiantina pasado de temporada. “Es un talento destacado de la nueva camada, una intelectual brillante”, “Me honra ser su referente” y boberías así. Mi eterno compañero –desde los estudios y bien avanzada la profesión– Salmerón me echará en cara los años y la historia, se señalará el pelo gris y lo comparará con el mío, hasta reírse de mis argumentos de gato panza arriba y rematar toda chance de excusa con una guarangada esclarecedora de su opinión. Luego se sincerará conmigo ante una envidia que no comprendo y revisará pesares más propios de los hombres de nuestra edad. Hará también un elogio de las piernas de Patricia, de sus polleras cortas y su juventud, mencionará la sugerencia de su cuerpo y hará gestos con las manos que ofenderán mi disimulo. Entonces estaré perdido, me verá obligado a darme cuenta de que esta vez el problema es serio, que no es otra chiquilina obnubilada, otra niña a la que desmoronarle ilusiones improcedentes y recomendarle la vida como algo ajeno, como algo por lo que pasé lo suficiente y puedo ahora ponderar, pero para que se encarguen otros.

Esta vez es Patricia, Patricia que tiene ilusiones entre las que me gusta estar. Patricia, que me mira como nadie en demasiado tiempo, colocándose en un estado que es bello como el pasado e inquietante como la pubertad. Entonces la invitación, la cobardía y sobreponerse, sentirse un guerrero otra vez, creerse más curtido que el mejor veterano y más niño que el primer cadete a la vez. Y ella dirá que sí, que esperaba este momento, que la pase a buscar a las diez. Entonces yo volveré a casa con una especie de alivio mentiroso, creyéndome más fuerte, hasta más niño y también más hombre (porque se acompañan esos dos). Serán las nueve y a la salida de la ducha ahí estará mi cuerpo, crudo ante el reflejo. A la sombra de los lentes se criaron veinte arrugas, refugiadas en respetos temerosos. Habrá también una panza, una panza dedicada a dejar pasar el tiempo mientras se alimentaba de monotonía, que



tal vez haya nacido para la época en que Patricia terminaba la escuela primaria, Dios mío. Entonces todo se volverá grotesco, el pelo de mis hombros como reminiscencia bestial mientras piense en su desnudez anhelada y temida, en el contraste horroroso entre sus firmezas y mis blanduras.

Se hará un poco tarde, lo suficiente para tener que ponerme los lentes otra vez y buscar en esta maldita miniatura japonesa las diez letras necesarias para un “estoy yendo”, que llegue a la pantalla de su celular tan naturalmente como todo en esta época que es la suya, que todos los días me somete al combate de no quedar al margen. Al fin llegaré a su casa y del portero eléctrico saldrá una esperanza torpe, un deseo de contratiempo-a-tiempo que nos evite el disgusto, mientras me esté mirando en los cristales de la entrada y acomode el cuello de mi camisa que así, tan clásica,



tal vez se haya excedido de formal. Patricia dejará atrás la puerta del ascensor con una sonrisa bella, perfecta y mía, que sólo se cerrará en mi mejilla hecha beso y me hará sentir inmortal por un segundo. Será un beso novedoso, un pudor desconocido hasta aquí, que ella celebrará por saberse deseada y por saberme hombre. Y niño, también.

Subirá a mi auto y saludará mi caballerosidad por abrirle la puerta, dirá que los jóvenes no tienen aprendido esto y yo pensaré en cuántas cosas aprendí de más. Entraremos al restorán y nos quedaremos con todas las miradas. Pasarán por ella con deseo o con envidia y luego se detendrán en mí, unas como asombro, otras como reproche y hasta alguna será piedad. Serán todas, al fin, un morbo disimulado.

La cena será dulce y allí me enfrentaré a los sentimientos de Patricia, a esa confusión de hormonas y admiración que me tienen como estrella, a ese misterio que prefiero por sobre la constatación. Allí se habrá acabado todo. Seré esa mueca en los recuerdos de Patricia, que es mi lugar preferido si la opción es el desgaste. Es mi leyenda, mi imposible mejor que una decepción. Habrá una mirada más entre los dos, una confianza de disculpas que se aceptan sin ser esperadas ni ofrecidas. Llegaremos a su casa mientras dejamos fluir una conversación circunstancial llena de temas de la gente, que no tengan nada que ver con ninguno de los dos, que nos involucren pero no nos comprometan. Cuando la acompañe a la puerta nos detendremos gentilmente a dudar, pero sólo como amable responso a su ilusión. Me ofrecerá café luego de un beso que remedie, que deje a salvo los dos orgullos. Diré que no, que es tarde, y cada cual se irá a dormir sabiendo que con el tiempo nos llamaremos amigos, y que su marido de entonces se pondrá de mal humor cuando me nombren ✕



### Ángel Perez

Nació en Buenos Aires en 1982, sustenta la escritura como medio de vida y su trabajo como medio de pago.

[www.tallerindependienteangelperez.blogspot.com.ar/](http://www.tallerindependienteangelperez.blogspot.com.ar/)

DAMIÁN F. LAMBERTA

.....

# ESTRELLA FUGAZ

---

Era invierno. Un martes, casi diez de la noche. El hombre paseaba su sombra como si arrastrara un ancla. Quizás deseaba que alguien caminara a su lado, echar a volar las palabras que hundía en el bolsillo. Merodeaba sin rumbo, buscando un guiño cómplice en las luces de la avenida, algún obsequio de la ciudad. Fumaba, siempre fumaba. A través del humo del cigarrillo, intentaba pescar una estrella fugaz para pedir un deseo. Ni siquiera pretendía una sonrisa. Se conformaba con una cara impasible, sin gesto. Una mujer era demasiado.

Esa noche de invierno encontró una señal. Su estrella fugaz. En una esquina, sobre el cordón amarillo de la vereda, resplandecía un celular. A pocos centímetros de la zanja, de la muerte misma.

El hombre miró el aparato sin pestañear, como se mira una mujer, un niño, cualquier cosa que pueda cambiar un destino. Le dio la última pitada a su cigarrillo, mientras sonaba un rington de Queen. Se puso en cuclillas, no se decidía a responder la llamada. Por fin atendió. Escuchó:

Habla la dueña del celular.

Una voz de muchacha. Para él, una melodía.

Le explicó dónde encontró el celular, quizás con demasiados rodeos. Cómo le gustaba conversar. Habló de la noche húmeda, del ruido de la ciudad. Habló de estrellas fugaces, de las luces de la avenida. Dio detalles de la esquina, la zanja, el cordón amarillo de la vereda.

Ella comentó que estaba cerca, que vivía en el centro. Repetía el agradecimiento cuando el hombre la interrumpió para proponer un encuentro. La muchacha vaciló estirando el silencio. Después contestó que sí, que necesitaba el celular porque a la mañana siguiente iba a recibir una llamada importante. Quedaron en reunirse media hora más tarde, en el minimercado de una estación de servicio.

El frío recrudecía. Sentado en una parada de colectivos, con la nariz manchada de luz, revisó minuciosamente el celular. Los mensajes recibidos y enviados. Saludos de amigas. Cariños a papá. No encontró el rastro de un amante. Y sintió una alegría repentina, precaria. Pero real. Rastreó las últimas llamadas. Como lagañas en los ojos, le molestaron dos nombres. Pablo, Maxi. Luego siguió con los contactos, envenenándose más de una docena de veces. Cada nombre de varón era una dosis contaminada.

Se levantó el cuello de la campera, contempló su aspecto en el acrílico de un cartel de publicidad. No estaba mal, después de todo. Era alto, moreno. Verde su mirada. Melancólica. De cuerpo estilizado, abundante pelo. Sin una mano.

Tenía tiempo pero se encaminó hacia la estación. Mientras cruzaba la plaza, volvió a pensar en la muchacha.

Hermosa voz.

¿Cómo será su cuerpo?

No fue mezquino con sus sueños. Ni realista. Imaginó distintas mujeres. Muchas con piel de nácar. Muchas de cuerpo exuberante.

La incertidumbre conspiraba en su contra. Barajó la posibilidad remota de encontrarse con un monstruo. Una mujer barbuda, una gangosa.

Llegó cinco minutos antes. Estaba ansioso, excitado. El viento revolvía su pelo, la noche le llovía sobre la espalda. Desde la esquina, abarcó la cuadra entera, llenándose la mirada con bolsas de basura, un cartonero arrastrando un carro, dos perros, unos pocos autos cansados de lidiar con su estilo.

Le echó un vistazo al muñón; renovada la esperanza de que su mano estuviera allí, que todo fuera una pesadilla. A veces se consolaba pensando que perder una mano no es peor que perder una pierna. Después de todo, aprendió a escribir con la izquierda y cuenta con sus dos pies cada vez que necesita escapar. Nadie podría alcanzarlo. Ni siquiera un monstruo disfrazado de mujer.

De repente, lo dominó una intuición. Ya había experimentado esa sensación en la guerra, cuando presagió la muerte de un amigo, por una granada que a él le costó la mano. Simplemente, lo supo. Era una muchacha regordeta, enferma de soledad.

Minutos después, la vio entrar en el minimercado de la estación. Entonces aceleró los pasos. Su corazón iba más rápido. Llegando al primer surtidor, se aseguró de guardar el muñón en el bolsillo. La puerta se abrió en forma automática. El calor del local le aporreó la cabeza. Ella abría la heladera de las gaseosas. Era igual a cómo la había imaginado. Una muchacha gruesa con rostro de nieve. Sus miradas se entrelazaron en el aire. El hombre sostenía el celular con la única mano. Sonreía. Por un instante, llegó a sentirse hermoso.

Qué tonta, vivo porque el aire es gratis, agregó ella luego de un saludo escrupuloso, insuficiente.



Para él, esa voz era una canción. No le costó ningún esfuerzo inventarle un futuro a su lado. Esposa fiel, gran cocinera, madre adorada. Como la soñó. Gordita. Blanca. Cara de circunferencia.

El agradecimiento lo sacó de la abstracción.

...menos mal, porque estoy esperando que me llamen de un trabajo.

El hombre quiso comentar que hace años está esperando que lo llamen de un trabajo, pero permaneció en silencio. Ella improvisó una excusa:

Me olvidé la plancha enchufada.

Te acompaño unas cuadras, sugirió él. La calle está peligrosa.

No hace falta, vivo acá nomás.

No es molestia, insistió. De paso busco un taxi.

En ningún momento mostró el muñón, lo escondía como un revólver. Caminaba ladeándose, más suelto a cada paso, más cómodo. Cruzó el valle del silencio dándole rienda suelta a las palabras. Para templar su voz, endulzó su relato con anécdotas alegres que encontró distantes, muy lejos, en el pueblito de su infancia.

En cuatro o cinco cuadras, el hombre habló de caballos, vizcachas, nutrias, liebres, del olor de los zorrinos, del canto de las ranas. Estaba tan animado oyendo su propia voz, que en un descuido sacó el muñón del bolsillo. Cuando se dio cuenta era demasiado tarde. Ella no pudo evitar la sutil contorsión en los labios, un cambio en la manera de caminar. Él reclinó la cabeza. Como otras veces, volvió a martirizarse. Habló de la guerra. De lugares comunes: el frío, el hambre, la locura.

Vivo en aquel edificio, explicó ella, señalando una mole de diez o doce pisos.

No te vayas, rogó el hombre.

Ella arrugaba el ceño, en silencio. No lograba, ni por un instante, quitar la mirada del lugar donde faltaba la mano. Él volvió a suplicar que se quedara.

Sólo un rato más.

La muchacha apresuró los pasos. Te agradezco, repetía.

Esperá un segundo.

Las palabras resonaron en la cuadra. Hubo una grieta en la noche.

¿Es por esto?, vociferó el hombre, agitando su brazo maltrecho. ¿Por esto?

Ella se quedó con los ojos muy abiertos. Su rostro de luna empalidecía. Soportó el rugido de una mala palabra, sin decir nada. Hincó la mirada en la cuadra. No había ni un alma. Las rodillas le temblaban. Respiró profundo. Luego se echó a correr. El ruido de sus zapatos repicaba en la vereda. Llegó hasta el edificio.

Andate o grito, advirtió mientras manoteaba la llave.

Calmate, le decía. No me dejes así.

Si no te vas llamo a la policía, gimió, llena de espanto por el roce del muñón en su piel, como una araña caminándole el rostro.

Tuvo tiempo de abrir la puerta. Cuando quiso cerrar, el hombre estaba con medio cuerpo adentro.

El celular volvió a sonar resplandeciendo dentro de la cartera como una estrella fugaz atrapada ✕

### **Damián F. Lamberta**

Nació en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires en 1979. Integró talleres literarios en La Plata, ciudad en la que actualmente reside. Posee un libro de cuentos terminado, llamado *Espantapájaros azul* (aún inédito). Actualmente integra el grupo literario *Mulas en la Niebla*.



MAURO DE ANGELIS

.....

# GUAPO

---

*Su brazo era ligero al entrevero  
y oscura era su voz.*

H. Manzi

Tanto tiempo y todavía lo recuerdo, apoyado en la pared del boliche de la esquina, con la pilcha impecable, el pañuelo al cuello y esa mirada. El Pardo Ayala era, sobre todo, una mirada. Y el porte, claro, con ese bigote negro y el facón. Porque todos sabíamos que guardaba el facón entre las pilchas. Sabíamos otra cosa: que si el Pardo dejaba por un momento de mirar la punta del pucho y te clavaba los ojos, más vale que te sobrara coraje.

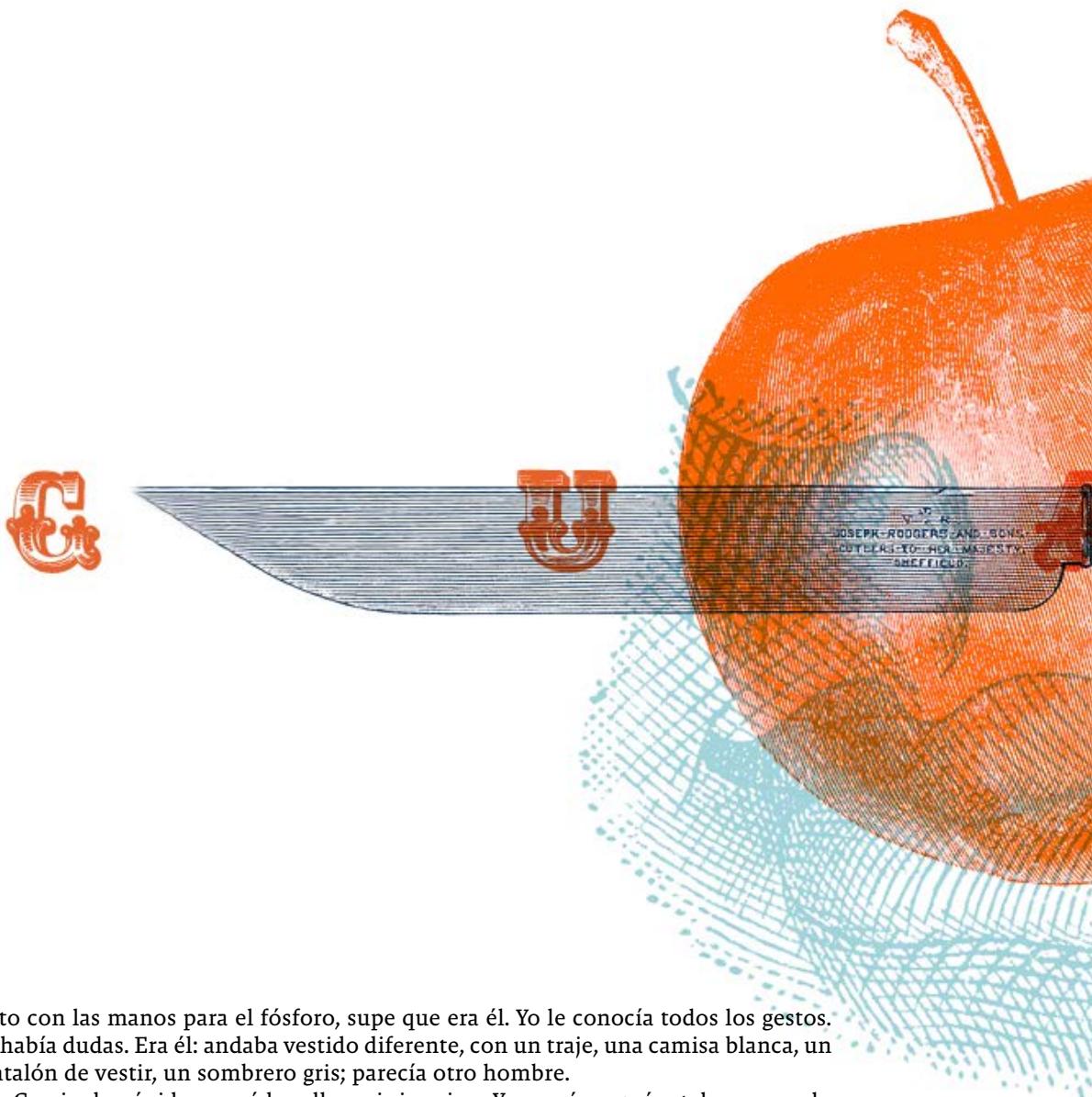
Nadie supo nunca de dónde vino o si tenía familia. Se hablaba de un hermano que penaba en el sur, de trabajos para un político, pero nada más. Decían, eso sí, que se había cargado a muchos y que era mejor no meterse con él.

Yo tenía ocho años cuando nos mudamos al barrio. Enseguida mis nuevos amigos me hablaron del Pardo Ayala, capaz que exagerándome sus peleas, esa fama que lo rodeaba. Pensé que me embromaban por venir del centro, pero una noche, en compañía de mi tía Blanca, lo vimos al Pardo en la esquina, fumando. Mi tía apuró el paso, me llevó a la rastra, pero igual llegué a estudiarlo de arriba a abajo. Esa noche empecé a admirarlo, con miedo, con distancia, como todos.

Cada tanto el Pardo desaparecía del barrio y nadie sabía adónde se iba. Más de uno lo daba por muerto, pero él volvía a la semana o al mes, más silencioso y bravo que nunca. Entonces, yo buscaba excusas para acercarme a verlo en el boliche, donde los grandes jugaban a los naipes y tomaban grapa. A la noche, me escapaba por la ventana que daba al patio y me iba derecho a la esquina. Quería ver un entrevero, una pelea de verdad, no como las agarradas de mi escuela. La verdad que nunca vi nada. El Pardo tomaba en silencio, fumando, y nadie se atrevía a molestarlo. Una vez sola, me acuerdo, le habló a un cordobés que se hacía el piola, medio borracho. Desde mi escondite, atrás de unos cajones, pensé: acá se arma. Pero no: el cordobés se fue, sin hablar, la cabeza gacha. No se le vio más el pelo.

Tal vez de tanto mirarlo fue que lo reconocí aquella vez en Turdera. Yo digo que fue casualidad pero ahora, de viejo, pienso que me tenía que tocar. Fue así: viajé con mi hermano mayor a Turdera. Un viaje largo, en tren primero, en un colectivo después. Nunca había ido tan lejos de casa. Cuando llegamos, mi hermano fue a hacer un trámite –él hacía corretajes–, y yo me quedé en la plaza, a la espera.

Me estaba aburriendo un poco cuando vi al Pardo caminando por la vereda de enfrente. Al principio, medio que dudé. Por ahí era un tipo parecido. ¿Qué iba a hacer el Pardo Ayala en Turdera? Pero cuando encendió un cigarrillo, haciendo hue-



quito con las manos para el fósforo, supe que era él. Yo le conocía todos los gestos. No había dudas. Era él: andaba vestido diferente, con un traje, una camisa blanca, un pantalón de vestir, un sombrero gris; parecía otro hombre.

Caminaba rápido; cruzó la calle casi sin mirar. Yo no sé en qué estaba pensando pero lo seguí. No me costó mucho alcanzarlo. El Pardo anduvo una cuadra y se metió en una casa, esas casas de pueblo, con zaguán, con patio. Atrás había como unos corralones y después el campo. De curioso, nomás, de inconsciente, me arrimé a la puerta. No había un alma en esa calle. Me agaché un poco y me puse a mirar por la cerradura. Me acuerdo que pensé: el Pardo se vino hasta acá a vengar una afrenta. Flor de lío se va a armar.

Desde el fondo del patio, apareció, el muchacho. Era un hombre joven, en camiseta, muy blanco, flaco y de bigote finito, como se usaba en aquel tiempo. No tendría más de veinte años.

El Pardo se paró enfrente y por primera vez me pareció que sonreía. No vi mucho, no pude ver mucho, pero el Pardo lo abrazó y el muchacho lo besó en la boca. Después las cosas se me confunden: vi otros besos, vi que el muchacho se arrodillaba ante el Pardo. Vi algo que nunca había visto.

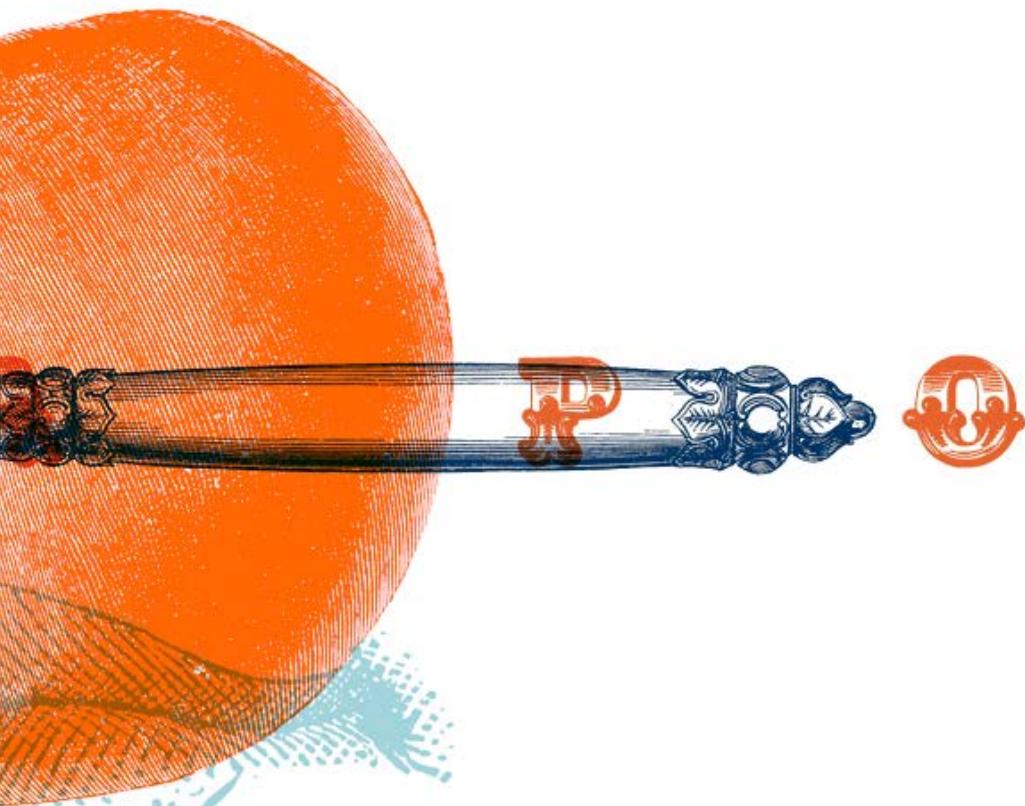
Entonces, pasó lo peor. La puerta se abrió y yo, que estaba apoyado en ella, como hipnotizado, me fui de cabeza adentro del zaguán. Despatarrado y confuso, escuché pasos que se me venían encima. Estoy listo, me dije. Cerré los ojos y esperé, con la cabeza apoyada en los mosaicos fríos.

Me levantaron del cuello y sentí un perfume extraño, dulce. Me puse a llorar. No pude evitar abrir los ojos. El Pardo me sostenía casi en el aire, con una mano. La otra, la llevó al saco, al lado del facón. En ese momento, el muchacho se le acercó de atrás y le puso una mano abierta en el pecho.

Dejalo, dijo. Es un pibe.

El Pardo habló despacio, con esa voz de acero.





Es de allá, dijo. Me conoce.

El muchacho se metió entre el Pardo y yo. Habló con un tono suave pero firme: Dejalo, Rubén.

El Pardo me clavó sus ojos y me dijo: Rajá de acá y no se te ocurra hablar.

Me soltó y salí corriendo, a los tumbos. Todavía no sé cómo volví a la plaza. Mi hermano estaba preocupado, hablando con un vigilante. Le dije que me había perdido, que me perdonara. Creo que volví callado todo el viaje.

Muchas veces, después, volví a ver al Pardo en la esquina. Un día se fue y no volvió nunca al barrio. Muchos lo dieron por muerto; hablaban de ajustes de cuentas; muchos lo imaginaban huyendo o escondido. Yo sabía que la verdad era otra. Pero no dije nada. El tiempo pasó: crecí, me fui a la Capital, me casé, tuve hijos. Nunca le conté a nadie esta historia.

Años después, muchos años después, me crucé al Pardo, arriba de un tranvía, cerca del centro. Yo iba para el banco. Nos sentamos frente a frente. El Pardo estaba viejo, afeitado, impecable, como siempre. Tenía el mismo perfume dulzón y llevaba una bolsa con frutas. Traté de no mirarlo, pero cuando bajé en mi parada, no pude con mi genio y levanté la vista. Él me estaba mirando. Yo era un hombre, ahora, y le mantuve la mirada. Capaz que me parece a mí, pero creo que el Pardo hizo una especie de saludo, como una reverencia lenta y respetuosa ✕



#### **Mauro De Angelis**

Nació en Capital Federal en 1976 y vive desde los 10 años en Mar del Plata. Desde chico escribe cuentos y poesía. Participó de los talleres literarios de Daniel Boggio y Javier Chiabrando. Colaboró en la organización del Festival Azabache, donde fue pre-jurado del Concurso de Novela, en dos oportunidades. Recibió el segundo lugar en el Premio Municipal Osvaldo Soriano en la Categoría Cuento año 2009.

FRANCISCO MOULIA

.....

# EL GERMEN DE OTRA REVOLUCIÓN

---

Estoy fumando un habano Cohiba de trescientos dólares. Me lo dieron hace un par de años, cuando casi mato a Fidel Castro. Hoy lo vi de casualidad revisando el cajón de mi escritorio y decidí celebrar lo cerca que estuve de aparecer en los libros de historia. Un anónimo fuma y celebra eso.

En el 2003 trabajaba como camarero en el Four Seasons Hotel. Estaba rapado, sin barba y con esa dócil humildad del que no sabe qué hacer con su vida. Me di cuenta de que el trabajo no iba conmigo desde el primer evento que tuve que cubrir: un cóctel que organizó la embajada de Holanda. Todos histéricos: los supervisores, los otros camareros, los invitados. Rescato la actitud del chofer del Cónsul de Zimbabue que se dedicó a tomar whisky y a hacerle propuestas sexuales a la hija del embajador de Francia que tenía quince años.

De esos seis meses en el hotel, no extraje mucho más que este habano y algunos abrazos con famosos. Toda esta nube dulce es un premio al fracaso. Fracaso didáctico, educador.

El 24 de mayo de ese año, llegaron al país varios presidentes latinoamericanos para presenciar el acto de asunción de Néstor Kirchner. Lula, Chávez y Fidel Castro se hospedaron en el hotel. El número de agentes de seguridad que acompañaba a cada uno era directamente proporcional a su potencialidad o realidad anticapitalista. Lula: cincuenta; Chávez: ciento veinte; y Fidel Castro: doscientos treinta.

Balú Jiménez era el jefe de seguridad cubano. Ingeniero mecánico, medalla de oro en boxeo en los juegos olímpicos de Barcelona 92, contrabajista. Medía dos metros cinco, pesaba cien. Unas medidas iguales a la suyas aparecen en una página de máquinas agroindustriales en referencia a una quebradora que rinde 15.000 kilos por hora.

Dos días antes de que llegaran los presidentes, el gerente vino hasta uno de los salones en donde estábamos preparando las mesas para una fiesta. Nos pidió que nos pusieramos en fila, uno al lado del otro. Ese día éramos más de cuarenta camareros. Fue y vino varias veces. En eso, “usted”, dijo señalándome; “venga conmigo, vamos”.

Mientras caminábamos por el pasillo que unía el salón con el hall principal del hotel, el gerente me explicó que necesitaba que estuviera en la puerta por unos días porque iba a haber mucho movimiento por la estadía de los presidentes. Para mí abandonar las contracturas que me producía la bandeja era como un ascenso.

Mi nueva tarea se circunscribía a abrir y cerrar la pesada puerta principal haciéndoles creer a todos que no podía estar más feliz por eso. “Haga que todos deseemos su trabajo”, me dijo.

De la nada apareció el jefe de recepción. Me dio una especie de chaqueta negra, con el cuello cerrado y olor al empleado anterior. Me llevó hasta la puerta y me presentó al *bellboy* titular: Pablo, un chico prolijo y en apariencia feliz. Le di la mano y

sentí toda su transpiración fría en mi palma. Tuve la sensación de que no le gustaba que yo estuviera ahí.

El día anterior al acto de Kirchner, estábamos cenando con Pablo y algunos camareros en el buffet de empleados: “Van a abrirle la puerta a Fidel Castro, ¡qué loco!”, tiró uno.

Los dos nos quedamos callados, pensando. Era loco, sí. Para Pablo no sé, pero para mí una historia como esa, bien articulada, podía ser una herramienta muy útil, por ejemplo, para empezarla en el sillón y terminarla en la cama. Impresionar funciona.

Antes de irme para casa, el jefe de recepción me dijo: “mañana tempranito... y afeitate”. Los presidentes iban a empezar a salir para la Casa Rosada a partir del mediodía.

Esa noche no dormí. Ni bien llegué a casa, me saqué la ropa y entré al baño. Abrí la ducha, me llené la cara de espuma y un segundo después de apoyar la Gillette sobre mi cachete derecho, se quemó la bombita. Saqué la del velador de mi mesa de luz y me subí al bidet para cambiarla. El baño estaba lleno de vapor negro y cuando traté de enroscar la bombita nueva, recibí una patada descomunal. Quedé tirado en el piso por horas; en pelotas, con toda la cara llena de espuma de afeitar helada, temblando. “No existe una forma más pelotuda de morir que ésta”, recuerdo que pensé.

En algún momento logré gatear hasta la cama y me acosté. De fondo todavía se escuchaba la lluvia de la ducha. A las siete me cansé de estar tirado con los ojos abiertos. Agarrándome de las paredes fui hasta el baño y me tomé la fiebre: treinta y nueve y medio. Me bañé con agua fría para bajarme la temperatura y salí para el hotel. Los tres pelos locos que tenía dispersos por la cara no alcanzaban para hacer ninguna revolución.

Desde la llegada de la comitiva cubana, Balú Jiménez había pasado la mayor parte del tiempo en la puerta con nosotros. Hablaba por handy con sus agentes, lo jodía a Pablo por su peinado raya al medio-capitalista. Conmigo, se dedicaba a hablar de su país, del tabaco, del ron, de las mujeres cubanas y de lo inferiores que éramos los blancos sexualmente.

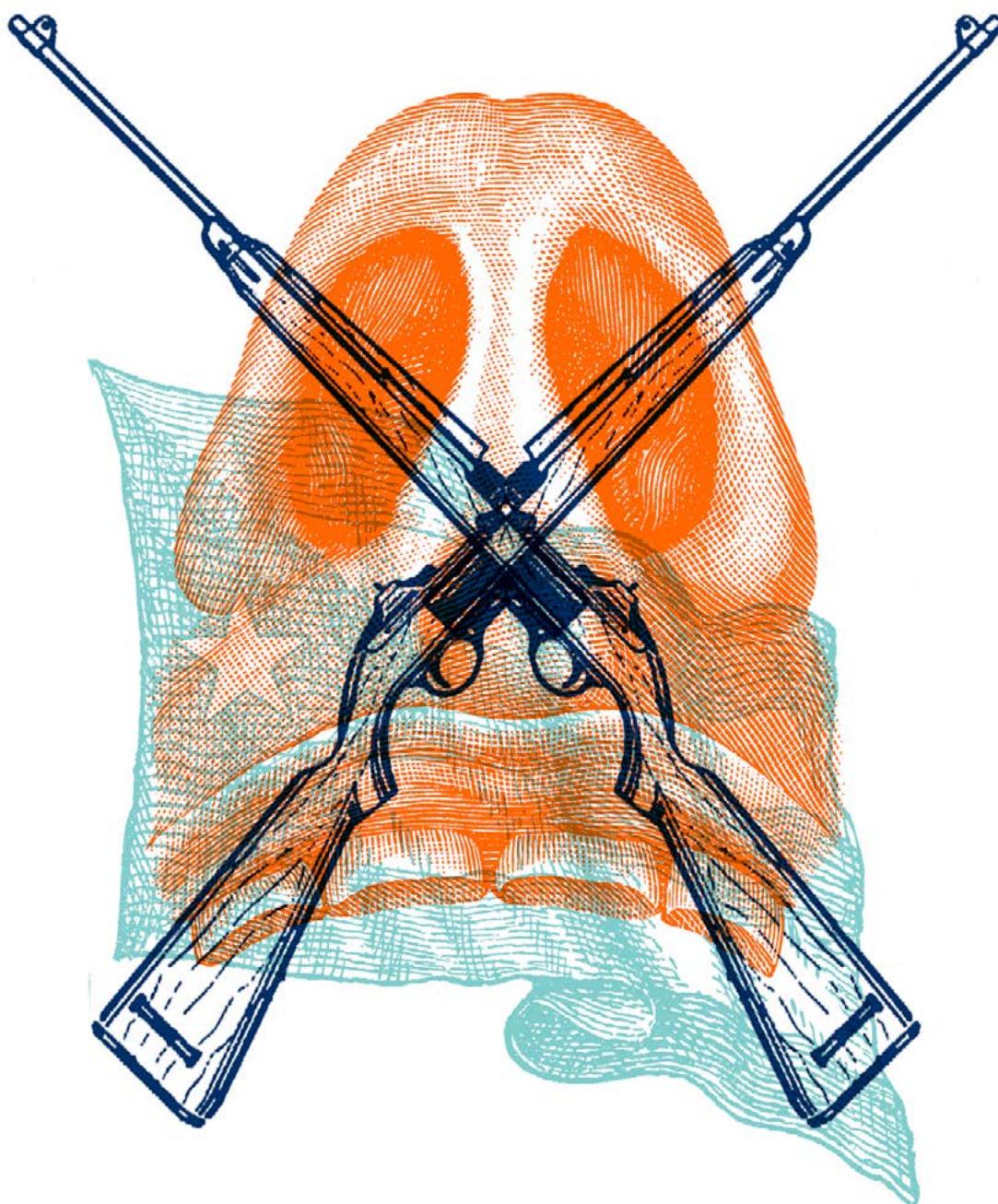
Llegué a la puerta del hotel esa mañana del 25 con los labios morados, un temblor permanente en mi maxilar inferior y ojeras fucsias. “¿Estás volao, mi buen Fran?”, soltó Balú. *Una noche difícil*, le dije. Me mostró los dientes de su risa monstruosamente blanca y siguió organizando todo para el momento de la salida de Fidel.

A menos de dos horas para que los presidentes salieran rumbo a la casa de gobierno, Pablo había empezado a desplazarme de la puerta. La historia de haber estado cara a cara con Fidel Castro se perfilaba como su única posibilidad de tener sexo con una chica sin pagar.

Había no menos de cincuenta agentes cubanos en la puerta. Todos eran o habían sido atletas. Se armó un cordón desde un auto gris oscuro con vidrios polarizados hasta la puerta. Balú me agarró del cuello –más precisamente de la nuca– y me llevó hasta donde estaba Pablo.

“Ábrale usted al comandante”, me dijo. “No vaya a ser que éste me lo bese”, señalando a Pablo, que desbordaba de emoción. Lo único que hice fue quedarme ahí donde me había dejado Balú, a medio metro de la puerta. El resto lo hizo él. En un momento un agente cubano que estaba un poco alejado llamó a Pablo con una pantomima que podía interpretarse como urgencia. Pablo dejó su puesto. Cinco segundos después Fidel Castro caminaba por el hall del hotel hacia mí.

“Este es Don Fran”, le dijo Balú a Fidel, “buen chico”. Extendí la mano y Fidel,



después de estrechármela con toda la fuerza deteriorada de años y años de resistencia, la empujó hacia él y me dio un abrazo de abuelo guerrillero. Antes de separarnos, estornudé. Limpiándose la hombrera izquierda de su saco me dijo: “¡Cuidese, hombre!”.

Un segundo después Balú ayudó a Fidel a recorrer el cordón de agentes hasta el auto. Cerró la puerta y dio dos golpes sobre el techo. El auto arrancó despacio y siete cubanos, incluido Balú, corrieron al lado durante las primeras cuerdas para obstruir la perspectiva de los francotiradores yanquis.



Casi no volvimos a hablar con Pablo después de eso.

Al día siguiente Balú me dijo que Fidel no había podido levantarse de la cama. Era una gripe nada más, pero en el cuerpo del histórico y fumador Castro todo se complicaba un poco. Mientras me contaba esto, yo sostenía un pañuelo sucio. “¿No le habrá pegado algún bicho al comandante, Don Fran?”, dijo Balú. Pensar en Fidel Castro tosiendo por última vez en una de las suites del Four Seasons me espantaba... Balú triste y vengativo era una idea espantosa y trágica.

A eso de las nueve de la mañana del 28 la comitiva cubana dejó el hotel. Balú vino a despedirse y me entregó un tubo plateado. “Pa’ ustedé, Don Fran. A ver cuándo se me sale de esta mierda de palacio capitalista”, dijo un poco seco. A Fidel ya lo habían sacado sin que nos diéramos cuenta.

Fue mi último día en el hotel. A las dos semanas me fui de viaje. No tuvo nada que ver con la posibilidad de que Fidel muriera y Balú me fuera a buscar al trabajo para arrancarme la cabeza.

Este Cohiba de trescientos dólares me hizo recordar que casi mato a Fidel Castro. Un anónimo se acaricia la barba y celebra escribiendo ✕



#### **Francisco Moulia**

Nació en Pompeya en 1982. Cursó la carrera de Letras en la UBA por cinco años. Trabajó como corrector, editor y redactor para diversos medios online. También como camarero eventual en el Four Seasons Hotel. Hizo trabajo de taller junto al escritor argentino Juan Martini. En 2011 publicó el poemario *Poesía sanitaria* (Nulú Bonsai). En 2013 publicó su primera novela, *Cortes argentinos*, con la misma editorial.

CAROLINA BERDINI

.....

# EXTERMINADO POR COMPLETO

---

Una noche, durmió en el jardín. Su esposa lo encontró al día siguiente, tendido en una reposera junto a la piscina, con los pies desnudos en el agua. Cuando despertó a media mañana, desayunó en la veranda. El café estaba a punto. La manteca se deslizaba suavemente sobre las tostadas. La fruta madura se deshacía en la boca. Comió despacio. En silencio. Escuchando el canto de los pájaros. Su esposa lo observaba desde la ventana de la cocina.

Ese día cortó el césped, abonó los rosales, podó los ligustros, quitó las flores marchitas y mudó las begonias a la sombra. Cuando comenzó a bajar el sol, activó los aspersores y regó las macetas. Conectó la manguera y la dejó al pie del nogal. Se sentó al borde de la piscina con los pies dentro del agua y fumó un cigarrillo mientras esperaba que el agua se acumulara alrededor del árbol. Las cigarras empezaron a cantar anunciando una tormenta. A lo lejos se veía una masa de nubes negras que avanzaba lentamente. En el horizonte, algunos rayos descargaban su furia sobre los campos sembrados. El viento comenzó a soplar.

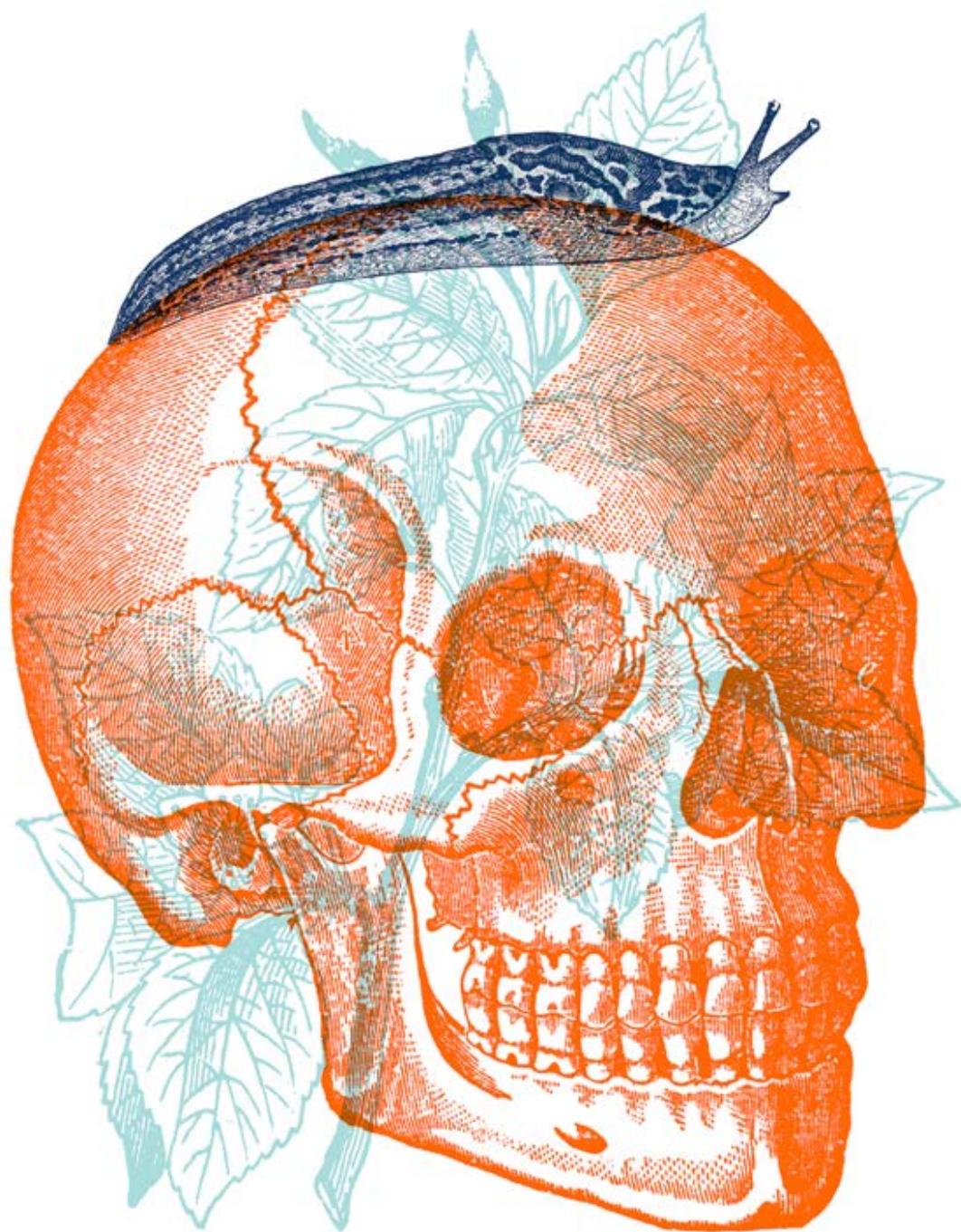
Cerca de la medianoche, se despertó. Los truenos hacían temblar las sombras en las paredes. Las ramas del nogal crujían sacudidas por la tormenta. Se levantó y fue al living. Se sentó en el sillón frente al ventanal y observó el jardín hasta que se quedó dormido.

Cuando su esposa se levantó a preparar el desayuno, lo vio a través de la ventana de la cocina. Estaba arrodillado, con la cabeza metida entre las begonias. O lo que quedaba de ellas. Las hojas agujereadas segregaban un líquido blanco y pegajoso. Pasó toda la mañana rastreando el jardín. De cantero en cantero. Debajo de cada piedra. Detrás de las hojas. Entre la corteza del nogal. A la hora del almuerzo, entró y se sentó dando un suspiro ronco. Entonces sacó del bolsillo del pantalón un frasquito de vidrio que apoyó sobre la mesa, frente a su plato. Sumergida en alcohol, una babosa negra y viscosa flotaba inerte.

Al caer el sol, se tomó un descanso para cenar. El saldo, hasta el momento, eran seis babosas dentro de una lata vacía de membrillo. Antes de entrar a la casa, les echó sal y las vio morir mientras fumaba un cigarrillo. Y sonrió. Las babosas se retorcían, echando una espuma blanca. Sus cuerpos de gelatina se desintegraban.

Esa noche se quedó en el jardín hasta tarde, con una linterna y la lata de membrillo. Había dejado el paquete de sal gruesa al pie de la veranda. Y por un momento le pareció que los granos crujían excitados, ansiosos por caer en la lata, anunciando la muerte.

Las babosas siguieron invadiendo el jardín. Pronto atacaron los jazmines que perfumaban la veranda. Y luego fueron por las petunias. En el cantero que bordeaba la piscina, sólo unas pocas flores habían sobrevivido. Indefensas, rodeadas de pétalos



carcomidos, se marchitaban lentamente. Compró cebo en un vivero, pero había vuelto a llover. Y pronto llovería nuevamente. La humedad penetrante anunciaba más tormentas e invadía la casa. El empapelado del living comenzó a desprenderse de la pared y en la cocina unas manchas amarillas afloraron en el techo. La alfombra de la escalera estaba impregnada de humedad y las sábanas de la cama también. Hacía dos noches que no podía dormir. Las babosas se multiplicaban. Entonces pasaba las horas de insomnio pensando nuevos métodos para combatirlas.

Enterró recipientes con cerveza en el césped y algunas babosas se acercaron atraídas por el olor a levadura. Las vio beber hasta emborracharse. Atontadas por el alcohol no podían salir del recipiente. Intentaban arrastrarse inútilmente por las paredes de plástico. Y cuando ya se quedaban sin fuerza, dejaban caer sus cuerpos viscosos y se ahogaban. Volvió a llover y la cerveza mezclada con agua y barro perdió su efecto.

Una noche, cansado de dar vueltas en la cama sin poder dormir, se levantó y salió al jardín. Se sentó en su reposera y encendió un cigarrillo. Estaba dando la primer bocanada cuando escuchó un ruido. Venía del paquete de sal gruesa que seguía al pie de la veranda. Se acercó y esperó. Los granos se movieron emitiendo un suave crujido. Tomó el paquete y lo vació en los canteros. Fue a la cocina y comenzó a revolver las alacenas. Volvió con tres paquetes más que esparció sobre el césped. El jardín se tiñó de blanco, nevado por la sal.

Al día siguiente, no había indicios de las babosas. Pasó toda la mañana rastreando el jardín. De cantero en cantero. Debajo de cada piedra. Detrás de las hojas. Entre la corteza del nogal. Las había exterminado por completo.

Se sentó en la veranda a fumar un cigarrillo y sintió hambre. Miró la hora. Dos y media. Todavía no había almorzado. Titubeó un momento y volvió a mirar su reloj. Dos y media. Se paró lentamente y entró a la casa. El silencio que reinaba era tan intenso que hacía eco. Como un zumbido. Un pedazo de empapelado se había terminado de desprender de la pared y colgaba tocando el parquet. El living estaba vacío. Fue a la cocina. Luego al comedor. Subió las escaleras. Miró en el baño. Y entró en su habitación.

Las puertas del placard estaban abiertas. Los cajones de la cómoda a medio cerrar. Y un par de perchas abandonadas sobre la cama. Bajó las escaleras y se dirigió al garage. El auto de su esposa no estaba. Encendió un cigarrillo y se fue a sentar al jardín. Con su reposera bajo el nogal. Miró el césped cubierto de sal y pensó en la nieve. Y en el invierno ✕

### **Carolina Berdini**

Nació en Bahía Blanca (Provincia de Buenos Aires) y se radicó en La Plata 2011. Amante de la literatura ávida lectora, escribe poesías y cuentos cortos. Participó de talleres literarios en Capital Federal y La Plata. Actualmente, concurre al taller de la Biblioteca Municipal Francisco López Merino (LP), coordinado por el profesor y poeta Vicente Constantini.



MÍA CASTAGNINO

.....

# MAMÁ MUERTA

---

Cuando mi hermano atendió el teléfono yo ya sabía. Como un sueño vivido, adiviné el campanilleo sutil al colgarse el tubo, sus pasos arrastrados, el crujido de la madera bajo todo su peso al subir la escalera y su voz ronca al darme la noticia que yo esperaba.

–Mamá murió.

Observé en silencio sus gruesas lágrimas, su nariz fracturada tres veces, una jugando fútbol, otra en una pelea y la tercera no recuerdo, tal vez yo se la rompí, apreté los labios y dejé que me pidiese que baje para acompañarlo. Leí las primeras líneas del cuento que estaba escribiendo, anoté un par de oraciones, cerré la Moleskine y bajé con ella bajo el brazo.

Los pasos apresurados de papá trayendo a Paz de jugar también los supe, de hecho, pretendí entender todo lo que ocurriría porque lo anoté asimismo en la Moleskine, entonces así debería ocurrir. Vi suceder casi muda, pero no de sorpresa sino de concentración, atenta a cada detalle recordando si así lo había escrito, al gato pidiendo leche, la radio en un noticiero deportivo, luego papá sacudiéndome para que hiciera algo, ahora me daba una cachetada.

Un momento. No lloré. Yo escribí que lloraría. En los instantes que siguieron abrí la Moleskine en donde dejé el relato (marqué el lugar con un lápiz 2B) taché las lágrimas, escribí un párrafo más, lo que estaba sucediendo, mi padre nervioso, caminando y alzando los brazos, Paz dejando ver su rostro escuálido tras una ranura de la puerta.

Cerré el cuaderno porque mi hermano gritó que no era hora de hacer tonterías, mamá muerta y yo anotando fantasías.

Agregué la palabra “estúpidas” a “fantasía” y ahí se salieron las lágrimas que taché antes. Suele pasar, la literatura nunca es exacta como los números. Le rezongué mintiendo que buscaba un número de teléfono, mientras papá le daba la llave del coche, él no iría, no quería, yo borré esa parte del cuento, porque o si no pasaría lo que tenía que pasar después.

No sé cómo llegamos al coche porque en el siguiente párrafo (es un párrafo después, yo sé, siempre escribo el numeral al lado del punto, para ahorrar papel) ya estábamos en el coche en marcha, él conduciendo y yo en el asiento del acompañante, nunca me pagaron las clases de manejo porque era boba, y yo seguía con la Moleskine abierta escribiendo sin parar, porque si dejaba de escribir... ¡ay, si dejaba de escribir, qué horror! Mejor ni pensarlo o me distraigo y no continúo, había que anticipar todo. Sí, es cierto que ya había partes escritas, pero nunca jamás se deben dejar espacios en blanco, eso sería fatal.

Cuando llegamos al lugar del accidente, un policía se acercó, Palo lo empujó

y obtuvo un golpe. Debo admitir que agregué esta parte en uno de esos espacios en blanco porque ya no tenía ideas y porque ansiaba un cuarto golpe en su nariz. Una pequeña venganza por lo de “estúpidas”.

El cuerpo de mamá yacía sobre el duro asfalto, húmedo de su sangre, sangre desbordándose debajo de su cuerpo, los ojos abiertos, la boca contorsionada a un costado, como una mueca macabra, las piernas en ángulos extraños y los brazos extendidos. Era un espectáculo tétrico y cómico a la vez, justo como lo describí en la *Moleskine*, porque sería muy cliché que ya tuvieran el cuerpo cubierto por una sábana.

Fue la culpa de una moto. Siempre los accidentes graves lo causaban las motos de mierda. Tacho la palabra “mierda” porque a mamá no le gusta, bah, pero si mamá está muerta, escribo sobre la palabra “mierda” tachada, “mierda” otra vez, más pequeña, pero legible. No sé porqué quiero que sea legible, nadie debe leer el cuento.

Fue la culpa de una moto. Si mamá estuviera viva se habría quejado de su muerte, no porque haya muerto, sino porque fue culpa de una moto, pero mamá está muerta y no puede quejarse tan cansinamente como lo hacía. Cambio el adverbio “cansinamente” por un sinónimo que no sea un adverbio terminado en “mente”, los odio. Son aburridos.

Todo fue culpa de una moto. Y lo irónico es que los de la moto están ilesos, pero pálidos, ah sí, bien pálidos, como muertos, pero era mamá la que estaba muerta, no ellos y por su culpa, por lo menos pálidos deberían estar. Los testigos dijeron que intentaron huir, pero que los acorraló un chofer de ómnibus. Pienso en el número de línea y anoto “232”, el que me lleva a la facultad, y mientras leo lo que está sucediendo, que escribí exactamente dos horas antes, Palo sobre el cuerpo (el policía entendió que era hijo de la fallecida), el forense o juez de paz tapando el cadáver con una sábana blanca, no mejor, celeste, turquesa, ese color le gustaba a mamá.

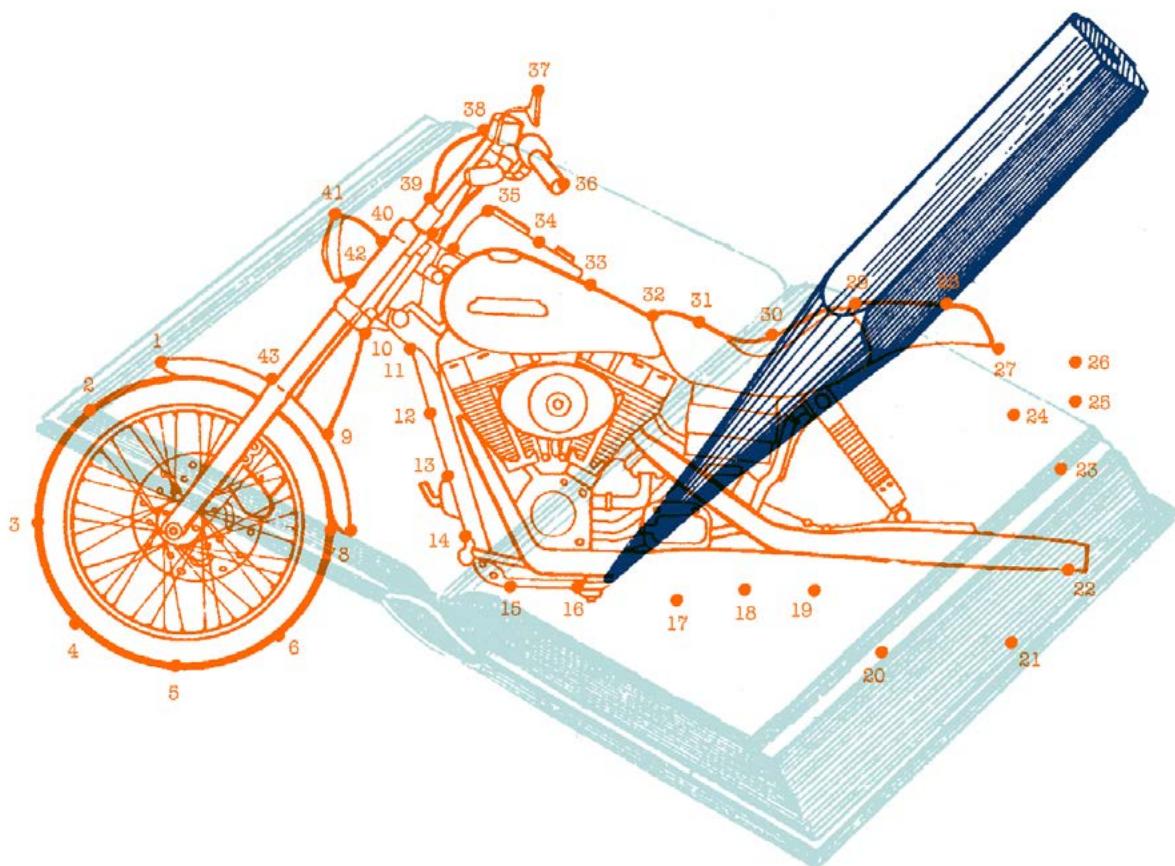
Fue culpa de una moto. Yo siempre le decía a mamá que atropellase a las motos, es gente que busca morir y me daba un fuerte golpe en la boca y me reprochaba con palabras tipo “hueca” o “¡violenta! no te conozco”. Y ahora se murió por una moto. Ahora me daría la razón. No, no me la daría, era muy orgullosa, no, no me daría la razón.

Justo cuando llegaba al final de lo que anoté (aún no era el final) se cayó el lápiz 2B Stabilo, uno bordó, el que siempre uso para las perspectivas, y se rompió la punta. Esto no lo había anotado. Rápido, un lápiz. No, no podía siquiera escribir para pedir un lápiz nuevo o un bolígrafo porque no tenía punta el lápiz con el que hubiese pedido. Siempre me dijo mamá “escribí con bolígrafo, se te va a borrar” y nunca le hice caso y ya no importa porque mamá está muerta y ya no tengo lápiz.

Mentira, no es destino. Yo no creo en esas cosas. Cada uno construye su propio camino, o ¿no me ven a mí que escribo lo que sucederá? Nel estaría orgulloso de mí, de mis cuentos, de mis ideas. Lafu también, siempre quiso que pensara absurdamente, alocadamente. Otra vez los adverbios terminados en “mente”. Pasé el lápiz sin punta para tacharlos, pero fue imposible, por el lápiz sin punta y porque esas palabras no estaban escritas, sino estaban pasando dentro de mi cabeza.

*Dentro de mi cabeza.* Rápido, un lápiz. Ninguna librería abierta un domingo de noche, ningún solo peso en mi bolsillo. Un periodista tomaba nota de lo que gesticulaban los testigos. Le robé el bolígrafo estampado con el logo de un famoso hotel. Ahora mi letra era cursiva, había que terminar de llenar los espacios en blanco rápido, porque o si no se encontrarían las dos realidades y no sucedería nada, el tiempo se estancaría tal vez. ¿Con “be” o con “ve” se escribe “absorber”? Con “b”. Absorbí mis lágrimas y anoté lo que quería que ocurriese, mamá muerta, no, no me agrada, mamá





me mataría si supiese que yo la maté porque lo escribí, así que terminé el cuento con un final inesperado, Palo aún sobre el cadáver, los de la moto que tenían la culpa hablando con la policía, los de la ambulancia abriendo las puertas, un montón de curiosos acercándose y sacando fotos con su celular, el auto de costado, desnudando ruedas y ejes al mundo yo leyendo mi Moleskine, y la lluvia de pirañas, devorándonos a todos ✕



**Mía Castagnino**

Nació en 1992. Publicó una novela a los 14. Dice que si no escribe, muere.  
[www.miacastagnino.wordpress.com/](http://www.miacastagnino.wordpress.com/)

MARCOS TRINIDAD

.....

## LA ABUELA CAMINA MUY RÁPIDO

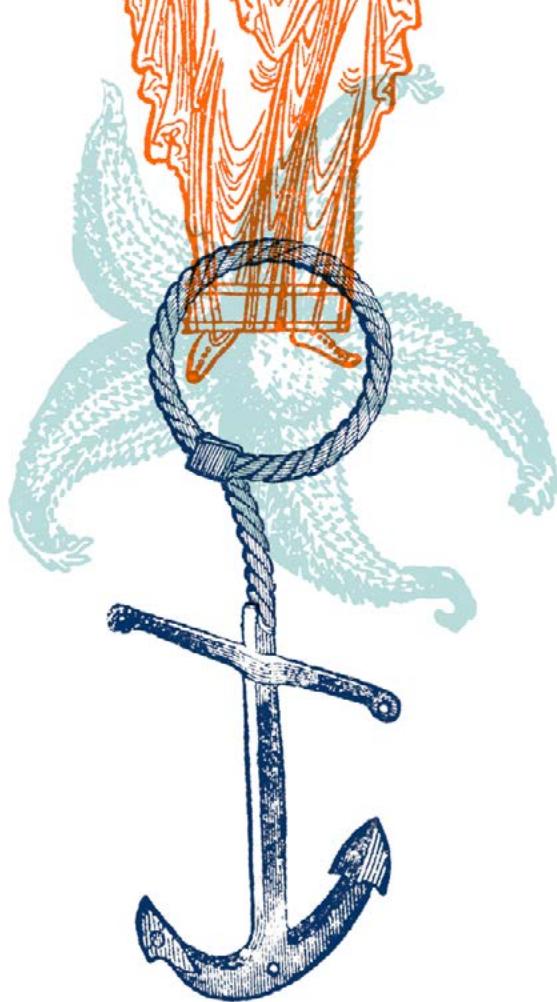
---

La abuela decía que todo le salía mal. La escuché repetir y repetir lo mismo un montón de veces. Yo nunca supe qué era lo que le salía mal. Yo la veía siempre igual. Siempre hacía las mismas cosas. Decía también que cada vez estaba más enferma. Eso capaz que era cierto, pero lo que pasaba era que ella, porfiada como es, nunca les hacía caso a los doctores. “De algo hay que morir”, decía, y comía y hacía cualquier cosa.

Empezó a culpar de todo eso que decía que le pasaba a la estatua de la virgen que tenía en el rincón de la cómoda. Porque ella cree mucho en esas cosas. Yo la escuché decir algunas veces que cree en Dios. Pero cree más en otras cosas. Una vez encontró una botella con un olor horrible en el patio del frente, y enseguida dijo que eso era una macumba, que alguien le quería hacer daño. Ella piensa que las cosas malas pasan por culpa de macumbas o de vírgenes malas, y que las cosas buenas pasan gracias a los santos. Capaz que por eso trajo la virgen, pensando que era buena, y después se dio cuenta de que era mala. Nunca supe de dónde la sacó ni por qué la tenía ahí. Pero nunca me animé a preguntarle.

Yo me imaginaba a la abuela muerta de miedo, de noche, con las luces apagadas, sabiendo que la estatua estaba ahí, mirándola. A mí me hubiese dado mucho miedo. Pero yo soy miedoso, y más de noche. Siempre tengo pesadillas. A veces sueño con una casa vieja. Yo ando por la casa y tengo miedo. Hay un lugar de la casa que tiene algo malo, y yo trato de no ir a ese lugar, pero siempre termino ahí. Por suerte, antes de ver lo que hay en ese lugar, me despierto. De día no tengo miedo porque me la paso jugando. Cuando mi madre no trabaja y se queda en casa, me deja salir y jugar en la vereda con mis amigos. Los días que trabaja, la que me cuida es la abuela, y no me deja salir, así que tengo que jugar solo o mirar la tele con ella. Uno de esos días, mientras mirábamos la tele, me dijo que era la virgen la que le estaba haciendo mal, y que como era la virgen del mar, para deshacerse de ella tenía que ir y tirarla en el mar, para que no se enojara. Se quedó mirando la estatua y me dijo: “Me la tengo que sacar de arriba hoy mismo. Vamos a la playa.”

Envolvió la virgen en una bolsa negra de basura, agarró la cartera, se la colgó al hombro y la apretó fuerte abajo del brazo, como hace siempre, para que no se la roben. Me puso un buzo y salimos rumbo a la parada. Esperamos diez minutos más o menos. Subimos al ómnibus y yo me senté contra la ventana. La abuela no hablaba nada. Apoyó la virgen en el piso del ómnibus y la apretó con los pies y puso la cartera en la falda y las manos sobre las rodillas y miraba para abajo. El viaje fue bastante largo pero ella estuvo así todo el rato. Sólo en un momento me miró para decirme que me sentara bien, que tuviera juicio, porque yo me había arrodillado en el banco del ómnibus para quedar más alto y ver por la ventana una moto cross, de ésas que



son para el barro, que a mí me encantan, y que iba al lado del ómnibus, pegadita.

Cuando bajamos del ómnibus, la abuela me agarró fuerte de la mano porque había que cruzar una calle con muchos autos. Yo no veía la playa por ningún lado. Mientras esperábamos que cambiara la luz de un semáforo, le pregunté si teníamos que tomar otro ómnibus y me dijo que no, que teníamos que caminar. A mí no me gustó nada eso, porque la abuela, aunque es renga y muy chueca, camina rapidísimo. Hace todo rápido, pero lo que hace más rápido es caminar y limpiar.

Me llevaba casi arrastrando. Caminábamos y caminábamos y yo nunca veía la playa, y ya me estaban dando ganas de llorar cuando por fin vi el agua. Yo esperaba ver arena, pero llegamos a un lugar de la Rambla que no tenía arena. Donde terminaba la vereda había un barranco, y cuando miré para abajo vi sólo agua y rocas. La abuela se sentó en un banquito de esos que hay en la Rambla y miraba mucho para los costados. Creo que estaba esperando a que no hubiese nadie cerca para levantarse y tirar la virgen al agua, porque la abuela es muy vergonzosa, y no le gusta que la vean hacer sus cosas. Yo me senté al lado de ella y después de un ratito me agarró de nuevo muy fuerte de la mano y fuimos hasta el borde de la vereda, desde donde se veía el agua y las rocas. La abuela sacó rápido de la bolsa la estatua de la virgen y la tiró. Entonces pasó algo feo. Cuando cayó en el agua, la virgen se partió al medio. Las piernas se hundieron rápido, pero el resto del cuerpo quedó flotando. En el momento que se partió, la abuela dio un gritito. “¡Ay!”, dijo. Yo la miré y me pareció que se estaba limpiando una lágrima; tenía una mueca rara en la boca. A mí lo que más me molestaba era caminar de nuevo hasta la parada del ómnibus. La abuela es chuequísima, pero camina muy rápido. También me molestaba pensar en la virgen partida, y en la mueca de la abuela ✕



#### **Marcos Trinidad**

Nació y vivió siempre en Montevideo. Es empleado y estudiante de Ingeniería. Dice que casi todo su tiempo libre lo pasa leyendo ficción. Su autor favorito es Cormac McCarthy.

KAREN FOGELSTRÖM

.....

# TWEETS DESDE ISLA DESOLACIÓN

---

Sólo puedo atribuir el haberme guardado esta información durante tanto tiempo a mi inconfesa vanidad. Abrigaba la secreta esperanza de que la comunidad científica y el mundo en general quedaría boquiabierto cuando expusiera los hechos y los diera a conocer. Avergonzado por esta conducta, tomaré el camino contrario: comparto anónimamente la información que tengo y dejo las glorias del reconocimiento a quien quiera hacerse a la mar en busca del tesoro.

Les ruego tomen mis palabras en serio. Para que no confundan un verdadero hallazgo con las divagaciones de un anciano senil, debo necesariamente relatarles cómo han llegado a mí los datos que expongo.

Contemplar el vuelo de las aves suele ser una actividad relajante, que el común de los mortales practica una vez al año mientras descansa el cuerpo y la mente de la rutina laboral, asoleándose en alguna costa marina.

No es este mi caso. Estudiar las aves migratorias constituye para mí un desvelo, un enigma que requiere solución, un universo en el que aún queda todo por descubrirse.

Llevo veinte años dedicados a la observación del *Limosa haemástica*, más conocido como zarapito, becasa o simplemente “playerito”. Es un ave de tamaño pequeño, color parduzco y canto sin atractivo que no ha conquistado demasiado afecto entre los ornitólogos, quienes la han subestimado y tomado por una anodina ave gris más. Ahora que lo pienso, son estas mismas características las que han despertado mi simpatía: yo también soy un espécimen sin atractivo, anodino y desprestigiado.

Hace algunos años, en las costas canadienses de la Bahía de Hudson, estaba haciendo el relevamiento estival de especies marcadas, cuando descubrí adherido al anillo de la pata de un macho joven un pequeño papel enrollado envuelto en plástico. La curiosidad me obligó a quitarme los mitones con un movimiento rápido, ávido de leer las palabras que alguien hubiera enviado por tan extraño medio. Estaba seguro que encontraría un mensaje de alguno de los escasos colegas que compartían mi afición. Sabía de oídas que solían gastarse bromas remitiéndose notas de esta forma, pero nadie había hecho esto con mis “playeritos”.

La realidad supera en ocasiones nuestra más febril imaginación. El papelito, minúsculo, contenía solo unas pocas líneas escritas en español, en la caligrafía más pequeña que un hombre pudiera realizar. Decía, y voy a transcribirlo textual, pues aún poseo el rollito blanco, al que cada tanto releo con cariño:

“A quien reciba este mensaje, favor de comunicar al capitán de corbeta Ramírez que mantenemos posiciones en la Isla. Se han agotado las reservas. Solicitamos relevos.”

La firmaba el suboficial primero Cárdenas, quien, quizás por falta de espacio, había omitido la fecha, la cual me hubiera orientado a saber desde dónde procedía la nota. El “playerito” recorre de punta a punta el continente americano, por lo que podía haber sido interceptado en cualquier momento de su recorrido.



Guardé el mensaje con la esperanza de investigar cuando dispusiera de tiempo y dedicué el resto del día a hacer anotaciones y registros. A la mañana siguiente, mi sorpresa fue mayúscula, al encontrar la nota repetida en tres aves más. Ya no podía tratarse de una broma. Atrapar aquellos pajarillos no es fácil, y evidentemente quien remitía los mensajes, sabía que muchos de sus ejemplares no sobreviven los agotadores vuelos.

Sentado frente a un mapa coloreado con las diversas corrientes migratorias conocidas del ave, decidí que la nota debía proceder desde Argentina o Chile, pues allí los ejemplares anidan, siendo más fácil capturarlos, y porque en el extremo sur ambos países poseen islas. Si mi teoría era correcta, las notas habían sido escritas en un lapso de entre seis meses a un año y medio atrás. Nada conocía de la situación política de los países latinoamericanos. ¿Era posible que estuvieran atravesando una guerra que desconocía? Con seguridad aún si hubiera escuchado algo al respecto, salvo que mis playeritos estuvieran involucrados, esa noticia me habría resultado irrelevante.

¿Debía informar a alguna autoridad? ¿Qué datos certeros poseía para ir a una oficina pública? Ninguno. Bien podría ser alguna broma perpetrada por jóvenes que vivían a dos cuadras de mi casa y se divertieran de aquella manera. Ya lo he dicho, me llevo mejor con las aves que con los seres humanos, y la sola idea de ser tomado por loco me impidió comprometerme con el asunto. Tomé el mismo camino que con mi trabajo científico: recopilar, anotar, observar, reunir evidencias científicas. Así fue que se formó este pequeño cuaderno de anotaciones que hoy tengo delante y me atrevo a compartir.

Los extraños “telegramas” o “tweets”, como me gusta denominarlos, siguieron llegando durante años, con mis pajaritos, cada verano. Los he acomodado en el orden en que creo que fueron enviados, no así en el que fueron recibidos. Sé ahora que estas aves tienen ritmos de migración muy desparejos. Algunas vienen directo desde el hemisferio sur casi sin detenerse, y otras hacen una parada en el norte de Brasil en la que pueden demorarse años. Estoy además convencido que la que ha acabado en mis manos debe haber sido tan solo una pequeña parte de la correspondencia enviada.

Desconozco si colegas de otras partes del globo han encontrado mensajes similares.

Transcribo a continuación las notas recibidas:

“A quien reciba este mensaje, favor de comunicar al capitán de corbeta Ramírez que los hombres se están amotinando y amenazan con pasarse al bando contrario. Suboficial primero Cárdenas”

“A quien reciba este mensaje, informar a la armada chilena que nos rendimos y entregamos la isla. Vengan por nosotros. Prisionero de guerra Cárdenas”

“Al ejército argentino y a la armada chilena, ¡váyanse a la puta madre que los parió! Cárdenas”

“Informamos que ante la falta de respuestas, hemos declarado la independencia de la isla. Presidente Cárdenas”

“Invitamos a hombres y mujeres (sobre todo mujeres) a venir a vivir a nuestra isla. Hay agua, comida, trabajo en el campo y hombres sanos y fuertes. Se requiere buena presencia”

“En orden de evitar una tragedia, les pedimos que nos envíen pobladores. Aceptamos cualquier mujer mayor de edad. En caso contrario, los hombres amenazan con provocar desperfectos en el faro”

“Por desperfectos en el faro, lamentamos informar el hundimiento de 3 veleros y 2 yates. Hay un total de 11 sobrevivientes. Fueron rescatadas ilesas 9 mujeres. Los otros dos llegaron a nado por sus propios medios”

“Faro funcionando hasta nuevo aviso. No se reportan fallecimientos. 3 matrimonios. 5 nacimientos. 1 divorcio. Presidente y Juez de Paz Cárdenas.”

Aquí se interrumpieron las notas durante dos años, por lo que me atreví a enviar un rollito el verano siguiente. Tras pensar largamente las escasas palabras que entraban en el limitado espacio de papel, garabateé:

“Recibí sus notas. ¿Necesitan ayuda? Puedo rescatarlos. Envíen ubicación.”

Un año más tarde, en las frágiles patas de los playeritos, encontré la respuesta y última comunicación mantenida hasta hoy:

“¿Ahora contestás? Estamos bien, la comunidad crece y somos felices (a veces). No necesitamos nada de vos ni del mundo. Emperador supremo Cárdenas” ✕



### **Karen Fogelström**

Nació en 1976 en Bariloche. A los 18 años se radicó en Buenos Aires para cursar sus estudios universitarios en la Universidad de Buenos Aires, donde se recibió en el año 1998 de Diseñadora de Imagen y Sonido. Realizó trabajos de asistencia en el área de dirección para producciones publicitarias y de cine. Se perfeccionó como guionista en el taller “Escribir cine”, junto a la escritora y guionista ganadora de un Oscar Aída Bortnik y el cineasta también ganador del Oscar Juan José Campanella. De sus trabajos como guionista se destaca el guión *El Tao de Tití*, seleccionado por Ibermedia en el año 2011 en el rubro “Desarrollo”. Su guion *Aguante* es selección oficial en 2013 para el festival de cine de Oaxaca, México. Actualmente da clases y escribe. Está casada y tiene 2 hijos.



*Cuentos Categoría*

**SUB 17**

46 - 62

---

PILAR VILLARMARZO

---

# ENTRE SOMBRAS

---

Levanta la mirada de su libro cuando ve la sombra que se proyecta en él. Emilia ha aprendido a ver a través de las sombras, a saber quién se acerca sin necesidad de moverse. Las conoce muy bien. Sabe que la de su padre es opaca y ruidosa, y la de su madre, delgada y ágil. Esta vez, la sombra que se acerca va taconeando con prisa y Emilia sabe que están a punto de cerrar la biblioteca, por lo que guarda su libro al tiempo que la sombra da golpecitos en el suelo, impaciente por cerrar e irse a casa.

Emilia sabe que nadie contemplará su sombra alejarse porque, como ella, es débil y silenciosa y parece estar siempre diciendo *Emilia, alguien como vos no merece tener sombra*. A veces, incluso ella lo cree.

Mira el reloj. Las ocho. No es hora de volver. Imagina lo que estará ocurriendo en ese momento: su padre llegará a casa, su madre, nerviosa, servirá la cena. Emilia se estremece. Sabe que no le conviene regresar antes del comienzo del programa de deportes, así que rodea el edificio de la biblioteca hasta la parte trasera, busca las llaves en su bolsillo y, asegurándose de que no hay nadie cerca, las introduce en la cerradura y entra. Luego, toma del bolso su linterna y su libro y se acurruca en un rincón, camuflada por las estanterías repletas que la protegerán de cualquier sombra. Se sumerge en la lectura y deja pasar las horas.

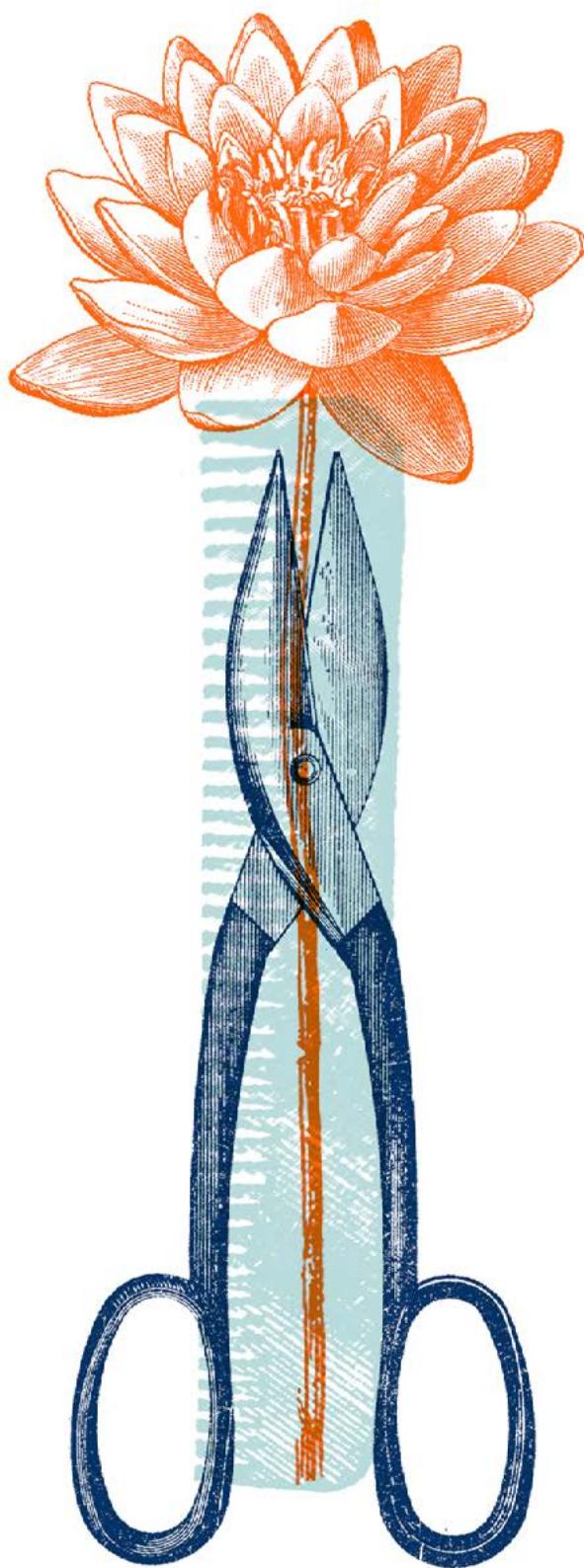
Así son las cosas para ella. Siempre lo han sido.

Luego vuelve a casa. El olor desahuciado de gritos y alcohol la traspasa, la lastima. Entre las sábanas, íntimo refugio, escucha pasos al otro lado de su puerta e, inmóvil, se esconde entre ellas a la espera de que él no se meta en su cuarto esa noche.

Sabe que no podrá dormir. El sonido metálico de las tijeras en su mente no la dejará. *Piojosa* y las tijeras y el *chic chic* al cerrarlas y abrirlas y luego el *brrrrrrrrrrr* de la máquina y su pelo cayendo como catarata sobre el suelo y *así vas a aprender a no contagiarte, mugrienta* y otros niños riéndose y burlándose y empujándola y sus lágrimas que se atorán en sus ojos y él que la sigue dejando rapada y ella que a escondidas roba una vincha y se la pone sobre su cabeza vacía y *no seas ridícula*, y las otras niñas con pelos largos y trenzados y sus lágrimas y Emilia que ya no sabe si llora la niña pequeña o llora ella, atrapada bajo el cuerpo de él que ahoga sus gritos con las mismas sábanas en las que ella se escondió.

Emilia intenta no mirarlo a los ojos. Los aprieta con fuerza antes de abandonarse a volar muy lejos, salir de su cuerpo que la encierra. Oye el suave sollozo de su madre en el cuarto de al lado y odia esas lágrimas. Odia a su madre por llorar y odia ese llanto que le hace saber que ha perdido y que está sola ✕





**Pilar Villarmarzo**

Pilar tiene diecisiete años. Es de Canelones, Uruguay, y está por terminar el bachillerato. Dice que “desde siempre le ha gustado escribir y que su meta es superarse; que pone lo mejor de ella en cada texto”.

VICTORIA FERRERO

.....

# LA INMORTAL

---

Eran las diez de la mañana del día siete de junio de 1936 cuando Dolores Mora Vega supo que moriría.

La menor de las sobrinas abrió la pesada puerta del fondo de su casa y encontró lo que esperaba: una habitación oscura, donde la pintura de las paredes se encontraba desgastada por la humedad y el olor a encierro era casi insoportable; en el centro, un inmenso lecho y, entre medio de las cobijas, un insignificante ser. Encontró la sombra de lo que alguna vez había sido la mimada, aunque muy talentosa, Lolita.

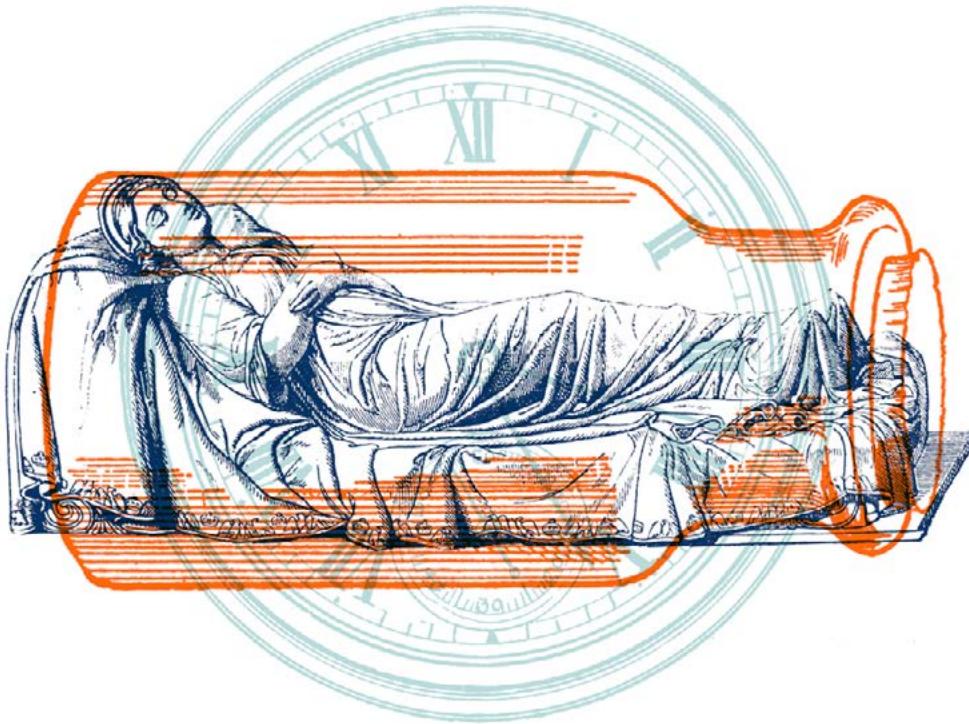
La juventud y vitalidad habían abandonado a la anciana enferma y el paso del tiempo había dejado testimonio en su cuerpo, tallando finas arrugas en sus manos, como también alrededor de su delicada sonrisa y sus ojos profundos. La fuerza, la voluntad y la osadía de esa mujer estaban ahora reducidas a un estado de inconsciencia casi permanente. Mientras la dificultad que le ocasionaba el sólo hecho de respirar se incrementaba con el paso de los días, sus sobrinas aguardaban su muerte.

Sin embargo, la anciana pudo oír a la menor de sus sobrinas entrar a la habitación, así como también ver la expresión en su rostro al observarla en tales condiciones. La joven habló. Con la dulzura y la paz que la caracterizaban le comunicó a su adorada tía que saldría a la calle y que no demoraría su regreso. Esperó una respuesta, pero al no tenerla se retiró, disimulando la lágrima que brotaba de sus ojos.

Doña Dolores había quedado sola en la casona, postrada en su cama, inmóvil, con los ojos cerrados. Hacía casi un año que la mujer se encontraba en ese estado; había sufrido un ataque cerebral el pasado agosto... ¿era agosto o septiembre?, le costaba recordarlo. Sí, había sido en agosto, durante la celebración por el octogésimo quinto aniversario de la muerte del General San Martín. Desde el incidente había estado viviendo en la casa de las hijas de su hermana Paula. Hacía mucho tiempo que Lola no conversaba con Paula, como solían hacerlo de pequeñas bajo aquel cielo tucumano; además no recordaba haber visto a sus padres desde los dieciocho años. ¿Dónde estarían en ese momento? ¿La habrían olvidado ya? No... los padres no olvidan a sus hijos.

Un extraño escalofrío y un dolor punzante en su mano derecha interrumpieron sus pensamientos. Lentamente abrió los ojos y dirigió su mirada hacia el lugar del dolor. Se sorprendió al ver que sus arrugas habían desaparecido y el color de su piel ya no era el mismo. Completamente blanca y rígida, cual mármol, su mano relucía, como si hubiese sido pulida por el mejor artista. Sonrió. Miró el reloj de péndulo de la pared: las diez de la mañana.

Nuevamente cerró los ojos. Recordó Roma, su taller (en el número 3 de la Vía Doga, imposible olvidarlo), aquellos grandes bloques de piedra que se imponían ante sus ojos, para luego ser convertidos en magníficas figuras. Sintió estar viendo



una fuente majestuosa, estar acariciando delicadamente aquel fino mármol de Carrara, estar tallando los cuerpos perfectos de las ninfas que componían la escultura.

Un nuevo malestar la intranquilizó. Ahora, sus piernas tenían la misma textura y color de su mano. Delgadas y en actitud de danza, sus extremidades se hallaban completamente rígidas y heladas. La mancha pálida que iba petrificando cada parte de su cuerpo avanzaba en dirección a su abdomen. Sin embargo, ella sólo sonrió.

La imagen de la fuente retornó a su mente. Había un rostro conocido entre tantas esculturas; aquel perfil que había incluido en un relieve alegórico al 9 de Julio, entre los próceres que juraban la Independencia. ¿Cómo había osado esculpir el rostro de su protector, el General Julio Argentino, en el elegante bronce? Lo había hecho con un propósito de gratitud hacia quien la había tratado con tanta amabilidad. ¡Cuánta admiración sentía por aquel hombre! Lo distinguía como un estratega íntegro, incorruptible, cuya sola figura producía respeto; nunca desviaba la mirada, enfrentando cada obstáculo. Sin prejuicios, el General la había apoyado en todo momento, atendiendo sus necesidades y amparándola de la sociedad, en la que uno debía ser hombre para ser considerado. Lo único que a Doña Dolores le disgustaba de Don Julio era el hecho de que sólo actuaba con la mente, con estrategias: todas sus decisiones eran engranajes de un gran mecanismo; jamás veía personas sino individuos. ¿Dónde estaría en ese momento? ¿La habría olvidado ya?

Una opresión en el pecho que le impedía respirar detuvo su memoria, sus recuerdos. Se estremeció con asombro, al observar su figura desnuda, transformada en la de una esbelta jovencita. Toda la superficie de su piel había abandonado su color natural y su cuerpo, completamente paralizado, resplandecía.

Luego de unos minutos, la menor de las sobrinas ingresó nuevamente a la habitación. Quedó inmóvil en el umbral, observando perpleja la escultura en bulto de una muchacha que sonreía plácidamente, desde el mármol blanco. La figura de un ser inmortal se distinguía entre las sábanas.

¿Dónde estará en este momento? ¿La hemos olvidado ya? ✕



#### **Victoria Ferrero**

Nació en 1997, en Capital Federal. Dice que desde pequeña siente por la literatura un inexplicable interés, que no se aleja de la admiración. Asiste al Colegio San José de Buenos Aires, donde cursa cuarto año de bachiller y concurre al taller de literatura. Su inclinación hacia la escultura argentina la indujo a escribir este cuento.

JUAN AGUSTÍN OTERO

.....

## LO ETERNO DE FUST

---

Asiduo de la confitería El Molino, conocedor incansable y entusiasta del otoño: así me describieron a Juan Fust. Me contaron entonces también que entre sus múltiples oficios destacaban los de falsificador de cuadros y vendedor de antigüedades. Sólo unos meses después me enteré que además era escritor.

De su obra, extensa por cierto, lo más notable eran dos ensayos: el primero, *Las odas fluviales*, versaba sobre una amplia variedad de poemas; el segundo se titulaba *Borges y lo misterioso en los objetos*. Las reflexiones sobre el autor nacional habían sido editadas por vez primera en 1983... Fue extraño cuando descubrí que *Las odas* databan del año 1901.

Ya otros me lo habían advertido: Juan Fust era un hombre eterno. Desde un primer momento, me pareció curioso que no lo llamasen inmortal. Creo que fue ése el enigma que me inspiró a explorar su increíble existencia.

Clausurado El Molino, Fust mudó sus aposentos a Clásica y Moderna. Lunes, miércoles y viernes, él disponía de su mesa. Llegaba a las cinco, se sentaba junto a la ventana y fingía leer un libro esperando la debida atención de los parroquianos, siempre intrigados por lo obscuro de su vida, admirados de su conocimiento infatigable. Era un sujeto canoso, prolijo y artero para presentarse y disertar. Muy seguro, clamaba haber nacido hacía doscientos años en una localidad cercana a la ribera del Plata. Siete veces casado, siete veces viudo, Fust juraba haber amado a todas sus esposas por igual y lamentaba no haber podido darle a ninguna un solo hijo.

Pese a sus abundantes seguidores, no dejaba de notarse que era un hombre solitario. Naturalmente, siempre me resistí a la tentación hipnótica de su mito, pero a veces, sin saber bien por qué, creí sentir que era real. En más de una oportunidad, atribuí esa soledad a su alma acrónica, a lo insoportable de su presente, en el que discurrían todos los tiempos como un mismo momento indiferenciado.

Mis acercamientos a Fust fueron algo tímidos en un comienzo. Debieron transcurrir dos inviernos hasta el día en que me invitó a participar de su exclusivo coloquio; no fue fácil lograr su aceptación. Coincidencias y afinidades nos hicieron amigos, aunque sé que sólo por casualidad conocí su secreto.

Un jueves de septiembre lo encontré derrotado en el café. No era común dar con él fuera de los días en que su mesa estaba reservada. Su semblante aparecía más triste que de costumbre y sus ojos erraban por los rincones del lugar. Al verme me saludó y casi por obligación me senté a su lado. Quise animarlo trayendo a colación sus intelectualidades favoritas: la historia de los relojes y las figuras literarias exóticas. No tuve éxito. Me proponía intentar con algo distinto, cuando me interrumpió y me dijo: debes saber que hablas con quien jamás ha sido.

Entonces me lo confesó: Juan Fust era una invención, Juan Fust habían sido su



padre, su abuelo y quién sabe cuántos más de sus antepasados. Un desmesurado y antiguo amor paterno-filial habría despertado su quimérica existencia. Sin embargo, él mismo ignoraba el inicio de la tragedia: no podía decidir si era él primero en realizarla o si más bien, era el último en admitirla. Las siete mujeres y los doscientos años eran arbitrarios, el patronímico trascendía las épocas, las vidas que habían tomado su forma: era eterno. Pero esa eternidad era una pérdida constante, el incesante desplazamiento de los espejos en los que se había desdibujado su identidad con el fin de perpetuarse.

Amargo y adusto, Fust agregó que no podía confirmarse en ningún carácter, en ningún quehacer, que se extrañaba de sí mismo. Todo le parecía ajeno y se sentía en las fronteras del alma, siempre al borde de una realidad que no alcanzaba. La conversación terminó abruptamente; no supe que contestarle.

Ésa fue la última vez que lo vi. Unos días más tarde pregunté por él: me contestaron que se había ido de vacaciones a La Cumbre en Córdoba y que no volvía sino para comienzos de noviembre.

Dos semanas después de aquella conversación, cuyo final sólo recuerdo vagamente, una carta en un sobre de papel cobrizo llegó a mi apartamento. Se me informaba que Juan Antonio Fust había fallecido de cáncer de próstata el martes pasado.

Me había resignado a olvidarlo...

Pero a principios de noviembre un hombre canoso, bien vestido y diletante reapareció en la mesa consagrada. Y aunque todo pareció prestidigitado, no pude evitar la sorpresa. Todos lo reconocimos apenas se sentó allí: como Holmes había regresado desde las tinieblas. Entonces comprendí que todos éramos cómplices del secreto ✕



#### **Juan Agustín Otero**

Formado en el instituto alemán Cangallo Schule, fue reconocido por el Ministerio de Educación ("Camino del Mercosur" 2011), por el Ente Regulador de Servicios Públicos de la Ciudad (Concurso "Ciencia Ficción en la Ciudad" 2011), la SADE, Filial Junín ("Concurso de Cuentos" 2013), entre otros.

CAMILA RAZETTO

.....

# ADVENIMIENTOS

---

## Primer recuerdo

Me despierto como todas las mañanas: esperando el desayuno que prepara mi mamá. Ella cumple una simple rutina todos los días, todas las semanas, durante todo el año. Se va muy temprano un poco antes del amanecer y vuelve para la puesta de sol. Normalmente trae dos o tres raciones de comida para ambos, divide minuciosamente las porciones y las colocaba a un costado de la pequeña habitación en la que vivimos.

Hacía bastante tiempo que no mantenía una conversación extensa con mi madre. Por lo menos desde que mi padre abandono la casa hace ya unos años, según lo que ella me dijo en su momento. ¡Siempre me contaba historias sobre él y sus grandes hazañas! Pero ahora cada vez que le pregunto la razón de su ausencia ella se torna distante. Puedo apreciar una mirada de ausencia muy profunda, como si el aura de luz y alegría que siempre llevan sus ojos desapareciera en milésimas de segundos, dejando caer simplemente algunas lágrimas. En esos momentos siempre acaricia mi pelo y me pide que salga a jugar al jardín por un rato hasta que llegue la hora de la cena. Hoy no fue distinto.

Mientras cenamos simplemente me comenta sobre las cosas que había visto en el pueblo. Un pequeño sitio a unos cinco kilómetros de mi casa.

Nunca nadie viene a este lugar y mamá me dice que hasta que no sea mayor no puedo irme más allá de los límites de nuestro jardín. Estoy acostumbrado a divertirme en soledad.

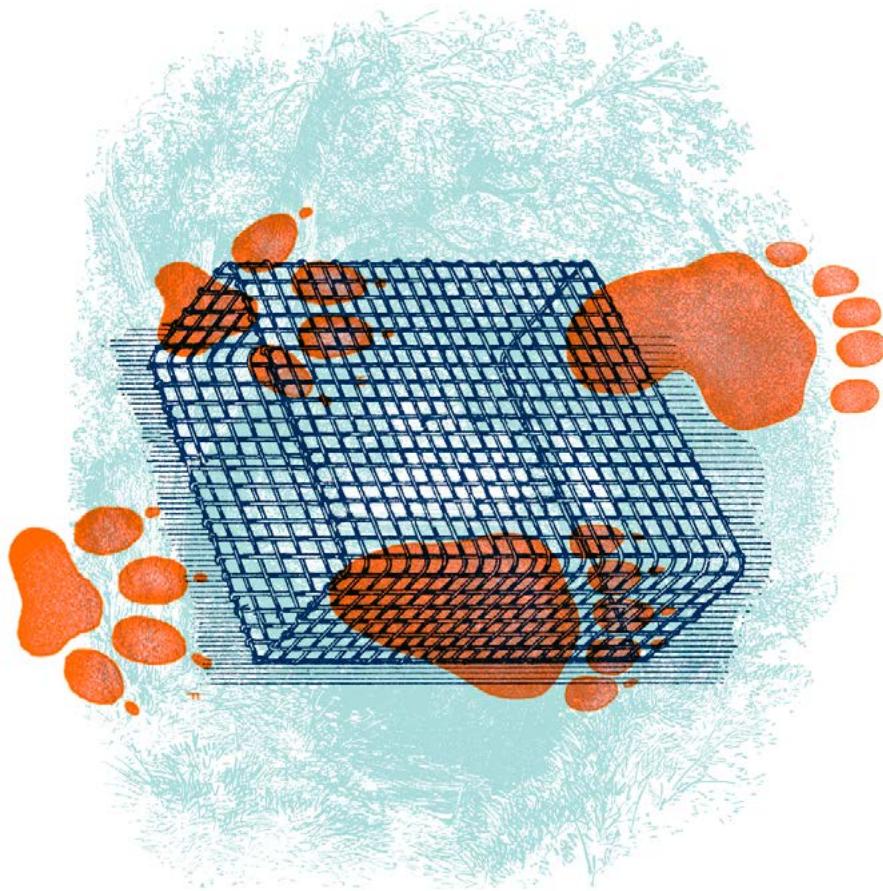
A veces ella se tomaba la labor de quedarse en casa por uno o dos días para hacerme compañía y enseñarme a resolver conflictos que podrían presentarse en mí vida. Algunos días volaba por las nubes y me contaba historias sobre seres raros que no podían convivir con otras personas debido a la incomprensión y crueldad de algunas de ellas.

El deseo de que mañana sea uno de esos días...

## Segundo recuerdo

Hoy es un día lluvioso. Odio la lluvia, hace que me sofoque. El solo pensamiento de un posible contacto con el agua me atemoriza. Nunca me sucedió nada como para decir que es así por alguna causa en particular, simplemente la odio. Una vez traté de estar afuera debajo la lluvia pero no pude mantenerme bajo ella más de dos segundos antes de salir corriendo crispado hacia debajo de mi cama.

Mamá sale de todas formas. Aunque a ella tampoco le gusta mucho puede soportarla. Creo que nos estamos quedando cortos de alimentos y es por eso que no tiene otra opción más que la de salir en busca de algo para comer.



Es extraño, ella nunca vuelve después de la puesta de sol, y si piensa hacerlo siempre me avisa, supongo que lo mejor es reposar un poco hasta su llegada.

Despertar con ella a mi lado...

#### Tercer recuerdo

Ya pasaron tres días y mi madre no ha vuelto... Tengo hambre y las primeras nevadas abren paso al fuerte frío del invierno. Tengo miedo, ella nunca estuvo lejos tanto tiempo... ¿Pudo haberle ocurrido algo? Es extraño, es muy cuidadosa y precavida.

Intento dormir para que el tiempo pase más rápido, pero simplemente no puedo, siento que el pecho se me oprime y me cuesta respirar, ¿Dónde estás mamá? ¿Te fuiste con papá?

Debería hacer caso omiso a las advertencias de mi madre e ir al pueblo a buscarla... Tal vez rebuscar un poco en el bosque que está aquí cerca, puede haberse perdido al distraerse con alguna cosa, ¡Sí!, debe ser eso, ella a veces es muy distraída y tal vez perdió el camino de vuelta a casa.

Tengo que armarme de valor y salir a inspeccionar minuciosamente la zona...

#### Cuarto Recuerdo

Creo que estoy hace más de medio día buscando entre los inmensos arboles de este bosque, por más que grite con todas mis fuerzas nadie responde... La nieve se vuelve cada vez más densa y cuesta mirar a lo lejos, siento que mis fuerzas se pierden y me voy desvaneciendo, si mamá me ve así me va a regañar, no le gusta que me ensucie o que me aleje tanto, pero quiero verla.

Cuando la encuentre le voy a contar como fue la primera helada del año, el pasto se veía hermoso con la pequeña película de hielo brillante, parecía un lugar de fantasías, y ella esperaba con ansias verlo juntos. Siempre me habla de lo bonito y frágil que se ve. Dice que los arboles dan un poco de miedo porque pierden todos sus colores, y es verdad, quiero decirle la sensación que da verlos tan apagados y sin colores.

La nieve está lastimándome los ojos, es tan blanca y hay demasiada, me está costando tanto ver...

Siento que me desvanezco, ¿mamá, vas a venir a buscarme verdad?, así como cuando me metía en problemas y me regañabas por no prestarte atención, volvíamos a casa y nos hacíamos los ofendidos por un rato hasta que terminábamos desistiendo y volvíamos a ser tan amigos como antes.

Todo se ve tan oscuro... Espero despertarme junto a ella esta vez.

#### Quinto Recuerdo

Siento cierta calidez que proviene de mi lado izquierdo, qué extraño, hace unos segundos estaba adormecido echado en la nieve cerrando mis ojos de a poco, ¿Qué es ese olor?, tengo tanto hambre...

Hace tanto que no pruebo un bocado de lo que mamá trae, supongo que me habrá encontrado y me trajo hasta casa, que alegría, estaba tan asustado... Creo que quiero dormir un poco más, todavía no me siento con fuerzas como para levantarme, luego le diré que la amo y que juegue un poco conmigo.

Qué raro... no estoy en casa. Algo me está observando desde el sofá con una mirada muy penetrante e intimidadora, por sus características corporales parece ser uno de esos seres que mamá nombra en sus historias.

Tenía razón, da mucho miedo mirarlos, son tan grandes que con una sola mano podría aplastarme.

Rápidamente al recuerdo las palabras de ella y me arrincono en posición fetal en una de las esquinas del lugar donde me encuentro. Un gran escalofrío recorre todo mi cuerpo y siento mi sangre helada por el temor que me produce esa mirada.

¿Porque no espere un poco más a mi mamá? Tal vez esa ausencia tan extensa había tenido una razón lógica y ella ya estaba en casa.

Luego de unos minutos observándome, toma un objeto rectangular de una superficie. Está dividido en muchas partes y tiene escrituras raras nunca había visto algo semejante.

Por un rato simplemente simuló ignorar mi presencia, creó que noto el terror que sentía...

Me siento agobiado... constantemente siento la necesidad de mirar de reojo las acciones que realiza. Al menor intento de algo poco confiable pienso en tácticas defensivas. Él nunca habla, simplemente me mira.

Deja un plato de comida. Tengo mucha hambre pero no voy a desistir. No confío en nadie más que en mi madre.

La necesidad de sosegarme...

#### Último recuerdo

Ya llevo cinco días en este lugar, el extraño se limita a observarme y de vez en cuando posar una de sus grandes extremidades en mi cabeza, y decir:

“Todo estará bien” ✕

#### Camila Razetto

Tiene diecisiete años. Está cursando el colegio secundario y es la primera vez que participa en un concurso.



LESLIE LANDSBERG

.....

# ESO QUE PASA DESPUÉS DE 22 AÑOS DE NO VERSE

---

Entonces se vieron. Ella desde el ómnibus bajó la cabeza y lo vio, abriendo la puerta y saliendo del auto. Así, casi como si fuera una casualidad. Casi como si una fuerza invisible y desconocida la hubiese hecho mirar. Pupilas dilatadas, corazón acelerado, ella baja del colectivo. Mil emociones recorriendo sus venas, mil sensaciones. Y, por sobre todo, mil recuerdos. Memorias de tiempos pasados, de tiempos despreocupados y felices.

Un pie en el pavimento y un grito, el grito de su nombre. Él también la había visto, y la había reconocido. Había recordado su nombre, y, junto con el nombre de esa mujer, había recordado infinitas anécdotas, historias compartidas que habían quedado en el pasado.

Con sendas sonrisas se reencontraron, después de tantos años. Se dieron la mano incómodamente, para después sumergirse en un abrazo que les resultó más natural. Olor familiar, todavía el mismo.

–Pasaron muchos años, pero todavía me acuerdo de un montón de cosas, che.

–Sí –dijo ella, mirando al piso, casi como si no se atreviera a mirarlo a los ojos– un montón de cosas.

Acordaron ir a tomar un café, para poder hablar un tiempo. Caminado, hablar les resultó mucho más fácil, así es que pudieron contarse algo de lo que había pasado en los veintidós años que habían pasado sin verse.

Llegaron y se sentaron en una de las mesas de afuera, para disfrutar del aire veraniego y de las últimas luces rosadas del día.

–Vos siempre quisiste viajar, ¿no? –pregunto él una vez que los cafés ya estaban apoyados en la mesa que los separaba, con sus profundos ojos marrones expectantes.

–Sí, viajé un poco, por suerte. Y me encantó... pero a veces uno necesita el hogar, ¿no? Volver a casa... Por eso estoy acá.

–Sí, obvio. ¿A dónde fuiste?

–Ehm... Viví en India, en Canadá, en Australia, en París... –ella hizo una pausa y una sonrisa furtiva se formó en su rostro.

–Lo creas o no, todavía me acuerdo de eso.

Ella sonrió abiertamente, no lo había podido evitar, la había sorprendido mucho que él todavía se acordase de su sueño adolescente de vivir en la Ciudad de las Luces.

–Sí –siguió él–, me acuerdo de cuan segura estabas que ibas a vivir allá, no puedo creer que eso haya sido hace tantos años. ¿Cómo fue vivir en el sueño de la adolescencia?

Ella no pudo evitar reírse, recordó su seguridad cuando decía que viviría en

París y sería exitosa. Cuando era adolescente, la realidad era algo lejano para ella, soñaba día y noche sobre sueños inalcanzables.

-Me encantó, es más, sigo creyendo que París en mi lugar en el mundo, es una ciudad tan viva... Fue increíble vivir allá. Pero al final...

-¿Qué?

-La relación con mi novio iba mal, y fui demasiado impulsiva, me sentía sola. Así que dejé todo y vine a casa. Pero creo que voy a volver en algunas semanas. Tengo toda una vida armada allá, *á París*.

-No te ofendas, pero lo poco que me contaste parece una telenovela.

-Sí, ya sé. Siempre fui dramática.

-Tenés razón, como siempre.

Ella ríe, y él ríe con ella. Los sonidos de esas dos risas juntas de nuevo, como dos viejos amigos que extrañaban tocar la guitarra juntos, se mezclaron y sonaron jóvenes y llenos de vida una vez más. Poco a poco, las risas se apagaron y ambos quedaron mirando en las profundidades de los ojos del otro. Se bañaron una vez más en sus sendos ojos marrones, sin que los veintidós años sin verse los molestaran.

-De todos los lugares que me contaste recién, ¿qué fue lo que más te gustó? Además de París.

-India fue interesante, muy diferente a todo lo demás.

-¿Sí?

-Ajá, una cultura diferente, idioma diferente. Los olores son increíbles, desde el olor a perro muerto que hay en algunos barrios hasta los olores de todas las especias exóticas que salen de los mercados, es toda una experiencia. Allá hice trabajo voluntario en un pueblito, la pobreza de los nenes hace que el corazón se te caiga a los pies. Es terrible...

-Me imagino.

-Pero da mucha perspectiva. Uno se replantea muchas cosas. Yo me acuerdo de haber pensado todas las veces que en la secundaria me quejaba de los exámenes, de los trabajos. Muchos de esos nenes nunca tuvieron una prueba. Es muy duro para cualquiera.

-Eso es otra cosa que ya no me acordaba de vos.

-¿Qué?

-Siempre le hacés ver a los demás las cosas de manera diferente. A mí me lo hacías todo el tiempo. ¡Cómo me enojaba cuándo me daba cuenta que tenías razón! Mucho orgullo, ése era mi problema...

Ella ríe. Él la observó, de una manera que rayaba lo calculador, y se dio cuenta que seguía riendo como cuando eran jóvenes. La mano a la cara, las arrugas de la nariz, el sonido de cerdo de cuando en cuando.

-¿Vos?

-Yo, ¿qué?

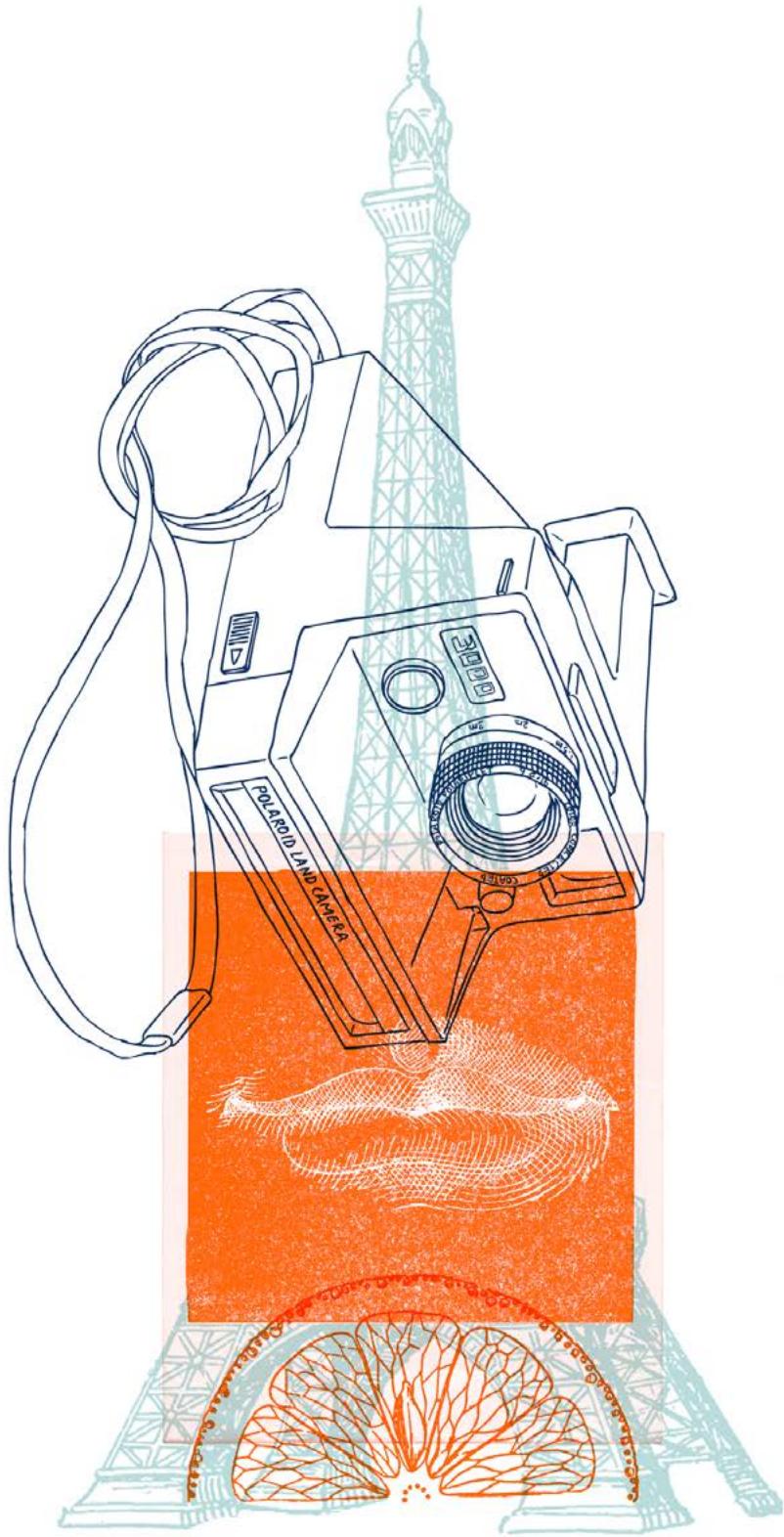
-¿Qué estuviste haciendo todos estos años?

-Estudié, me gradué, trabajé y trabajo. Conocí a una mujer que me pareció perfecta y me casé, tuve hijos. Tres. Todo lo que quería para mi vida en la adolescencia, ser médico para poder hacer de este mundo, uno un poco mejor. ¿Querés que caminemos? Está oscuro.

-Dale.

Su mano agarró la correa de la cartera y se la colgó al hombro. Dejaron los billetes en la mesa y caminaron sin rumbo, como hacían cuando eran adolescentes; caminaban horas, hablando sobre tantas cosas que nunca recordaban como había





comenzado la charla al terminarla.

-Entonces...

-Ah, sí. En realidad, me consideré feliz. Amo a mi esposa y a mis hijos. Trabajo de algo que me llena el alma, que me hace sentir completo, bien.

Poco a poco la conversación giró hacia anécdotas del pasado, muy puntuales. Ninguno de los dos mencionó la indiferencia que había crecido entre ellos hacía veintidós años. No mencionaron tampoco cuánto ambos habían sufrido esa separación. Pero, de esa manera, comenzaron a reconocerse de nuevo. Vieron en el otro ese adolescente que habían conocido hacía ya tanto tiempo, ese adolescente que habían tenido que olvidar a la fuerza del dolor. Y se sintieron jóvenes, se sintieron llenos de vida, como nunca se habían sentido.

Y se amaron de vuelta. Se olvidaron de sus historias, de sus sueños, de sus vidas. Se rindieron a un amor mudo, ambos tenían miedo de decir algo que pudiera alertar al otro de este resurgir de un viejo amor.

-¿Te acordás cuando nos hacíamos los filósofos y discutíamos la naturaleza humana, el origen de todo, la felicidad, todo eso? - preguntó él, después de unos segundos de silencio.

-Sí... Qué diferente pensaba en esos años.

-¿Por qué? ¿Ahora qué pensás?

-Creo en el amor, en la humanidad. Soy más positiva. No soy tan cínica, es demasiado cansador - acompañó la oración con una sonrisa, apenas bosquejaba en su rostro.

-¿En serio? A mí me pasó al revés. Me volví más cerrado, cuestiono cada vez más. Eso me hace las cosas más difíciles a veces. Muchas veces no me animo a hacer lo que quiero.

-Se hizo de noche.

-Sí. Debería ir a mi casa.

-Te acompaño a la parada, dejé el auto ahí.

Caminaron en silencio, ambos pensando en qué decir. Ninguno de los dos había llegado a una conclusión satisfactoria cuando llegaron a la parada del colectivo.

Se giraron y quedaron cara a cara. Ella tenía los ojos brillosos, él recordó que así era cuando estaba a punto de llorar. Él la abrazó, no de la manera que solía hacerlo cuando eran jóvenes, pero era un abrazo al fin.

Él quería abrazarla mejor, quería besarla, quería seguir caminando y hablando, rememorando. Pero tenía miedo, ese miedo adulto que los impulsaba a ser responsables.

Se alejaron y se dijeron que se volverían a ver. Ambos sabían que era mentira; nunca se verían de nuevo.

Ella subió al colectivo, él al auto. Un pie adentro, luego el otro. Pagar el boleto, girar la llave. Ella decidió no mirar abajo, él decidió no recordar su nombre. Y se convirtieron, nuevamente, en dos desconocidos que viajaban en una cálida noche de verano ✕

### **Leslie Landsberg**

Nacida porteña, pero crecida cosmopolita, con pasión por los idiomas y culturas de todas partes.



ANGIE LORENA GONZÁLEZ VÁZQUEZ

.....

## LOS DANKWORTH

---

Hay cosas que marcan tu vida de una forma trascendental. Es impresionante lo que se puede hacer con un lápiz y papel en mano.

Llegado el mes de noviembre, mes en el que cumplo años, todos empiezan a hacer planes, muchos de los cuales sin consultártelos, que si fiestas por aquí, que si fiestas por allá, etcétera. Esa es una de las razones por las cuales no me gusta mucho el cumplir años, lo único que me atrae de ese día es el hecho de recibir regalos.

Estoy a un día de cumplir un año más de mi vida, una vida llena de... aburrimiento. La rutina invade todos y cada uno de mis días, sin sorpresa alguna. Trabajo en una pequeña cafetería a media jornada para intentar solventar mis estudios y ayudar de alguna manera en los gastos de la casa.

Mis planes para hoy son ir a trabajar, después de comer pasar por la universidad a ver las notas de los exámenes pasados y volver a casa a esperar que llegue la hora en que todos comiencen a enviar mensajes.

Suelo leer en el trayecto del trabajo a la "uni" pero hoy hay algo raro, siento como si alguien me estuviese vigilando. Al llegar me pierdo entre la multitud reunida ante la tabla de publicaciones; ya están las notas.

Me alivia el saber que he superado otro semestre más, pero eso no logra apaciguar los nervios que desde temprana hora del día me llevan carcomiendo; tal vez sea por la fecha, aunque aún no logro entender por qué.

Al salir de ahí me encuentro con uno de los chicos de la cafetería, parece querer algo; intento evitarlo.

Pronto descubro que era él quien me estaba siguiendo en el bus; se acerca algo apresurado, aprovechando que el semáforo me detiene.

-Hola... perdona que te moleste pero, quisiera hablarte de algo -me dice mi extraño seguidor.

-Lo siento, pero no acostumbro a hablar con desconocidos.

-¿No me recuerdas? Te prometo que no te quitaré mucho tiempo.

Lo miro dudosamente, intentando recordarlo, cosa que no consigo.

-La verdad que no; no me suenas de nada... -respondo.

-Hace unas semanas fui a la cafetería donde trabajas, y estuvimos hablando; ¿recuerdas?

-¿El chico de los libros? -Él asiente con la cabeza.

Hace un par de semanas se presentó en la cafetería y de la nada comenzó a hablarme; después sacó el tema de un concurso de libros y tal...

-¿Que necesitas? -pregunto finalmente.

-No quiero que pienses mal, pero te he estado observando y he visto que escribes, eso...

–¿Perdona? ¿Cómo que me has estado observando? –Lo interrumpo.

–Mira, déjame explicarte, soy uno de los organizadores de un concurso de lectura; bueno más bien soy algo así como un asistente, pero bueno; el caso está en que sé que va sonar algo raro, pero me llamaste mucho la atención cuando te vi una tarde sentada en la plaza que esta frente a la cafetería, se te veía tan concentrada escribiendo en lo que parecía un bloc de notas, fue por eso que me acerque a hablarte sobre el proyecto. No sé, tal vez tengas alguna buena historia que contar.

–Mira, lo que yo escribo no tiene sentido, la verdad son sólo puros divagues, nada más.

–No pierdes nada intentándolo. Yo sólo te lo comento, porque según me constate te gusta escribir –me dice con una sonrisa vagamente esbozada en sus labios.

–Vale; me lo pensare. –Hago una breve pausa–¿Alguna forma de contactarte?

–Ten, –me pasa una tarjeta de esas que suelen tener los empresarios y abogados– mi nombre es Gael, mucho gusto.

–Mucho gusto, yo soy Elisabeth, pero todos me llaman Beth. Bueno, he de irme.

–Gracias por tu tiempo; y espero tu llamada.

–Descuida.

Eran casi la 17 cuando llegué a casa, y comencé a leer mis apuntes.

Poco a poco los divagues comenzaron a tener sentido. La historia de la joven Amy cada vez me gustaba más.

Amelia Dankworth era una joven, huérfana, con una vida algo fuera de lo normal. Cuando tenía cuatro añitos perdió a sus padres en un lastimoso accidente de tráfico. Los sueños de Amy eran especiales; cada sueño ocultaba una pista, para descubrir su pasado, para descubrir su origen.

No sólo eran los sueños los que volvían la vida de Amy especial, cada tarde al llegar las 19, Amy tenía la costumbre de ir a una pequeña playa cercana al orfanato donde vivía, donde se encontraba en pleno anochecer, con Elliot, un chico que vivía cerca del orfanato, en una pequeña aldea; con quien se conoció meses atrás por casualidad en una excursión, desde aquella vez, cada tarde se citan en ese lugar.

Amy, gracias a la ayuda de Elliot, iba atando cabos para descubrir los secretos ocultos tras sus sueños, para descubrir lo que hay más allá de los vagos recuerdos de su niñez, de lo que las adorables monjas del orfanato le dicen. Las fotos, notas, cartas y muchas cosas más irán abriendo los ojos de la joven, a pesar de que todo acabara hundiendo aun más la vida de la joven Amy; a la par que la de su amigo, y descubrirán que muchas veces las personas no son lo que parecen ser.

Para cuando miro mi teléfono me doy cuenta de que ya hay unos cuantos mensajes esperando a ser leídos; ya son más de las 0:30, sin darme cuenta me entretuve más de lo que imaginaba.

Decido dormir un poco, pues dentro de unas horas he de volver al trabajo.

No sé cómo, se me pasa la hora, el despertar de golpe no viene nada bien. Me preparo a toda prisa, eso sí, sin olvidar la tarjeta de Gael.

A media mañana aprovecho para tomarme un descanso y llamar a Gael.

–Sí? –pregunta una voz masculina al otro lado del teléfono.

–Hola, ¿Gael? –respondo– Soy Beth.

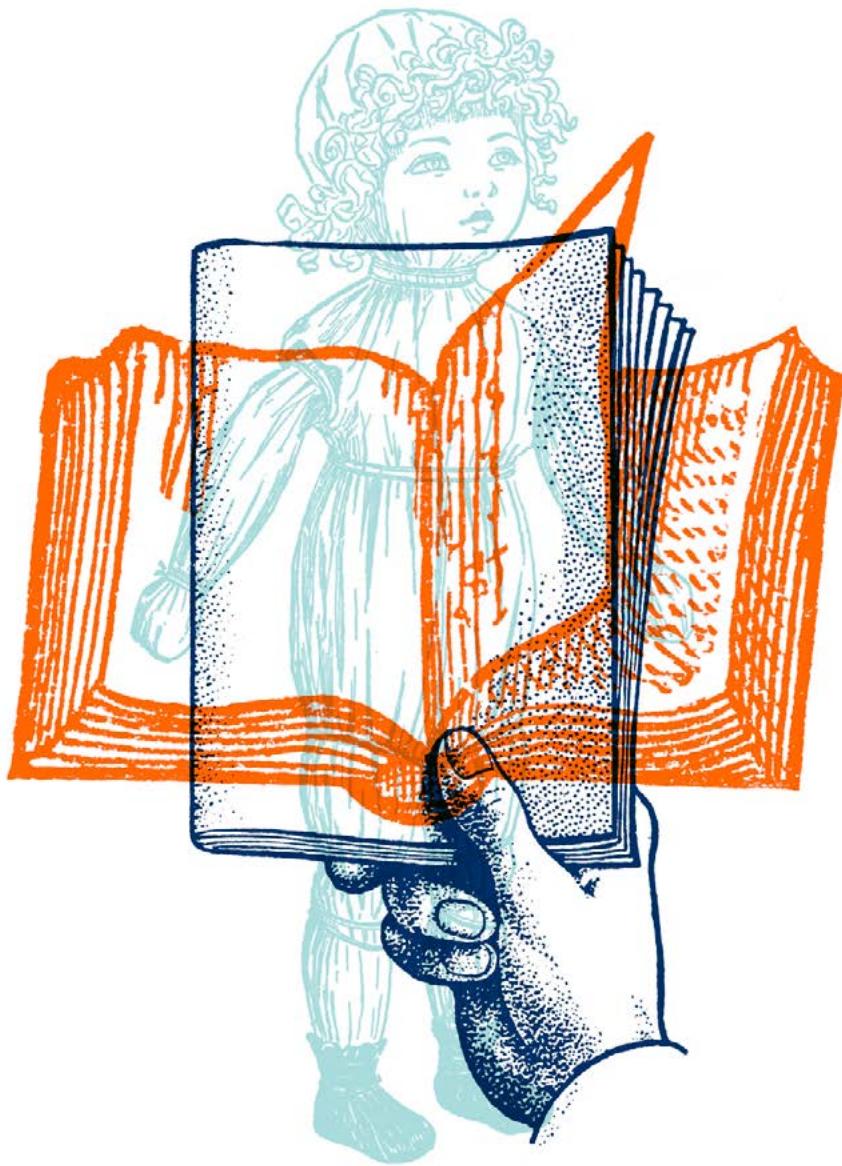
–Hola, ¿qué tal? –contesta– ¿Al final ya te has decidido?

–Sí, justamente llamaba para decirte que ya la tengo lista.

–¿En serio? –dice algo sorprendido– Te parece si paso dentro de un par de horas por ahí?

–Sí, no hay problema.





-Está bien, en cuanto pueda paso.

-Vale, te espero.

Para eso de las 11:30 Gael se presenta con una enorme sonrisa en la cara, como si fuera el cumpleaños, que viene en busca de su regalo.

-Hola, ¿como estas? -saluda- No pensé que me fueras a llamar, y menos para decirme que ya la tenías terminada.

-Lo suponía; es que ayer al llegar a casa me puse a mirar los apuntes y pues, como me dijiste, comencé a ordenarlos y sin darme cuenta en un abrir y cerrar de ojos la historia fue tomando forma y al poco tiempo ya estaba terminada.

-¿La tienes aquí? -pregunta él.

-Sí, mira, aquí la tienes -le digo mientras le paso lo que sería mi novela- Léelo mientras termino mi turno y ya después me dirás -propongo.

-Muy bien -responde él con ganas.

En cuanto acabo mi turno, me alisto y salgo.

Sabía que lo encontraría en la plaza de enfrente, es un lugar buenísimo para leer. Me acerco, y la expresión en su rostro ya me lo dice todo.

-Es fenomenal, sabía que no me equivocaba contigo. Esa mezcla de intriga, suspenso y todo lo demás es estupenda. Me gusta esa imaginación que tienes, hasta para los nombres de los personajes.

-Gracias -respondo algo sonrojada, pues nunca había dejado que nadie leyera ni lo más mínimo de lo que escribía-. Sé que le falta algo, no sé exactamente el qué, pero hay algo -acabo añadiendo.

-Aparte del título no sé qué más le falta -me dice con esa media sonrisa de siempre- ¿Cómo se llama? -acaba preguntando.

-Estaba pensando en llamarla "Los Dankworth".

-Me gusta, creo que esta extraña jovencita será tu pasaporte para abrirte paso en el mundo de los grandes escritores- dice él con cierta emoción-. "Los Dankworth" -acaba repitiendo.

El resto del día transcurre con total normalidad, como era de esperar, al igual que años anteriores. Tras un par de días recibo un mensaje de Gael confirmándome la aprobación de mi novela para el concurso.

Espero que mi querida Amy también tenga el mismo efecto en los miembros del jurado, al igual que con Gael. Me encantaría poder dar a conocer al mundo entero las extrañas vivencias de esta joven y su amigo ✕

### **Angie Lorena González Vázquez**

Nació en Paraguay en 1995. A los 8 años, viajó a España junto con toda la familia en busca de algo mejor. En el 2012, tras nueve años de residencia en el exterior vuelve a su país de origen. Actualmente está cursando el primer semestre de la facultad en FaCEN-UNA, donde sigue la carrera de Física. Una de sus mayores pasiones, aparte de la fotografía y viajar, es la lectura y la escritura.



*Cuentos Categoría*

# **CLIENTES**

64 - 72



JUAN CORTÁZAR

.....

## ERA EL PISTACO

---

Era el *pistaco*, madre, le juro que era, dice Juliana, sentada frente a Marta en medio de la penumbra de la sala. Instantes atrás habían entrado a la carrera, cerrando la puerta de golpe. Juliana atinó a encender el lamparín de querosén. Ahora, una frente a la otra, parecen aguardar a que ocurra algo. Marta observa a la chica, siente la tensión de su cuerpo joven, ahí, tan cerca. No digas tonterías, contesta, esos son cuentos de pueblo. De pueblo serán, madre, pero a mí me contó mi abuela. Marta recuerda, también, las historias de las viejas de Huanta, donde pasó su infancia, sobre el gringo que deambulaba por las quebradas, pescando chicos, jóvenes, hasta gente grande, para cortarlos por la mitad y sacarles la grasa, gota a gota. Ella lo imaginaba desnudo, blanco, en cuatro patas. A mí me contaron las mismas cosas, Juliana, que viene de noche a sacarle a una la grasa. Son historias, cuentos. La grasa no, madre, el *pistaco* ahora quiere órganos, los ojos: todo eso vende bien caro allá, en la Europa, Estados Unidos, países así.

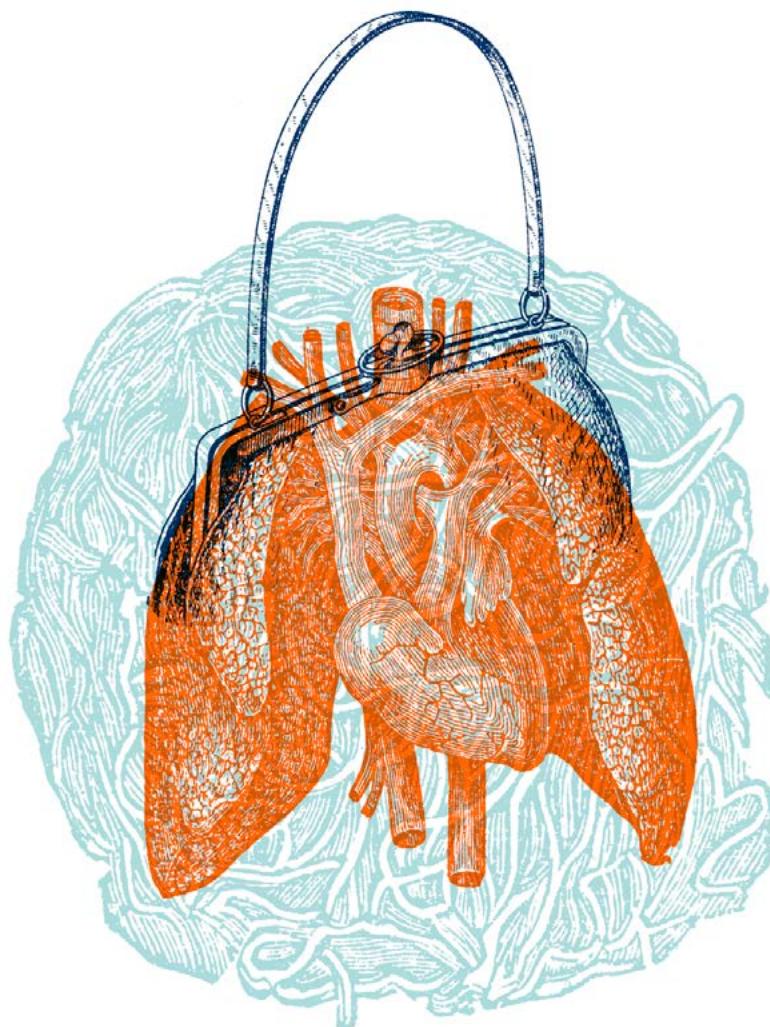
Marta recorre la sala con la mirada. El lamparín ilumina el minúsculo espacio a medias, las arrugas del papel floreado que cubre las paredes crecen, forman sombras extrañas. Unos pocos muebles viejos –la mesa y sus cuatro sillas, dos libreros, el escritorio–, de distintos colores y estilos, ocupan el lugar casi por completo. Hace veinte años, cuando Marta llegó aquí arriba, al Quinto Sector, los vecinos insistieron en hacerle la casa de madera: las madrecitas no iban a vivir en esteras, como el resto. Con el tiempo los vecinos progresaron, ahora sus casas son de ladrillo, pelado, pero ladrillo. Ella sigue en maderas. Un día, resignada, puso el papel de flores y fondo verde que contempla ahora. Basta, Juliana. Deben haber sido los milicos. ¿Milicos? No, madre, no era un camión de tropas, pues. Usted no podía ver, estaba manejando, yo sí volteeé, vi las luces atrás nuestro, desde allá, desde la Avenida hasta aquí arriba. Ya olvídete, no hagas tanto lío: a lo mejor era un auto cualquiera. ¿Y por qué nos seguía? ¿No se acuerda que usted aceleró y él también comenzó a ir más rápido? De repente eran terrucos, Juliana, no los del comité de acá, con esos estamos bien, sino algún dirigente de fuera: a veces vienen y hacen cosas por su cuenta. Madre, pues, los de Sendero no van en auto. Además ése era un jeep, así, igual al suyo. Se nos pegó atrás y lo vi clarito: gringo, pelo rojo, barba roja, ojos de fuego. Era el *pistaco*, le juro.

Marta trata de serenarse. Cuando vio a Juliana muerta de miedo a su lado, en el jeep, allá abajo, y la chica empezó a gritar, ¡madre, el *pistaco*!, ¡el *pistaco*!, su cabeza decía que tenían que ser Sendero o los milicos. Su cuerpo, en cambio, se acordó de las historias de Huanta, del miedo con que las escuchaba. Aunque tal vez no era miedo, o sí era, pero mezclado con otra cosa difícil de definir. Desnudo, blanco, en cuatro patas: el *pistaco* atacaba niñas, jóvenes, sí, jóvenes como Juliana. A Marta, desde niña, le ha intrigado eso del corte, del cuchillo largo que abre la carne de esas niñas,

de esas jóvenes. Cómo sonaría (¿un corte así hace ruido?), cuánto tardaría en abrirse la herida, en botar sangre, tripas. Todo eso se agolpó en su cabeza con los gritos de Juliana, y sin que le diera permiso, su pie comenzó a acelerar, sus manos llevaron el volante por callejones inusuales, tratando de perder a quien fuera que los seguía. La luz del lamparín gana algo de fuerza, igual es tenue. Entra también luz por la puerta de vidrio esmerilado de la casa: bajaron a las carreras del jeep y dejaron las luces encendidas. Observa a Juliana. Delgada, ojos almendrados, la piel tersa y cobriza, el cabello negro, largo. Ya no se los cortan en el noviciado, piensa. Sigue sentada en una silla, frente a ella, el joven cuerpo erguido, atento, tenso. Cuerpo de voleibolista, pensó Marta la primera vez que la vio: espigada, las curvas de las caderas bien marcadas, senos firmes, paraditos. La eligió este año entre varias candidatas y vino con ella al Quinto. No supo bien por qué. Esa primera vez, cuando la vio, su imaginación voló dibujando ese cuerpo joven por lugares **imposibles**, por situaciones para ella, para ellas, **impensables**.

Los pistacos buscaban la grasa, ¿no decían eso las viejas?, pregunta a Juliana. Eso era antes, madre, con eso hacían el jabón de los españoles, contaba mi abuela. Ahora buscan tus ojos, tus riñones, hasta pulmones venden. ¿Entonces ya no cortan la barriga? Ay, no sé madre, lo que sí sé es que existe, sí que existe. Tienes dos años de novicia, Juliana, ya no deberías creer en esas cosas. La chica aprieta las manos y mira hacia la puerta. Es de la sierra, igual a la mayoría de novicias que vienen año tras año a pasar una temporada de inmersión en el Quinto, a conocer la vida en el interminable mar de barrios marginales que es el **norte de Lima**. Ahora, con la presencia de Sendero en el Quinto, ella debe estar más atenta, cuidarlas. El *pistaco* tiene un cuchillo largo –prosigue Juliana–, un machete casi, y corta la panza del que agarra. Por ahí sacará lo que quiere, pues, yo no sé. Así que el corte sigue siendo ahí, dice Marta y se remueve en su sitio, atacada por un calor repentino (¿el corte hace ruido?, ¿cuánto tarda en abrirse la herida?, ¿en verse el rojo?). Recuerda haber visto, por encima de las caderas, el ombligo de Juliana: una hendidura redonda, perfecta, grácil. Un punto oscuro sobre la piel oscura, casi caoba. Eso piensa Marta las veces que se cruza con Juliana en el baño, por las mañanas, al momento en que la chica sale de la ducha. Y ahí, en la puerta del baño, su imaginación vuela de nuevo, hacia esas situaciones **imposibles**. Así será pues, madre, seguirá cortando la panza seguro, afirma la chica. Pero Juliana no tiene panza. Al contrario, un abdomen, plano, terso, sí, de voleibolista. La carne es de color distinto a la piel, como cuando asoma debajo de un raspón, piensa Marta, y se pregunta, duda, cuál será el color debajo de una piel cetrina, oscura. Diferente a la mía, se dice, y mira su mano clara, de mestiza.

**¡Bam! ¡Bam! ¡Bam!** Tres manotazos en la puerta las hacen saltar. Madre Marta, ¡ábreme! **¡Bam! ¡Bam! ¡Bam!** La silueta de un hombre grande, de cabeza y hombros cuadrados, se recorta contra los vidrios de la puerta, con las luces del jeep detrás. ¡Ahí está!, grita Juliana. ¡Ábreme!, insisten del otro lado de la puerta. Marta se pone de pie, aturdida. No abra, madre, suplica Juliana, los ojos cual platos. Marta sigue inmóvil. Mira a la chica –su cuerpo se ve más tenso que nunca–, piensa, o más bien rebusca dentro. De repente dice: ¿no ves que es el padre Herbert? ¡No!, ¡no es!, ¡el padre está de viaje!, responde Juliana. Habrá vuelto, o serán los milicos, o algún delegado de Sendero. Ninguno se va a meter con nosotras. No son ellos, madre –Juliana, de un salto, se interpone entre Marta y la puerta–, de veras. Marta la observa. Con la fuerza con la que ha brincado la camiseta se le ha subido, descubriendo su ombligo, el borde del calzón: la piel se ve tersa, más que eso, tirante (¿el corte hace ruido?, ¿cuánto demora en abrirse la piel joven?) ¡Ahora me acuerdo!, dice Marta con un débil amago



de seguridad, Herbert avisó hace días que iba a adelantar su regreso. La chica está pálida. Marta ve que la amenazadora silueta de quien sea que esté afuera –Sendero, los milicos, Herbert...– lleva algo largo en la mano, y entonces insiste: sí, Juliana, debe ser Herbert. No lo vamos a dejar afuera, ¿no? Silencio. En la penumbra, Juliana mira atónita hacia la puerta primero, hacia Marta después. En esa misma penumbra Marta escudriña la distancia entre el borde de la camiseta y el calzón. Abre, hija, dice, esforzándose por sacar fuera una voz tranquilizadora: no va a pasarte nada ✕

#### **Juan Cortázar**

Peruano, nacido en Lima, vive en Buenos Aires. Sigue la carrera de escritura narrativa en Casa de Letras. Publicó la novela *Tantos angelitos* (Deldragón, Buenos Aires, 2012) y su novela *El habitante* (inédita) fue finalista del Concurso de Narrativa Eugenio Cambaceres 2012, convocado por la Biblioteca Nacional. Actualmente está trabajando sobre una colección de cuentos, titulada *Animales peligrosos*.

[www.juancortazar.com](http://www.juancortazar.com)



FERNANDA CASTELL

.....

# HIPERMETROPÍA

---

**Los H.** Quien relata esta situación es una persona disconforme. “Los hipermetropes somos así”, sentenció su oftalmólogo. Desde los años depende de los anteojos para vivir. Leer y actualizar los Lentes, como le decía su viejo. Proviene de una familia de inmigrantes: mixtura nieta de trabajo a destajo y melancolía por la Madre Patria. Fenotípicamente argentina, escucha tangos y muchas veces, cree que la vida lo es. Continuada del linaje hipermetrope por parte de padre, vive intentando hacer “foco”. Ella y sus ojos. Como es lectora voraz, agradece la discreción del optometrista que se ahorró el comentario: “Los H tienen aversión a la lectura”. Si su padre no hubiera sido un gran lector tal vez hubiera sucumbido a la incomodidad. Puesto que ninguna lente corrige absolutamente la distorsión orgánica. El ojo del hipermetrope es un ojo luchador. Creció con un padre poco dado a las palabras coloquiales y una madre poco dada, a secas: los libros fueron su salida de emergencia. Se le decía “lee” con eficacia chamánica. Y ella se lo creyó.

**Biografía óptica:** Gafas. A los diez años en un examen de La Cultura Inglesa, dijo: “perdón me voy a poner las ‘gafas’”. Con ese arcaísmo los profesores ya no prestaron atención a lo que fue dicho o no, en términos de examen. Toda pupila tras el cristal obtuvo la empatía de los profesores: “aprobada”. Digamos que en esa situación el término “gafas” confundió al auditorio y le fue bien. Experimentó el “hechizo” de la palabra adecuada. Sobre todo cuando se padece Déficit Atencional y no se puede aprender nada “a pedido”. Con sus lecturas laterales despistó a todo el sistema educativo.

Como especie adquirimos la visión estereoscópica junto con el bipedalismo vestido. En tiempos en que la tecnología de punta de la humanidad se reducía al pedernal, hachas de sílex y lanzas de tiro largo, era bueno tener visión panorámica para, a ojo de buen cubero, ver cómo venía la caza. En el caso de las mujeres la visión que hoy nos permite ver en un radio de 360 grados, o sea “todo”, constituye una ganancia genética ligada a la doble jornada originaria: recolección y cuidados de la prole. Digresiones aparte. Nuestro personaje es una mujer al cuidado de un niño inquieto y guarda una relación “orgánica” con sus anteojos.

Recuerda la adquisición de otra prótesis: un microscopio obsequiado a los doce años. Allí se dio cuenta que el mundo visible a la lente de un marco común era una perogrullada. Gente y gente. Pero ver a través del microscopio la estructura de un pistilo o un paramecio. O acaso un cristal de nieve o la pata de un artrópodo: maravilla mundial en la maceta de su casa. Entonces, gracias a los anteojos, a la discreción del optometrista y la curiosidad ella pudo ver claro hasta lo no visible. Cosa que le agradó cada vez más.

**Sensopercepción.** En una clase de danza Butoh le plantearon el ejercicio de caminar sintiendo que tienen los ojos en la planta de los pies. Dedicada a la ciencia lo del teatro Butoh consistía todo un intento por romper con la mecanicidad del pensamiento duro. Sublime. Los ojos en los pies: percibir la estructura molecular del suelo e imaginar lo que habría debajo, hasta las antípodas. Era una caminadora nata. Feliz meditante en movimiento se incluyó en la danza Butoh para experimentar el cuerpo desde el hueso. Ha visto muchos danzarines desnudos y más allá de fealdad o no, los cuerpos siempre muestran algo que los trasciende. Por el contrario de muchos ella no cree que los ojos sean las ventanas del alma, sino más bien las manos del cerebro. La gente que usa anteojos tiene dificultades para expresar su amor oceánico por el mundo en general. Sobre todo con los más cercanos. Los anteojos operan como una máscara. Uno no puede pensar su cara sin los anteojos. Es más, no puede pensar. El ejercicio de los ojos plantares fue una demostración de que eso es posible.

**Los avatares** de su biografía óptica han estado ligados a sus crisis vitales. Ojo luchador más ansiedad es una combinación mortífera. Hay personas “textura” y personas “visuales”. Las personas textura se compensan a través del lazo social. Las visuales se expresan a través de sus colapsos ópticos. Ante un terremoto vital, las mujeres de visión perfecta se cortan el pelo. En las personas de visión problemática: se impone un ajuste en los anteojos.

Una muestra:

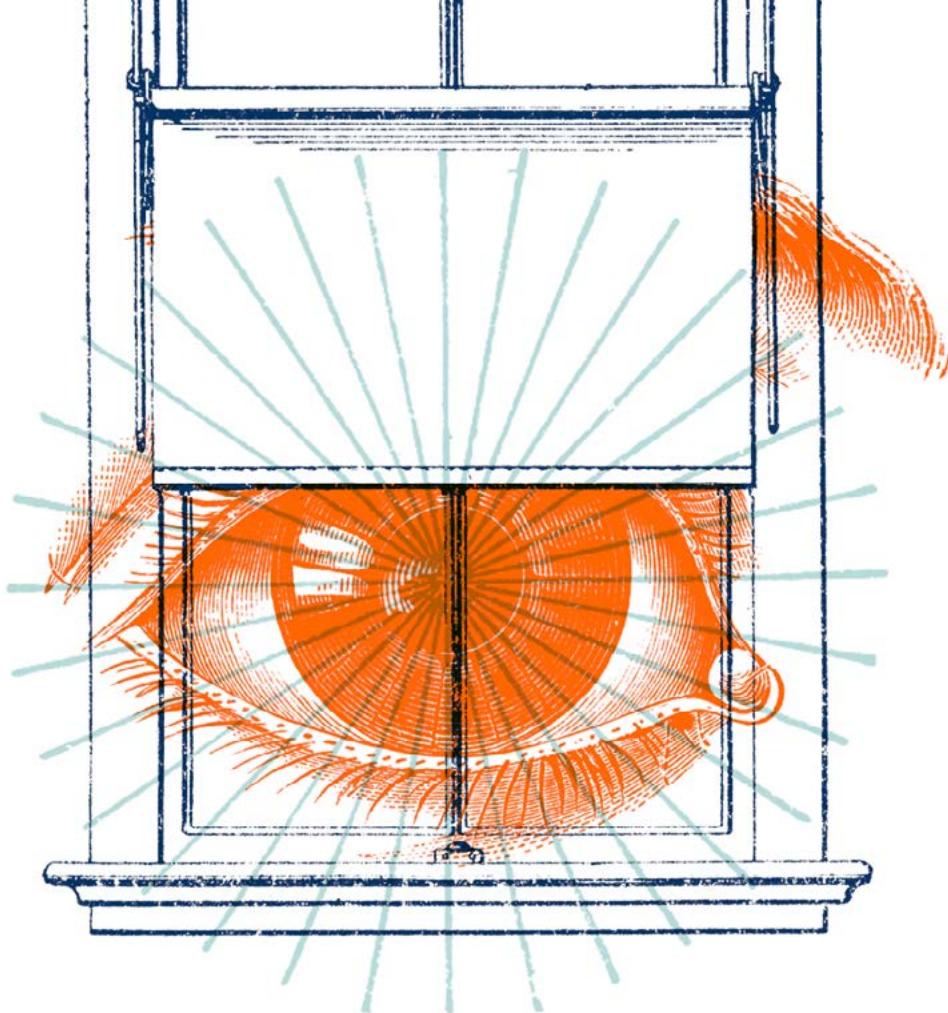
**De cómo se quedó a oscuras en una boda.** Convocada como madrina se quedó literalmente ciega a cuatro horas del evento. Ante el pedido desesperado de su padre (y padre de la novia), su hermano mayor atravesó 100 kilómetros de llanura para llevarla, al oftalmólogo de infancia a fin de descartar tumores y horribles desorganizaciones corporales. Sin causa orgánica y garantizada su vida de lectora vidente, el evento terminó felizmente. El juez, el novio, la novia tartamudeando a la hora de dar el sí y la madrina recién llegada con dos recetas en la cartera de charol (prestada): anteojos renovados (cristales orgánicos irrompibles de marco austero) y Clonazepam 2 miligramos por 60 además de la secreta convicción de que había algo que no quería ver con claridad. La hermana, aliviada aceptó sin mayores reparos las disculpas del caso.

**Campo visual.** Siguió su camino por las rutas argentas. De biblioteca en biblioteca buscando algo parecido a un destino. Siempre muñida de su objeto contra fóbico. La fragilidad y potencial carencia le recordaba siempre el capítulo de la Dimensión desconocida, en el que después de una catástrofe mundial el único sobreviviente y lector voraz había quedado solo en el mundo rodeado de libros pero oh, sin darse cuenta aplasta los anteojos. Sin una óptica a disposición no vale la pena sobrevivir una catástrofe.

**Visión HD.** Nuestra amiga está ingresando en el mundo de las lentes de contacto. No cabe duda que el mundo tiene colores y texturas que para el hipermetrope bien acomodado en su incomodidad estructural, debe ser similar al sordo que utiliza por primera vez un audífono de alta fidelidad. *Vas a empezar a ver en HD* le había adelantado el optometrista. Le creyó como quién, a determinada edad, cree en Dios o en la reencarnación.

A la semana de haber adquirido las lentes blandas, perdió una. Colapso. La pérdida de un objeto del tamaño de una escama de pejerrey le supuso durante horas





y horas de infructuosa búsqueda reptante con una lámpara Led. Las pérdidas son pequeñas muertes. Objetos que se evaporan sin dar una explicación constituye una traición de la mano salvaje que de pronto actúa por su cuenta y deja caer, sin control del lóbulo frontal. Enigmas: el destino final de aquello que se pierde y el mecanismo. A la mañana siguiente fue a la óptica. Le habían dicho que estaba asegurado contra roturas durante un mes, no de pérdidas: “se me fue por el lavamanos”. El dueño del lugar la miró y dijo como un sacerdote: “Eso pasa. Son nuevas... Le vamos a hacer otra”. Nuevamente: la solidaridad de los hipermétropes. El tipo de cristal que usaba en sus anteojos flotantes lo delataba.

**Vida HD.** Al fin sale a la calle sin máscara. La presbicia la obliga a utilizar anteojos para leer. Ventajas: se ve con definición, es verdad. Incluso el sufrimiento. Pero sobre todo: le puede dar descanso al tabique de la nariz ✕



#### **Fernanda Castell**

Nació en Coronel Dorrego en 1965. Vive en La Plata. Escritora y Lic. en Antropología por la Universidad Nacional de La Plata. Coordina talleres de escritura. Participó de varias antologías: *33 Poetas Argentinos*, Mexico, 2009, *País Imaginario*, Ecuador, 2010. Publicó poesía: *En el Abras* (Editorial Siesta, 2004), *Peces de agua*, (Editorial Tema, 2004) y *La construcción de lo desagradable*, (Editorial Al Margen, 2011).

[www.astilladevidrio.blogspot.com](http://www.astilladevidrio.blogspot.com)

MAGDALENA MILLER

.....

# LA QUEBRADA

---

Iba ya volviendo y pensando cuántos sueldos le faltaban para pagarse el casamiento con la Mariela cuando el redomón se le asustó y enfiló derecho al barranco. Ramiro apenas alcanzó a pegarle un tirón a las riendas y enderezarse en el recado, porque venía medio echado para atrás, y el sacudón lo tomó de sorpresa. El tordillo oscuro iba lo más tranquilo y de repente había pegado un brinco como de liebre. Ramiro no lo había visto venir, y de la nada se encontró agarrado a duras penas del cogote del animal, galopando a toda marcha hacia la zanja que los esperaba cinco metros más abajo.

No hubo freno que lo parara al tordillo y recién allá abajo, cerquita del agua, se detuvo. Ramiro no entendía cómo diantre había hecho para no malograrse en la carrera, porque habían bajado una cuesta empinadísima a un ritmo loco, y encima el bicho era medio torpe porque recién empezaba a amansarse. Resoplaban los dos, y Ramiro reconocía el lugar de la quebrada en que se hallaban, esa especie de surco de agua y tierra entre dos farallones de piedra y cactus y talas, un tajo en el medio del campo que todos los de la estancia respetaban. Nadie le iba a creer allá en el casco, le iban a decir que estaba abusando de la grapa, cuando les contara que él y su caballo habían bajado como pedo por unos cuantos metros de roca vertical sin hacerse ni un rasguño.

El tordillo bufaba mucho así que le dio un poco de agua en la cañada, y mientras tanto Ramiro trató de vislumbrar algún camino por donde salir de la quebrada, aunque no era muy fácil, porque los dos costados parecían imposibles de preparar. Ya sobrepuesto del julepe volvió a meditar sobre la Mariela, la morochita graciosa que cada vez que la visitaba en el pueblo se lo quería llevar de apuro a la iglesia. Ramiro era un hombre simple, quería casarse pronto y tener su lonjita de tierra, y cuando recorría a caballo, en la calma de su propia soledad, pensaba en las reses que podría engordar y los chiquilines que le daría la Mariela. No desatendía su trabajo, pero soñaba despierto.

Anduvieron un rato al lado de la corriente, hasta que bastante más lejos encontraron un sendero de ovejas que siguieron hasta llegar a la parte alta del barranco. Ramiro iba distraído calculando cuantos lechones tendría que asar para la parentela en el casorio, pero de a ratos miraba y todavía no lograba adivinar dónde había puesto las patas el bicho para bajar semejante pared, y se regodeaba ya pensando en el rincón calentito de la cocina donde, mate de por medio, iba a narrar su hazaña a los demás peones. Seguro iban a desconfiar, aunque Ramiro nunca adornaba demasiado sus cuentos y los más viejos lo tenían por sensato. Pero sabían que con un bagual a media doma no se podía ni pensar en bajar esa quebrada, apenas era transitable en la parte más baja, después se volvía una maraña de espina y piedra. Era un lugar jodido



para perder el ganado, había que meterse a pie para sacarlo porque los caballos no entraban.

El tordillo iba trotando lento, camino a las casas. No le estaba dando problema ahora, a pesar de que antes de la espantada había estado macaneando toda la tarde. No tenía apuro, y eso que todos los caballos se ponen más pingos a la vuelta. Estaban lejos del casco, todavía les faltaba bordear toda la quebrada. La disparada los había desviado de la recorrida habitual y ahora tenían que volver a pasar por el lugar del susto.

Había un par de mulitas correteándose entre los pastizales. Seguro que el matungo se había asustado de ellas. Quién hubiera dicho que casi se mata por dos animalitos de esos. Ramiro les pasó por al lado al paso, bien cerquita, y esta vez el caballo ni se inmutó, y las mulitas tampoco se asustaron de ellos. Siguieron jugueteando como si nada, como si sólo el viento las hubiera visto pasar.

Ya atardecía y ellos trotaban hacia la portera que coronaba la loma. Por un segundo Ramiro se dio vuelta a mirar el valle, la quebrada con su monte y la zanja reflejando el sol mucho más abajo, y un poco más acá vio a un jinete, de poncho azul oscuro, que galopaba hacia ellos, hacia la portera que Ramiro acababa de pasar, casi sin haberse dado cuenta, tan ensimismado estaba con la vista a los pies del cerro y el galope desesperado del otro peón.

El tipo era Jaime, un gurí que se había hecho hombre en la estancia y que todos

respetaban mucho a pesar de sus veinte años. Ya podía verlo, estaba cada vez más cerca. Tenía una especie de congestión en el rostro, algo entre los ojos, miedo capaz. Galopaba como si el petiso no importara. Abrió la portera lo más rápido que pudo. Le temblaban las manos. A Ramiro no le dirigió la palabra, y eso que estaba ahí parado, unos metros más allá de la cancela, mirándolo, interrogándolo, y el otro nada. Siguió como cuete para las casas, el petiso resollando, su esfuerzo un ronquido sordo, y Jaime como alma en pena, los ojos abiertos y perdidos en el horizonte, con miedo, sí, como si hubiera visto al mismo Mandinga.



Ramiro apenas le podía seguir el paso; el tordillo redomón no quería galopar ahora, flor de pícaro. Y el petiso de Jaime ya le llevaba como cien metros. Cuando el pingo por fin aceleró, el otro les llevaba una delantera tremenda y no escuchaba los gritos de Ramiro. Por suerte estaban a medio potrero de las casas, ya se veían las luces de los ranchos y algunos hombres habían salido a ver por qué tanto galope.

Jaime entró al patio gritando, parecía un loco. Se bajó del petiso que agonizaba de cansancio y corrió hasta donde estaba el casero con un peón hachando leña. No le daba la voz para explicarse y respirar al mismo tiempo, así que dejó de inspirar y soltó todo lo que le hervía en el pecho desde que había empezado esa carrera de mente. Ramiro escuchaba algunas de las palabras de Jaime, pero el viento se llevaba la mayoría, y después se armó un barullo tremendo cuando el casero empezó a gritar y la cocinera apareció preguntando qué pasa. Y ahí Ramiro escuchó todo y se miró las manos y no las vio, y se miró las piernas y no las vio, y miró la cabeza del animal sobre el que estaba sentado y tampoco estaba, porque no había animal y no había Ramiro, porque el tordillo no estaba ahí y el gaucho tampoco. Como les decía Jaime a los demás, y como Ramiro oía mezclado con el viento, allá abajo, en la barranca, había un caballo muerto y un jinete desnucado, y el animal era un tordillo como el que andaba Ramiro, y el hombre estaba dado vuelta así que no lo había visto bien pero no se movía y tenía la cabeza en una posición rara, como torcida, y no había manera que estuviera vivo después de caer tantos metros y rodar sobre todas esas piedras y esas espinas. Se miraron entre ellos y ahí estaban todos menos Ramiro. Enmudecieron de repente, y sólo sonaba el viento.

Y Ramiro se preguntó cómo carajo oía esas cosas cuando estaba muerto en el fondo de un barranco ✕

### Magdalena Miller

Uruguaya, trabaja en publicidad. Dice que es una activa usuaria de twitter (@latiajulia\_) y que trata de mantener vivo su blog. [www.sonimpresionesmias.blogspot.com](http://www.sonimpresionesmias.blogspot.com)



## SOBRE LAS OBRAS GANADORAS

### Sobre **DESORDEN ALIMENTICIO.COM**

“Construye con eficiencia y fluidez una distopía (subgénero más adecuado al desarrollo novelístico) en un espacio muy breve. Es un mundo cerrado y verosímil. El registro de la voz narradora abre intersticios para el humor. Esto aliviana cierto componente moralizante que suele sobrecargar este tipo de textos.” **Gustavo Espinosa**

“Alimentación, tecnología, obsesión. Hay combinaciones que generan cosas y situaciones como las que aquí son descriptas de un modo muy peculiar: más que una receta, más que una advertencia, es un cuento que abre los ojos.” **José Pérez Reyes**

“‘Desorden alimenticio.com’ está narrado con gran precisión, nitidez y sostenida intensidad. Más que como variante telefónica de la tradición apocalíptica, el cuento multiplica sus sugerencias como una original vuelta de tuerca al conflicto de la anorexia, aquí planteado en tanto patología colectiva y también desde sus posibles asociaciones con la ansiedad tecnológica.” **Andrés Neuman**

“El cuento de Analía Medina relata de manera novedosa un hecho tan habitual como el desorden alimenticio. Lo extrema, lo abisma, lo lleva con palabras a un pico de control que agobia en el mejor sentido.” **Claudia Piñeiro**

### Sobre **GOLPES ACOLCHADOS**

“‘Golpes acolchados’ resulta cada vez más divertido a medida que avanza su monólogo hiperquinético. Un cuento disfrutable tanto por su humor cáustico acerca de las relaciones familiares como por su engañosa sencillez coloquial, que revela (pero sobre todo oculta) un muy logrado trabajo de contrapuntos y yuxtaposiciones.” **Andrés Neuman**

“El título del cuento anuncia su originalidad. La superposición entre la pelea de Maravilla Martínez y Martín Muray y una disputa amorosa de quienes la están mirando por televisión; en ambos casos, no hay certeza sobre el ganador. El estilo es de estilete: cortante, filoso, agudo. Excelente construcción literaria de una subjetividad en acción. Como agregado narrativo y visual: el hipervínculo con la pelea en vivo, puesto al final. Es decir, podemos ver las imágenes que los personajes del cuento estuvieron mirando.” **Silvia Hopenhayn**

“Contado con una prosa vertiginosa e impecable, el cuento de Mariana Komiseroff duele. Y no por el box que se ve en esa pantalla sino porque duele cada frase. Y gracias a ellas duelen las pequeñas cosas en esa familia, los detalles, lo que no se dice, lo que no se ve.” **Claudia Piñeiro**

### Sobre **HIPERACUSIA**

“Hiperacusia presta oídos a una particular temática en estos tiempos acelerados. Su buena prosa nos traspasa como un amplio sonido. Es cuestión de aguzar el oído para captar lo que nos cuenta más allá del diagnóstico.” **José Pérez Reyes**

“Un texto de perturbadora extrañeza, donde la narratividad importa menos que la materialización poética de una obsesión sensorial. Como un Funes del oído, el protagonista no puede evitar registrar todos y cada uno de los ruidos del mundo. Su enfermedad acústica se transforma aquí en estilo y también en punto de vista, hasta alcanzar el sutil horror de la epifanía final.” **Andrés Neuman**

### Sobre **CARRETERA ENCONTRADA**

A mitad de camino muchas historias pueden aparecer y entrecruzarse. Y la tensión aumenta a medida que se transita ese camino. Una buena dosis de suspenso, un notable monólogo, esta suma de elementos con el apoyo del video logran atrapar la atención. **José Pérez Reyes**

### Sobre **UTILIDAD DE LOS LABERINTOS**

“Se trata de un juego borgiano que tematiza a Borges. Se traviste creíblemente de ensayo o de reseña. Los envíos que proponen los links son muy funcionales: no están allí como simple ilustración, ni como novelería ya gastada, sino que contribuyen a generar cierta perplejidad, tal vez a volver a Borges y a Browning.” **Gustavo Espinosa**

## COMENTARIOS DEL COMITÉ DE LECTURA

“Segundo año del Premio Itaú de Cuento Digital que organizamos con Grupo Alejandría. Segundo año de ponerle el cuerpo, la cabeza y este año para mí, la lectura. Con satisfacción veo crecer el concurso y los cuentos participantes, no sólo en cantidad sino también en recursos. Creo que el cruce de la literatura con lo digital implica tanto para los que escriben como para los que organizan y los que leemos –comités y jurado–, un gran desafío. Y yo disfruto mucho de ser parte.” **Clara Anich**

“Fue una agradable experiencia, mis días fueron consumidos por una constante marea de sorpresas y emociones que se colaron hasta en mis sueños. Un honor trabajar con este equipo que ama la literatura, leer genialidades anónimas y contribuir para que salgan a las luz y el mundo entero las disfrute.” **Mónica Bustos**

“La prolijidad del concurso es un hallazgo en el caótico mundo literario. La organización impecable. Mucha expectativa por ver quién gana. Del proceso de corrección, el doble ciego me pareció una idea muy original: permitió descartar algunos cuentos con la esperanza de que el otro jurado los rescatara.” **Sebastián Chilano**

“Impecable la organización del concurso y el soporte web. La posibilidad de leer los cuentos en cualquier lugar y momento, con todas las libertades, volvió muy manejable la tarea, a pesar de la cantidad de cuentos presentados. Leí en cafés, en la cama, en la terraza, en cualquier lugar imaginable.” **Oliverio Coelho**

“Fui parte del Comité de lectura por segundo año.  
Lectura es la palabra importante de la frase anterior.  
Y en esta lo importante es dejar claro que aplaudo todo estímulo para que sigamos leyendo y escribiendo.  
Leyendo hice mi trabajo, leyendo aprendí, disfruté y conocí un conjunto de cuentos admirables. Lo afirmo con gusto. Lo escribo.” **Alejandro Ferreiro**

“La calidad de los trabajos, por suerte, hizo difícil mi laburo. Pero eso no es el único buen sabor que me deja el concurso. Estoy alucinado por la creatividad y el tipo de emergentes que trajeron los autores. La potencia narrativa de esta generación de escritores me llena de ilusión.” **Juan Guinot**

“Lo que más me gustó de este concurso es la transparencia que los participantes no pueden llegar a ver: todos los que trabajamos en las diferentes etapas del certamen

tratamos a cada cuento con el respeto y el cariño que le debe tener el autor y todo en un marco de confidencialidad y transparencia que no me cansaré de repetir (transparencia, transparencia, transparencia). Es hermoso zambullirse en los hermosos y diferentes mundos que cada autor creó desde estéticas tan disímiles como lo son las historias y los estilos. Un aplauso para todos los que se animaron a participar y a los que se van a seguir animando en el futuro.” **Fernando Kosiak**

“El concurso de Itaú y Alejandría no sólo contribuye para abrir nuevas puertas y espacios de publicación. Su metodología de evaluación por transparente y exhaustiva debe ser imitada por otras instancias similares. Estimula la aparición o confirmación de nuevos escritores y, a la vez, fomenta la escritura como espacio de expresión y reflexión.” **Guido Carelli Lynch**

“Todo ha sido doble en esta edición del Premio de Cuento Digital 2013. Como parte del Grupo Alejandría y luego, como integrante del comité de lectura, haber duplicado la cantidad de cuentos recibidos con respecto al año pasado, es motivo de orgullo. No quiero quedarme con lo numérico, eso no diría nada: la calidad de los cuentos, en todas sus categorías, ha sido brillante. Doble fue, también, el problema de seleccionar, puntuar, elegir. Es para destacar el trabajo que realizaron tanto los integrantes del comité, el jurado, los coordinadores y las respectivas Fundaciones. Me quedo con la idea de que el cuento, como género, está siendo rescatado por estas nuevas generaciones que se animan, poco a poco, a cruzar barreras, a tender puentes entre distintas disciplinas, dándole forma, precaria aún, a la literatura digital.” **Yair Magrino**

“Leer cientos de cuentos inéditos es entrar en el proceso creativo de cientos de inspiraciones. Es atisbar obsesiones y sensibilidades de completos extraños. Es volverse más culto. Es, en fin, un privilegio.” **Ana Prieto**

“Leer cuentos en un concurso es como revisar cajones en la casa de los otros. Siempre, a pesar de las buenas y las malas intenciones, algo te terminás llevando en el bolsillo. Ha sido una grata e inquietante experiencia.” **Ricardo Romero**

“Concursos como el que organizan Itaú y el Grupo Alejandría son espacios fundamentales para que las nuevas voces de la literatura latinoamericana encuentren canales de expresión y de reconocimientos. En particular, fue una experiencia muy enriquecedora y quiero resaltar la libertad que tuvimos para elegir y la transparencia de todo el concurso, en sus distintas etapas, es un sistema que hace inevitablemente que los mejores relatos queden entre los finalistas. También quiero resaltar el gran trabajo

que hicieron los organizadores, el Grupo Alejandría. Gracias por haberme convocado.”

**Hernán Ronsino**

“Podría empujar con mi dedo índice el marco grueso de mis anteojos para acercarlos a la nariz; podría acomodar las solapas de mi traje, las puntas de los micrófonos, la escuadra de mi hombros, y gritarle a una multitud que este concurso fue un verdadero ejemplo de trabajo, de transparencia, de organización y de respeto por todos los intervinientes, hayan sido participantes, colaboradores, organizadores, jurados o responsables de la fundación. Podría hacer eso. Pero también podría calmar un poco los humos, salir al balcón, tomar un poco de aire y decir que, por segunda vez, fue un verdadero placer haber participado de este proceso aceitadísimo, con esta gente, haciendo lo que tanto nos gusta: leer, y pensar en escribir. Y luego escribir.” **Diego Vigna**

“Ser parte del Comité de Lectura de este concurso fue una experiencia enriquecedora, gratificante. Haber leído tantos cuentos de estilos y recursos tan diferentes me hizo revalidar aquello de que el género goza de buena salud, aunque le pese a quienes vienen anunciando su muerte desde hace décadas.” **Javier Viveros**

“Fueron cientos de cuentos. Muchos buenos, otros no tanto, algunos maravillosos. La labor de un jurado de preselección tiene algo del voyeur, del que espía desde una cerradura (en este caso, desde las “ventanas” de cada cuento subido a un programa on line) pero que al mismo tiempo sabe que no está solo. Hay otros mirando como él, apreciando, evaluando, disfrutando: una suerte de peepshow colectivo en el que las líneas se alternan, se comparan, se superponen. Los juicios nunca son del todo objetivos (poco en el terreno del arte lo es) y –si le creemos a Bourdieu– somos *nosotros* los clasificados por nuestras propias clasificaciones. No obstante, un proceso como el que se llevó a cabo minimiza las arbitrariedades y, en cualquier caso, fue una alegría y un placer formar parte de ese *nosotros*. Espero sigan organizando concursos como éste donde la seriedad, la transparencia y la voluntad por encontrar obras que conmuevan fueron la norma. Ahora queda esperar a que los autores cobren rostro. Enhorabuena.”

**Eugenia Zicavo**

“Leer es pasarla bien. Tener que leer es como decir: *tengo que disfrutar, es mi obligación*. Participar del Comité de Lectura fue así: disfrutar por obligación. Un honor. Una responsabilidad. La oportunidad de ser parte del engranaje del premio que yo misma disfruté el año pasado, al ser premiada.” **Natalia Zito**

## EPÍLOGO

El **Premio Itaú de Cuento Digital** se ha convertido en el más innovador de los certámenes de gran convocatoria de habla hispana. Más de 1.000 cuentos nos hablan de la vocación de escribir de tantos autores, y también de la facilidad de participar a través de la web.

La innovación también se da en el formato de los cuentos que, a discreción del autor, pueden incorporar recursos digitales: fotos, sonidos, música, video. Los autores están solos en esto: la mayoría de los talleres literarios siguen trabajando sólo textos. Como en toda innovación, se hará camino al andar. Y estos cambios, pequeños al principio, son los que transforman al mundo.

Ahora que todo es inmediato, digital, cuestionable, y vertiginoso, un certamen de cuento digital que sea transparente parece ser una respuesta al tiempo que vivimos. La transparencia, el concepto más mencionado por los integrantes del comité de lectura, es un valor esencial para el Itaú, y está explícita en el diseño del concurso, inclusive en la inusual característica de que los evaluadores comenten las obras a sus autores, aunque no hayan sido seleccionadas.

Cualquier actividad exitosa requiere de voluntad y organización. La actividad de los jurados, del comité de lectura y del Grupo Alejandría ha sido esencial. Escritores con trayectoria que evalúan a sus pares más nuevos, con la empatía de haber recorrido ese camino y comprender lo que se siente: la ilusión, la exigencia autoimpuesta, el volver a corregir.

Aun así, el éxito final es consecuencia de interpretar lo que le pasa a la gente. Y lo que sucede es que los escritores quieren dar a conocer sus obras. Y éste es el rol de las fundaciones Itaú de Argentina, Paraguay y Uruguay: brindar oportunidades a autores emergentes, inclusive aquellos adolescentes. Bienvenidas sean sus obras, porque nos sumergen en historias improbables, en dramas cotidianos, en la vida misma. En algo que podría pasarnos, o en alguien que podríamos haber sido. Escribir y leer puede ser otra de las formas de transformar el mundo.

Ojalá el público disfrute de Mate y que este certamen, que se abre anualmente en mayo y junio desde el sitio [www.premioitau.org](http://www.premioitau.org) siga siendo un camino que nos conduzca a nuevas formas de expresión literaria para los autores emergentes.

### LO QUE OPINARON LOS 1.100 PARTICIPANTES

74% ..... cree que es una oportunidad para escritores emergentes

66% ..... leerá los comentarios del jurado sobre su obra

49% ..... le gusta la descarga gratuita por Internet

### QUÉ LOS DECIDIÓ A PARTICIPAR

68% ..... que sea por Internet

62% ..... la posibilidad de ser publicado

Próxima edición:  
**Premio Itaú de Cuento Digital**  
organizado por Grupo Alejandría  
Mayo / junio 2014

*Toda la información en*  
[www.premioitau.org](http://www.premioitau.org)